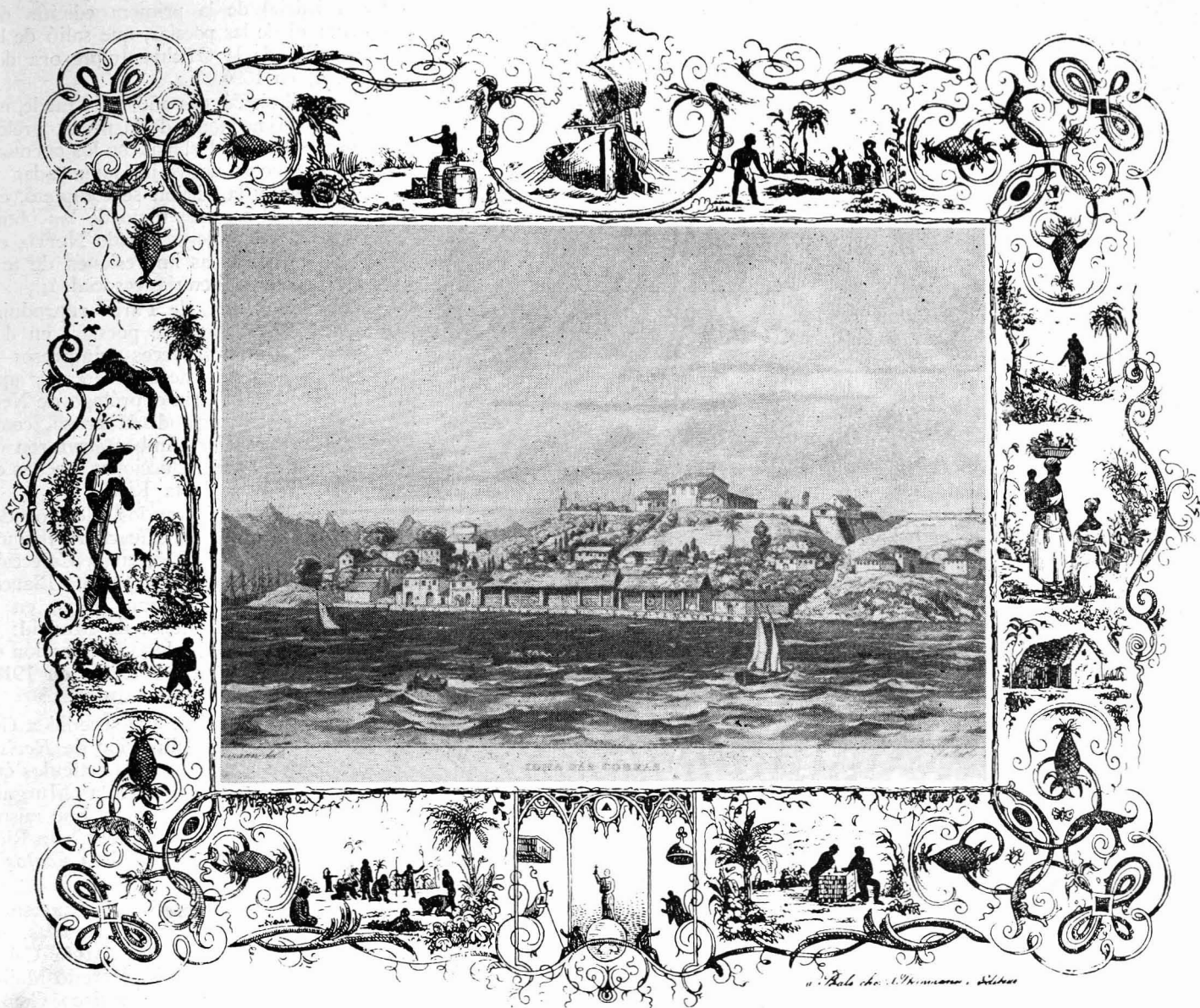


UNIVERSIDAD *de* México

VOLUMEN XIII • NUMERO 11
MEXICO, JULIO DE 1959
EJEMPLAR: \$2.00

PUBLICADA POR LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO



SUMARIO:

Otros rostros, por José Luis Martínez • Poemas de Jaime Sabines y Blas de Otero • Aventuras y posiciones de Manuel Felguérez, entrevista de Elena Poniatowska • Viaje sin regreso, un cuento de Manuel Felguérez, ilustrado por el autor • El realismo subjetivo de Alejo Carpentier, por Julieta Campos • Los huesos de San Francisco Xavier, por Evelyn Waugh • La feria de los días • Humor: Moctezuma II, por Will Cuppy, y La doctrina social del Benefactor, por el generalísimo doctor Rafael Leónidas Trujillo, Benefactor de la Patria (Dominicana) y Padre de la Patria Nueva • Artes Plásticas, por Henri Matisse • Música, por Jesús Bal y Gay • Cine, por Emilio García Riera • Teatro, por Juan García Ponce • Anaquel, por Francisco Monterde • Libros, por Jorge Olmo y José Emilio Pacheco.

ANAQUEL

Ediciones y reimpresiones de obras de Gutiérrez Nájera

Por Francisco MONTERDE

ESTE AÑO se completará una centuria, desde aquel en que vino al mundo, en la misma ciudad de México donde llegó a su ocaso, el poeta y prosista Manuel Gutiérrez Nájera, quien desde aquí inició la difusión del modernismo literario por el Continente.

A falta del monumento que merece, y no tiene aún, *El Duque Job* —aunque desde el primer tercio de este siglo se proyectó elevarlo en la ya restringida plaza de Guardiola por donde él paseaba: “desde la esquina de ‘La Sorpresa’, hasta las puertas del Jockey Club”—, el mejor pedestal para su busto sería la edición completa de sus obras.

Si resulta muy ambicioso pensar en una edición definitiva de la lírica de Gutiérrez Nájera, que recogiera las variantes e ilustrara con notas, justas e indispensables, aquellas de sus poesías que las requieren, podemos limitar los deseos a una edición de *Obras Completas* que lo sean efectivamente.

La Universidad Nacional Autónoma de México —por el debido conducto del Director de Publicaciones, profesor Enrique González Casanova— dictó desde el año anterior los acuerdos necesarios para que ese propósito se cumpla, y el investigador Ernesto Mejía Sánchez será quien lo realice, con la publicación de trabajos casi desconocidos.

Por lo anterior, parece indicado el momento de lanzar una mirada retrospectiva, hacia las ediciones y reimpresiones de obras de Manuel Gutiérrez Nájera que se han hecho a lo largo de más de medio siglo.

Habrà que prescindir, por ahora, de echar siquiera una ojeada de curioso escudriñador a las publicaciones periódicas en que aparecieron, por primera vez, en México, sus poesías y sus escritos en prosa estos últimos, con seudónimos casi siempre.

Por la misma razón que impide llevar a término ese recorrido: la falta de tiempo y espacio, tampoco se podrá hojear, esta vez, las antologías, nacionales y extranjeras, en las cuales han aparecido versos de Gutiérrez Nájera.

Si la excursión fuera a limitarse a las primeras ediciones de su poesía y su prosa, sería fácil de realizar en una sola jornada, antes de que se reúna, en tomos, lo que hasta ahora ha permanecido ignorado por muchos.

La dificultad comienza, ya entrado el presente siglo, más que por las reediciones de las poesías y los cuentos de Manuel Gutiérrez Nájera, por las reimpresiones parciales de su obra, que modifican y aumentan los títulos constantemente.

Para ceñir la tarea a límites de capacidad humana, sin olvidar la resistencia, humana también, de los lectores, habrá que fijar aquéllos dentro de lo que puede caber en el espacio, no muy extenso, de uno de estos *Anaqueles*.

La inconformidad del escritor con su propia obra, preferentemente en lo que se refiere a la lírica —la cual examiné en otra parte, hará unas tres décadas—, es un rasgo común a los precursores del mo-

dernismo: Sierra, Cuenca, Gutiérrez Nájera, y por él se identifican como tales, en aquel movimiento.

Por esa inconformidad de quien se sentía, como poeta, en proceso de transformación, en instantes de incertidumbre sobre el camino que iba a seguir en el futuro, Gutiérrez Nájera sólo dejó imprimir fuera de las hojas periódicas una composición poética: aquella oda con tema religioso que dedicó —a su paso por México— a uno de los Borbones.

Motivos análogos hicieron que, de todos sus cuentos y crónicas —tan abun-

dantes como se podrá apreciar cuando se reúnan en nutridos volúmenes—, los únicos que llegó a ver publicados separadamente fueron los *Cuentos frágiles*, impresos por Dublán y Compañía en 1883 y la crónica de la ópera cómica *La hija del tambor mayor*, impresa diez años después, por Escalante.

La promesa que se hizo ante la tumba de Gutiérrez Nájera, al sepultarlo en 1895, fue cumplida al año siguiente por el maestro Justo Sierra, que prologó el tomo inicial de la primera edición de *Obras*: el de las poesías, que salió de la tipografía de la Oficina Impresora del Timbre, en 1896.

A aquél siguió, dos años más tarde, en 1898, el primer tomo de la prosa, prologado por Luis G. Urbina, con los cuentos, crónicas, notas de viaje, humoradas y cuaremas; y la edición se completó, en 1903, con el segundo tomo de las obras en prosa, que prologó Amado Nervo, en el que se hallan las impresiones de teatro y la crítica literaria y social.

La casa Bouret, de París, reprodujo, desde 1897, el tomo de poesías, en dos volúmenes —varias veces reimpresos—, con el prólogo del maestro Sierra; y aquí se reeditó en 1910, sin el prólogo de Nervo, el segundo tomo de la prosa, como *Artículos escogidos*. Ambos sirvieron de base para otras reproducciones, hechas en Buenos Aires y Costa Rica.

De aquéllas espigaron los seleccionadores que vinieron a continuación: Joaquín García Monge, en 1915, en la Colección Ariel, de San José, C. R.; Rufino Blanco-Fombona, por los mismos años, en la Biblioteca Andrés Bello, de Madrid; el poeta Urbina, que prologó la selección de poesías, para Cúltvra, México, en 1918; y otros después, anónimamente.

Carlos Díaz Dufoo, que sucedió a Gutiérrez Nájera en la dirección de *Revista Azul*, reunió en 1912 varios artículos que publicó la Antigua Imprenta Murguía, con el título de *Hojas sueltas*. Ese mismo año, en la Colección Ariel, de Costa Rica, se incluyó una selección de *Cuentos y crónicas*.

De los cuentos, crónicas y cuaremas, se han hecho ediciones prologadas, sucesivamente, por Ventura García Calderón, Francisco Monterde, Alfredo Maillefert, Octavio Novaro, Francisco González Guerrero —a quien también se deben las *Poesías completas* (Porrúa, 1953)—, Salvador Novo y Enrique González Casanova, hasta llegar a la más reciente: *Cuentos completos*, con estudio preliminar de González Guerrero y prólogo del profesor E. K. Mapes (“Biblioteca Americana” del Fondo de Cultura Económica, México, 1958).

Al infatigable profesor Mapes se debe la recopilación de obras inéditas —poesía y prosa— que comenzó a publicar en 1939, y que se rematará este año, con la edición de *Obras Completas* de Gutiérrez Nájera, preparada por elementos de la Universidad Nacional Autónoma.

Han hecho otras recientes aportaciones, para ampliar el conocimiento de la poesía y la prosa de Gutiérrez Nájera, el profesor Boy C. Carter, con su *Estudio y escritos inéditos* (“Studium”, México, 1956); la señorita Irma Contreras García, dentro de sus *Indagaciones sobre Gutiérrez Nájera* (“Metáfora”, México, 1957), y la profesora Virginia Gómez Baños, al incluir “Cuatro cuentos inéditos”, de aquél, en la *Bibliografía de Manuel Gutiérrez Nájera* (México, 1958).

UNIVERSIDAD NACIONAL DE MEXICO

Rector:

Doctor Nabor Carrillo.

Secretario General:

Doctor Efrén C. del Pozo.

REVISTA UNIVERSIDAD DE MÉXICO

Director:

Jaime García Terrés.

Coordinador:

Henrique González Casanova.

Secretarios de redacción:

Juan García Ponce y Carlos Valdés.

La Revista no se hace responsable de los originales que no hayan sido solicitados.

Toda correspondencia debe dirigirse a:

REVISTA UNIVERSIDAD DE MÉXICO

Torre de la Rectoría, 109 piso, Ciudad Universitaria, México 20, D. F.

Precio del ejemplar: \$ 2.00

Suscripción anual: „ 20.00

Extranjero: Dls. 4.00

Franquicia postal por acuerdo presidencial del 10 de octubre de 1945, publicado en el D. Of. del 28 de noviembre del mismo año.

PATROCINADORES

ABBOT LABORATORIES, DE MÉXICO, S. A. —BANCO NACIONAL DE COMERCIO EXTERIOR, S. A.—CALIDRA, S. A.—UNIÓN NACIONAL DE PRODUCTORES DE AZÚCAR, S. A.—COMPAÑÍA MEXICANA DE AVIACIÓN, S. A.—FERROCARRILES NACIONALES DE MÉXICO, S. A.—FINANCIERA NACIONAL AZUCARERA, S. A.—INGENIEROS CIVILES ASOCIADOS, S. A.—(ICA). —LOTERÍA NACIONAL PARA LA ASISTENCIA PÚBLICA.—NACIONAL FINANCIERA, S. A.—FÁBRICA DE CHOCOLATE “LA AZTECA”, S. A.—BANCO NACIONAL DE MÉXICO, S. A.—COMPAÑÍA FUNDIDORA DE HIERRO Y ACERO DE MONTERREY, S. A.

Esta Revista
no tiene agentes
de suscripciones

la feria de los días

TESTIMONIO

EN EUROPA y en los Estados Unidos, son cada día más numerosos los libros, las miradas atentas, los estudios de varia índole, enfoca-



dos a la hora actual de la América Latina. Se advierte, sin duda, que algo está sucediendo, que algo importante se está iniciando, en estos pueblos antes considerados al soslayo.

PARADOJA

ENTRETANTO, por una de esas paradojas tan incomprensibles cuanto frecuentes en nuestra historia, permanecemos virtualmente aislados entre nosotros mismos, mantenemos relaciones diplomáticas, cambiamos embajadores, nos asomamos de vez en cuando a ciertos aspectos —a menudo los más superficiales— de una u otra nación hermana... Y continuamos tan tranquilos nuestros respectivos caminos, sin asumir el parentesco que debiera unificarlos.

CONCIENCIA Y CIRCUNSTANCIA

ES VERDAD: En casi todos los pueblos de nuestra América existe una conciencia comunitaria. Pero ello dista de ser bastante. El hecho



es que vivimos, en gran parte, ignorándonos recíprocamente; que no es la manifestación de semejante conciencia, sino la circunstancia política pasajera, lo que ha urgido en ocasiones la efímera comunicación limitada.

CONTRA LAS BARRERAS

TIEMPO es ya de luchar en contra de las barreras que impiden nuestro acercamiento eficaz, perdu-

rible. Cada una de las naciones iberoamericanas tienen problemas peculiares. Pese a nuestras afinidades espirituales, no dejamos de enfrentar situaciones diversas, determinadas por muy complejos factores. No obstante, las similitudes profundas prevalecen sobre las semejanzas eventuales. Nos incumbe consolidar aquéllas, y tratar de asimilar las segundas.

OCASION

EL MOMENTO es propicio. Los movimientos libertarios en Colombia, Venezuela, Cuba, cumplidos con mayor o menor éxito; los apuntes de digna insurgencia con-



tra la tiranía en Nicaragua y la República Dominicana, todo esto —y muy principalmente la revolución cubana— ha coadyuvado a poner de relieve los lazos populares inmarcesibles que nos atan por sobre toda contingencia, al margen de las trivialidades del protocolo. (Y a pesar de los inevitables pícaros que —a



buen sueldo todavía, y con la obsesiva amargura de quien se sabe caduco y vano— pretenden envenenar la opinión pública rebajándose a un nivel periodístico más lastimoso que indignante.)

COMERCIO DE LAS CULTURAS

ESTOY convencido de que el primer paso para lograr nuestro conocimiento mutuo dentro de una

perspectiva trascendente, estriba en el comercio de las culturas. En el intercambio incesante de ideas, opiniones, informaciones. Si las burocracias oficiales prefieren inhibirse, por inercia o interés, en lo que con-



cierne a la plena fraternización hemisférica, nada en cambio podrá ahogar el afán solidario de la inteligencia.

RESPONSABILIDAD Y DESTINO

MUCHO es, en este capítulo, lo que tenemos que aprender los unos de los otros; grande es el trayecto que hemos de recorrer a fin de borrar nuestra lejanía. No contamos hasta hoy con una sola publicación que reúna voces. La única *Enciclopedia de la América Latina* que conozco, es una escrita y editada por franceses. Los tratados más completos sobre nuestra evolución de conjunto, se encuentran redactados en inglés y por plumas estadounidenses. ¿Y nosotros, que somos los directos responsables? ¿Qué esperamos *nosotros* para acatar un destino por lo demás provechoso y fecundo? Corresponde a nuestros escritores, a nuestros hombres de



ciencia, a nuestros artistas, más que a los ajenos, trazar el rumbo y meditar en torno a nuestro futuro.

HACIA EL RESCATE

DEMASIADOS años se han perdido. De nuestra voluntad —voluntad generosamente americana, antes que orgullosamente regional— dependerá el empezar a rescatarlos.

—J. G. T.

OTROS ROSTROS

Apuntes suramericanos

Por José Luis MARTINEZ

EL VIAJE POSPUESTO

SI PUDERA hacer un viaje —oímos decir—, preferiría, por supuesto, ir a Europa.

Los Estados Unidos quedan para negocios y compras, Cuba para la fiesta, Centroamérica para necesidades inaplazables, África y Asia para los cazadores y los invitados de las embajadas soviéticas. ¿Y América del Sur? —Bueno, América del Sur para cuando haya una oportunidad—. Y, sin embargo, ver América del Sur es como reconocer las otras caras, las otras posibilidades, hacia arriba y hacia abajo, de nosotros mismos. Europa puede enseñarnos nuestras fuentes y nuestros modelos originales; América nos enseña a conocernos a nosotros mismos, a todos nosotros mismos.

Contingencias externas hicieron posible que, formando parte de una delegación, realizara durante el mes de mayo pasado un rápido viaje por siete países suramericanos —Brasil, Uruguay, Argentina, Chile, Perú, Ecuador y Colombia, más una corta estancia en Panamá—, dejando lamentablemente fuera del itinerario a Venezuela, Bolivia, Paraguay y las Guayanas. Lo que vi y aprendí fue sin duda menos de lo que dejé de ver o ignoré, y ello me impide articular debidamente mis juicios. Algo suplen estas deficiencias las lecturas y las informaciones, mas no tanto que, fiado en ellas, intente otra cosa que proponer algunas impresiones personales. Si para los tiempos de Verne eran buenos ochenta días para la vuelta al mundo, casi treinta —los de mi circuito suramericano— hubieran bastado para un buen viajero, si yo lo hubiera sido.

LAS DOS SURAMERICAS

ESTA ES la primera evidencia. Los trece países suramericanos no forman una unidad con caracteres unidos y constantes. En principio hay dos Suraméricas, la de los grandes países del centro y del sur: Brasil, Argentina, Uruguay y Chile, y la de los restantes países del centro y de la porción norte tropical. Aquéllos tienen una marca distintiva por haber recibido, además de las originales colonizaciones de españoles y portugueses, las de italianos y alemanes, y por tener una escasa población indígena y mestiza. Los de la porción restante, a la manera mexicana, recibieron casi exclusivamente la colonización española y tienen una población indígena y mestiza considerable. Las del sur —llamémosles así— son tierras de vino y carne, de climas fríos y buenas y extensas tierras. Los del norte, con geografías muy contrastadas, son pueblos de chichas, piscos, rones y aguardientes y dietas inciertas, próximas al uso mexicano.

BRASIL, EL PEQUEÑO PLANETA

EL CASO de Brasil es aparte, porque participa de una y otra condición y aun añade, en proporciones brasileñas, otros elementos. En principio, el país se ha desarrollado sólo en fajas

costeras y queda aún por articular, por poblar, por conocer un territorio de varias veces la extensión de nuestra República. Todo el futuro puede ser suyo. Brasil puede continuar sobreviviendo, como hasta ahora lo ha hecho, a base de sucesivos monocultivos o puede alimentar al mundo y convertirse en una de las potencias universales. Aun petróleo, carbón y hierro los tiene en abundancia. Pero comunicar e integrar un territorio de ocho y medio millones de kilómetros cuadrados —mayor que el de los Estados Unidos y sólo superado por Rusia, Canadá y China—, con las mayores selvas del mundo y los mayores ríos, mas también con llanuras y mesetas de todas las condiciones, parece una empresa ardua, en la que se progresa, sin embargo, día a día. Actualmente Brasil tiene alrededor de 80 mil kilómetros de carreteras —el doble de las que posee México— y 37 mil kilómetros de ferrocarriles, mas para apreciar la tarea por hacer recordemos que los Estados Unidos tienen cerca de cuatro millones de kilómetros de carreteras pavimentadas y 370 mil kilómetros de líneas férreas. Brasilia, la proyectada nueva capital, es precisamente un intento, de osadía muy brasileña, de centrar el crecimiento del país.

En el aspecto humano, Brasil ha sido formado por numerosos pueblos indígenas, por la colonización portuguesa, por negros, por alemanes —sobre todo en la región de São Paulo— y por gente de casi todos los países europeos. ¿Cuál podría ser entonces el tipo racial brasileño representativo? ¿La mulata negro-portuguesa, la negro-india o la mestiza india-portuguesa? Cualesquiera de éstas lo mismo que otra diferente, siempre que haya en ella ese tono de cadenciosa lejanía nostálgica —que tan bien expresa la “samba”— y que parece ser común a toda la amplia gama racial que está coexistiendo en el Brasil la “raza cósmica”.

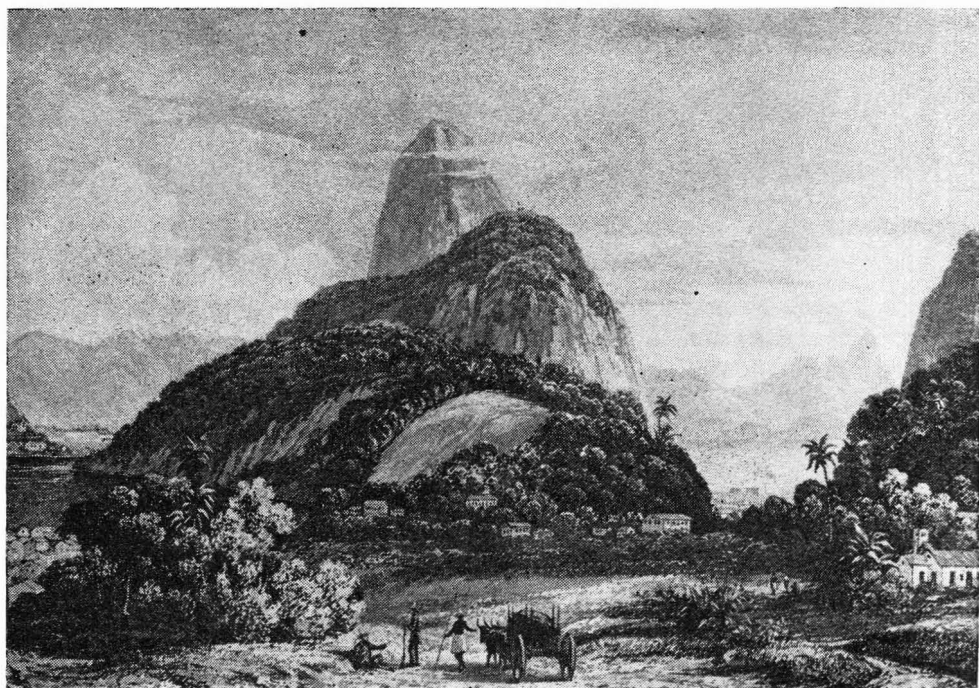
FUTBOL Y “FEIRAS”

EN UN LUMINOSO espectáculo teatral en Río se dice con fina ironía, como para balancear la cómica exageración a que son tan propensos los brasileños: “Brasil, país del futuro, fútbol del presente”. Y hay mucho de verdad en ello. Además del trabajar, amar, bailar, hablar y tomar café, los brasileños juegan fútbol o se apasionan por él. Por algo su estadio de Maracanã tiene cupo para casi tres veces los espectadores de nuestros mayores estadios. Las playas de Río, desnudas de todo resguardo para el bañista, tienen en cambio, de trecho en trecho, cientos de metas de fútbol que marcan teóricos campos donde se adiestran al atardecer los rapaces cariocas. Y cuando alguna pareja no pudo asistir a un encuentro, caminan frente a Copacabana, él con un brazo para el hombro de la compañera y otro para el pequeño radio portátil donde escuchan la transmisión del juego.

Menos el fútbol, todo lo hacen los brasileños con una lánguida prosopopeya, sin el estrépito caribe, pero con el mismo sentido de la fiesta. La transfiguración y la orgía la reservan para el carnaval, pero mientras tanto procuran no preocuparse demasiado. Nada pinta mejor este carácter lánguido y fiestero de los brasileños que su caprichosa denominación de los días de la semana. No dicen lunes, martes, miércoles, etc., sino “segunda feira”, “terça feira” y así hasta llegar a la “sexta feira” que es el viernes, tras del cual vienen fatalmente el sábado y el domingo, que vuelven a llamarse normalmente, ya que por sí mismos son días feriados, de descanso.

CALLES PARA PASEAR

¿POR QUÉ los mexicanos y sobre todo las mexicanas, no pasean por la calle, por gusto y costumbre de verse? En México caminamos lo indispensable del vehículo a nuestro destino o viceversa, es decir, siempre vamos apresuradamente a alguna parte, o cuando más, las mujeres caminan para ir de una tienda a otra. Entendemos el paseo sólo enlatados y protegidos por el automóvil, y en buena parte nuestra ciudad funciona principalmente para comodidad



Brasil.—“Todo el futuro puede ser suyo”



"Lima es la vida criolla que describiera Ricardo Palma"

de los automovilistas y no de los paseantes. Algo queda de esta vieja y buena costumbre de caminar y verse, de pasear, en las provincias donde aún se estilan las "vueltas" en los parques públicos o bajo los portales. En cada ciudad suramericana, en cambio, hay una o varias avenidas arboladas o pequeñas calles cerradas al tránsito de vehículos: la estrecha y colonial Rua do Ouvidor o las luminosas avenidas Río Branco y Copacabana en Río de Janeiro, las calles de Florida, Santa Fe y Corrientes en Buenos Aires, la calle de Ahumada en Santiago, el Jirón de la Unión en Lima, la Carrera 7ª y la 13ª en Bogotá, o la avenida 18 de Julio en Montevideo, donde, haya frío o calor, por las mañanas y por las tardes la gente pasea, conversa, discute y ve los escaparates, y todos pueden disfrutar democráticamente la fiesta de las mujeres hermosas, incomparable sobre todo en las calles de Buenos Aires.

BEBIDAS Y COMIDAS

YA HE APUNTADO que hay afortunadas tierras de vinos y dramáticas tierras de aguardientes y chichas. El pisco —un aguardiente fuerte de uva— que en Chile, Perú y Ecuador prefieren tomarlo suavizado con limón, es un puente de transición como para atemperar el violento imperio del ron de caña en los países tropicales y el pesado mareo incaico de la chicha. En cuanto a comidas, hay algunas peculiaridades que sorprenden al viajero. Así como México se distingue arbitrariamente por ser el país del chile y la tortilla —con todo y que a veces comamos otras cosas—, Argentina y Uruguay se caracterizarían por su impresionante carnivorismo —medio kilo de carne diaria por persona— ya que sus excelentes pescados y mariscos no logran entrar del todo a la dieta nacional a pesar de los esfuerzos oficiales. En el mercado municipal de Montevideo comió junto a mí un tonelero del puerto quien gravemente engulló una ración de matambres, asados de tira y bifés, adornados con tres o cuatro vasos de vino, pan y queso, ración que dobló con mucho cuanto, pese a mi entusiasmo, pudo resistir mi estómago mexicano. Chile, faja marina, prefiere los pescados

y mariscos. La comida criolla peruana, incluye guisos a base de maíz y mariscos y reserva su mayor orgullo para los viejos "anticuchos", trozos de corazón de res o de cerdo, ensartados en una larga espina de caña, asados a la parrilla y sazonados con una salsa suave.

En Río de Janeiro, entre tantas sorpresas para todos los sentidos, el viajero puede reservar su predilección, en cuanto al gusto, por el reino de las frutas tropicales, de nombres dignos de una jitanjáfora: maracujá, abacaxí, bacurí y de sabores que recuerdan las descripciones de *Las mil noches y una noche*. La Confeitaria Colombo, al lado de la Rua do Ouvidor, es como nuestra vieja Dulcería de Celaya en proporciones de una catedral y cuyo ritual, al atardecer, es el de los refrescos y los helados, las pastas y las empanadas, las bebidas calientes y los generosos aperitivos. Al lado del misterio moreno de las muchachas brasileñas y del fatal paraguas de los cariocas, el viajero se empeñará en probar el sabor de cada una de esas frutas de aromas suaves de la que sólo una acaso le es familiar, el abacaxí, que es nuestra piña.

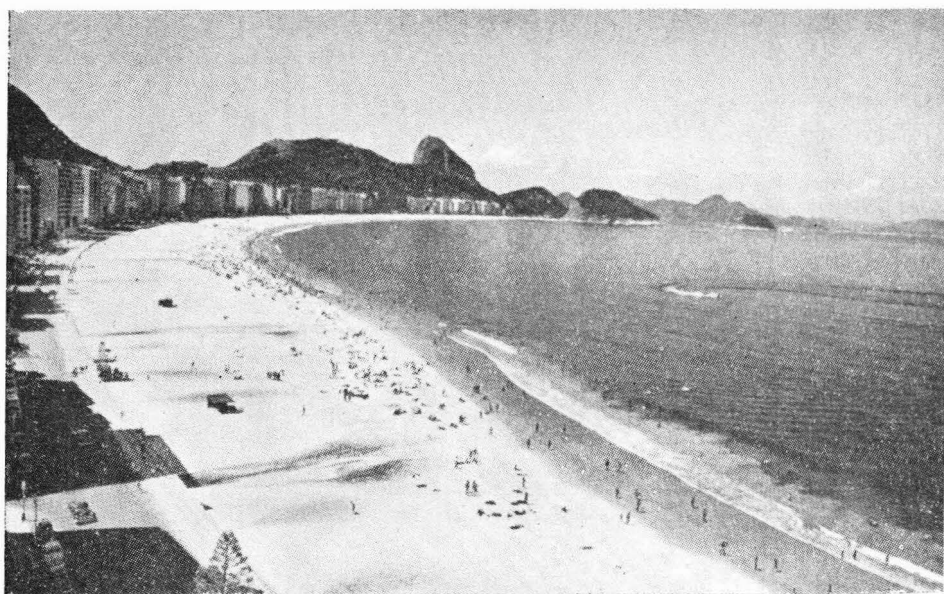
Casi toda Suramérica —en contraste con México donde la costumbre europea casi ha desaparecido— se pasa buena parte del día ocupada en comer y beber.

Aparte de las tres comidas habituales, hay una entrecomida de la mañana, "las medias nueves", y un succulento té de las cinco que caprichosamente se llama "las once" o "las onces", aparte de que la breve taza de café fuerte, el tinto, se toma de pie en las cafeterías, en la visita o en el despacho oficial, a todas horas y sin ninguno o con todos los pretextos.

EL MUNDO INCAICO; PASADO Y PRESENTE

UN VIAJE a la América del Sur no tiene sentido —afirman los enterados— sin asomarse al más poderoso testimonio indígena, a las ruinas incaicas de Machu Picchu y de la región de Cuzco. Y aunque no se lo proponga, quien siga este consejo acabará por contrastar aquel esplendor del pasado con el miserable presente de este pueblo, o lo que es lo mismo, volar —cruzando otra vez los Andes en un pequeño avión provisto de oxígeno para los pasajeros— de las suaves gracias limeñas a la meseta andina del viejo Cuzco, de donde partirá a los picachos que resguardaron el orgullo de los poderosos incas.

Lima tiene un tono muy diferente al de estos mundos remotos. Lima es la vida criolla que describiera Ricardo Palma, llena de resabios y aromas coloniales, con su barroco grácil y luminoso —que tanto contrasta con el grave, macizo y horizontal barroco nuestro, de piedra y tezontle y que, comparado con aquél lo sentimos aún más ligado con los constructores de las pirámides— y sus balcones de madera labrada cubiertos con celosías. En la vida limeña se siente algo así como la supervivencia en los modos sociales y eróticos de la reservada picardía de las "tapadas" de la época del virrey Amat. Bolívar está presente en inscripciones y en hermosas estatuas ecuestres, pero quien parece seguir viva es Manuelita Sáenz, que con haber nacido quiteña es en Lima donde se la entiende. Viven en Lima criollos, mestizos, indios, negros y mulatos y muchos chinos, pero Lima es una ciudad relativamente moderna, organizada sobre las huellas de una ciudad colonial que fue feliz a su manera, y en todo caso, una ciudad que parece seguir viviendo la inminencia de un Tupac Amaru, de un Bolívar o de un San Martín. El mundo remoto de los incas y la presencia viva de la conquista están en la meseta cuzqueña.



"Las playas de Río, desnudas de todo resguardo para el bañista"

CUZCO

CUZCO FUE la capital del enorme y poderoso imperio incaico y, cuando los conquistadores al mando de Pizarro entraron triunfantes en la ciudad magnífica, tras de haber capturado y asesinado a Atahualpa, aprovecharon los sólidos sillares de cantera de los palacios indígenas para edificar sobre ellos sus casas y sus iglesias a la usanza española. Así Cuzco es una ciudad india y colonial por partes iguales, semejante en sus aleros y en sus balcones, en sus espléndidas iglesias barrocas y en la amplitud de sus plazas a Pátzcuaro o a San Cristóbal las Casas. Cambia el ingrediente indio, pero no, cuando menos en la apariencia, el resultado. El pintoresquismo nativo es paralelo, el mercado abigarrado y colorido recuerda también a los de Michoacán, Oaxaca o Chiapas; la miseria parece más irredimible; mas en el campo hay un esbelto personaje nuevo, la llama, y en las bocas de los indios un consuelo trágico para el hambre y la altura —3,400 metros—, la coca.

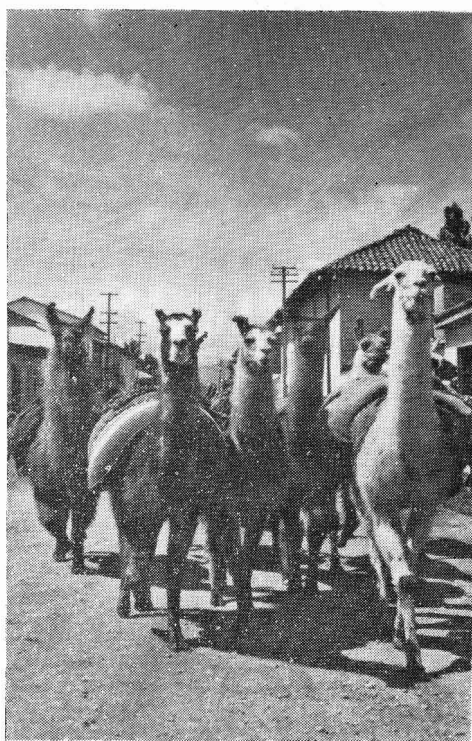
En el mismo Cuzco, bajo los hermosos balcones de madera labrada, los hierros y los frontispicios coloniales, se adivina la aniquilada magnificencia de lo que fue el Templo del Sol o Coricancha, sobre cuyos muros edificaron su convento los dominicos; la Casa de las Vírgenes del Sol o Ajllahuasi, y los palacios de los reyes incas Huayna Capac y Tupac Inca Yupanqui; siempre enormes piedras pulidas, engastadas unas en otras y con poquísimos motivos ornamentales. En las cercanías de la ciudad hay otros monumentos importantes: la imponente fortaleza de Sacsahuamán y una placentera residencia campestre, célebre por sus jardines y termas, Tampumachay; piedras sobre piedras, movidas y pulidas, quién sabe con qué artificios y a costa de cuántas vidas, testimonios de culturas mucho más arcaicas que las nuestras: acaso de mil, dos mil años antes de Cristo. Pero aquella presencia inerte, inexpresiva y remotísima renace de pronto: una niña indígena, a lo lejos, canta suavemente en el atardecer una aguda y lenta melodía que va y viene con el delgado viento andino y que se quisiera detener, repetir, conservar, y en los viejos caminos, entre suaves verdes y amarillos opacos, pasa una recua de llamas guiadas por una mujer tímida y triste que hila su lana en un pequeño huso mientras se desliza por la vereda.

MACHU PICCHU

SALVANDO PRIMERO las montañas que rodean a Cuzco y siguiendo luego el curso del río Urubamba, que desciende a la selva amazónica en un cañón cada vez más profundo y escarpado, van encontrándose numerosas ruinas incaicas: admirables terrazas para cultivos, o andenes, en las laderas del río y pequeñas y grandes fortificaciones que defendían al imperio inca de las incursiones de las tribus selváticas. Una de estas ciudades-fortalezas, acaso la más importante, sin duda la más espectacular, es la de los picachos llamados Machu Picchu y Wayna Picchu.

La belleza de Machu Picchu no reside sólo en sus extensas y complicadas construcciones escalonadas, ni en su selva pétrea desnuda de toda ornamentación sino, principalmente, en el majestuoso

escenario en que se encuentra situado: en la cumbre de altos picachos que dominan un extenso recodo del río. Las terrazas para cultivos, acaso también para jardinería ornamental, rodean las ruinas de los que fueron el palacio principal, el de la Nusta y el de las tres ventanas, el gran templo, los observatorios, las casas, las tumbas y las numerosas rampas y escalinatas que comunican entre sí los edificios, pero todas estas amplias construcciones —y las del solitario picacho frontero, el Wayna Picchu, donde está el templo de la luna— se encuentran suspendidas sobre un abismo de 500 metros, labradas en las estrechas laderas de los picachos que la niebla ciñe al atardecer. Machu Picchu debió ser una fortaleza y una atalaya, pero también un lugar sagrado donde la belleza y la beatitud, el hondo silencio interior tenían un sentido más inmediato.



"un esbelto personaje nuevo, la llama"

Mas todo este noble esplendor incaico, toda la refinada gracia de las vasijas y las telas preincaicas e incaicas que pueden admirarse en los museos de Lima, toda la cerrada y perfecta organización social y económica que aún existía a la llegada de los españoles, todo el magnífico y milenario mundo inca se ha aniquilado para siempre, y el indio quechua y el aymara sólo son ahora pueblos vagabundos consumidos por la miseria; pintorescos y coloridos aún en los días de fiesta, en las ferias y en las peregrinaciones, pero cuyo desamparo, cuya pobreza y cuya tristeza brotan a veces incontenibles, como en la célebre procesión del Señor de los Temblores, en que "veinte, treinta mil personas, al atardecer de un día de marzo o abril, planean desesperadamente acusando a sus opresores. Crean que el Señor, su padrecito, les hará justicia y fulminará con su ira a los malvados. Un llanto de mujeres, niños, ancianos y hombres incluso, se funde en un rumor oceánico, mientras las andas del Cristo indio (tiene el bronceado cada vez más oscuro a causa del humo de las ceras que siempre están a su alrededor) se balancea lentamente. Un alarido sale de aquella masa humana cuando el Taytacha voltea las espaldas,

penetra al templo y las puertas se cierran tras él, pesadamente. Todo significa un año más de sufrimientos contenidos, a nadie expuestos quizá, que esperan para brotar, como rotas arterias, este día y esta noche de pública audiencia en que el Supremo Juez escuchará la voz de los pobres".*

¿QUE ES MEXICO PARA EL SUR?

DE UNA MANERA general, México es para casi toda la América del Sur el lugar de donde vienen películas de ambiente charro y briosas o quejumbrosas canciones que suelen gustar aún más que las locales. Lamentos por perjurios, abyectas meditaciones sentimentales y bravatas rancheras, divulgadas inicialmente por las películas, se escuchan en todas partes y las muchachas están siempre dispuestas a cantarlas con admirable mimetismo de las cadencias y estilos de nuestras estrellas de la canción. Los cinematógrafos que exhiben películas mexicanas son negocios seguros y las "colas" frente a sus taquillas son cosa común. Además de cultivar adecuadamente otras relaciones culturales, económicas y políticas, parece indispensable poner una atención vigilante en el sentido, en el contenido y en la calidad de esta espontánea penetración cultural, que tan bien pudiera servirnos para hacernos conocer mejor y para difundir nuestras propias tesis y convicciones, y no sólo la fatal y comercial sensiblería o el deformado pintoresquismo.

En las librerías de muchas capitales suramericanas hay libros mexicanos del Fondo de Cultura, bien apreciados por los medios universitarios y de cultura superior, y lo que esos pueblos saben de nuestra cultura lo saben por este solo camino. Raramente suelen verse libros de otras editoriales. Ninguno de nuestros periódicos y revistas comerciales se ve en los expendios, que sí tienen cientos de publicaciones norteamericanas y algunas cubanas, argentinas y brasileñas.

Pero aparte de esta difusión popular y de esta limitada difusión culta, México existe para Suramérica, en los medios políticos y aun en ciertos ambientes sociales, como un ejemplo de "política viril" internacional. Esta expresión la oí de un diputado uruguayo y de un chofer de taxi en Panamá. Se admira a México por su firme, celosa defensa de su soberanía, en contraste con otras actitudes gubernamentales. Y para los hombres preocupados por el destino de sus pueblos, México es un alto ejemplo por dos de los actos decisivos de nuestra Revolución: la reforma agraria y la expropiación del petróleo, hechos sobre los cuales se solicitan insistentemente precisiones, leyes, procedimientos y experiencias. En contraste, causa sorpresa que no se advierta o no se hable en Suramérica de la lección que México ofrece con la reforma social juarista, que tantos males y problemas nos ha evitado y que ha hecho posible nuestro progreso, y cuya carencia representa un atraso social muy grave para casi todo el continente del sur.

Desde otro ángulo, la significación de México para la América del Sur tiene

* Luis E. Valcárcel, *Ruta cultural del Perú*, Fondo de Cultura Económica, México, 1945, p. 177.

también dos grados claramente diferenciados. Para los grandes países del extremo sur y para Brasil, México es sólo el nombre de un país lejano, del que se sabe poco o nada y al que, en todo caso, no se considera con importancia vital inmediata. Para la Suramérica mestiza, esto es, para los países del norte, México existe, en cambio, como una lección viva y aun como una intensa atracción turística. Algunos han venido a la ciudad de México, a Acapulco y a Cuernavaca y todo les ha parecido encantador; muchos más desean venir.

EL MAS Y EL MENOS DE MEXICO FRENTE AL SUR

APARTE DE LOS aspectos técnicos de desarrollo económico, situación social y significación cultural, que son tratados frecuentemente por expertos, sólo me atrevo a señalar unos cuantos puntos de carácter general, de más y menos en la cuenta de México en relación con Suramérica.

Una de las superioridades evidentes de México radica, en mi opinión, en el hecho de haber planteado y resuelto —oportuna y precursoramente— problemas sociales fundamentales en la vida hispanoamericana: separación de la Iglesia y el Estado, liquidación del militarismo como fuerza política, reforma agraria, derechos laborales, nacionalización de los recursos básicos y los servicios públicos, defensa constante de la soberanía, lo que es decir, Reforma y Revolución o Juárez, Madero, Carranza, Zapata, Cárdenas y los gobiernos inmediatos. Tenemos sin duda aún muchos problemas sociales, una gran parte de nuestro pueblo vive con pobreza o con miseria, no es aún perfecta nuestra justicia social, sí, pero también es cierto que estamos orientados por nuestras leyes y por el impulso activo de los mejores mexicanos hacia el camino seguro que nos salvará a todos juntos, sin discriminaciones ni proscripciones sociales. El mestizo es la base de nuestra sociedad y el indio y su justicia nuestra convicción y nuestra preocupación permanentes. Nos sentimos, racional o sentimentalmente solidarios y ligados con el indio, defensor orgulloso de su estirpe, y Cortés, civilizador pero también conquistador y destructor, no tendrá en México monumentos que sí tiene en el sur Pizarro. Todo este legado, este impulso y estas convicciones nuestras, que no existen por lo general en Suramérica, agobiada todavía en algunos países por el militarismo y el clericalismo, desdeñosa por lo general de sus indios, dominada por oligarquías y poco escrupulosa de sus relaciones internacionales con los poderosos, constituyen nuestras excelencias y nuestro orgullo. Pero, al mismo tiempo, sería injusticia no mencionar que en todos los países suramericanos existen viejos y jóvenes luchadores limpios que se esfuerzan día a día por vencer estas injusticias y por librar a sus pueblos del imperio de estas fuerzas oscuras.

En el reverso de la medalla hay que fijar hechos diversos. La vida cívica, en algunos países de Suramérica, tiene un desarrollo y una actividad orgánica que aún no hemos alcanzado, lo mismo en la actuación de los partidos políticos que en su representación proporcional en el gobierno. Es posible que en ocasiones se llegue a una atomización del poder o que la composición democrática del go-



Buenos Aires. Capital de Argentina



Vendedor de pájaros, en las calles de Buenos Aires

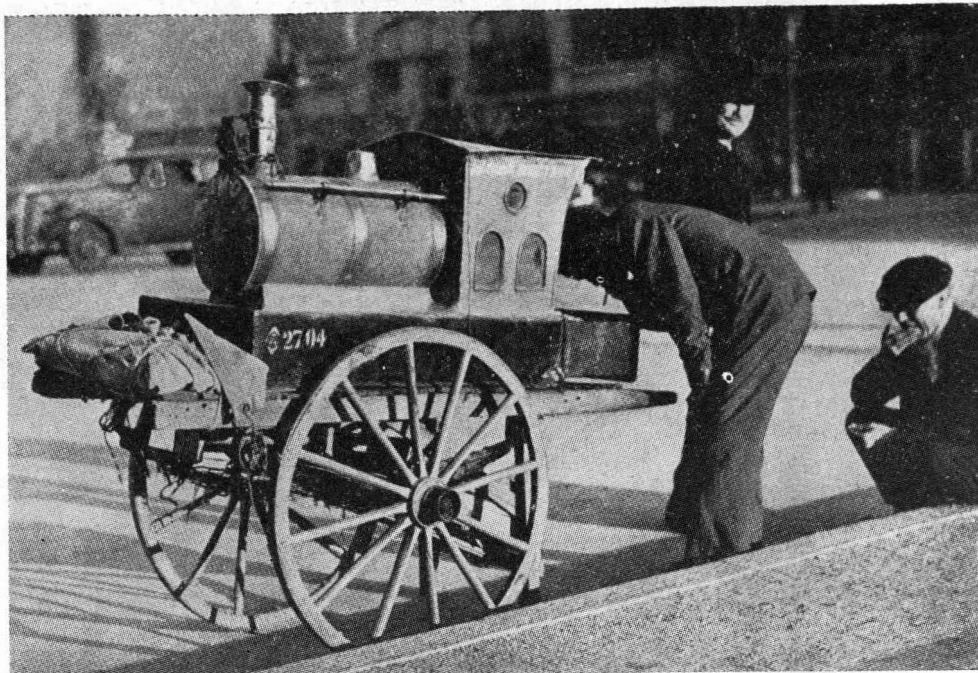


Santiago. Capital de Chile

bierno implique ineficacias administrativas y constantes tropiezos en el curso de los negocios públicos, pero es evidente que, así funcione imperfectamente el sistema, expresa las convicciones políticas de mayorías y minorías.

Ciudades como Montevideo y Buenos Aires —ya que no puedo hablar de los países— parecen tener un nivel medio de vida y de educación superior al de la ciudad de México, donde se aprecian tan acusados contrastes, contrastes que sí se advierten en Río de Janeiro y en Santiago, y en menor escala, en Bogotá. En el orden educativo y cultural, Argentina, Uruguay, Chile y Colombia tienen proporcionalmente índices superiores a los de México, en alfabetismo, número de escuelas y maestros, población universitaria, consumo de papel periódico, publicación y venta de libros, etc., lo que se hace desde luego notorio en la conversación con obreros y servidumbre. En Colombia, donde el problema de alfabetismo popular es semejante al nuestro, es notable el acceso más numeroso a la educación superior y universitaria. Todo ello tiene, por supuesto, una explicación histórica y geográfica. La tarea civilizadora se hace más lenta, más cara y más difícil cuando la obstruye la geografía y la distrae el clima. Además, circunstancialmente recordemos que mientras el magnífico Sarmiento formaba maestros y sembraba escuelas en el sur, en México luchábamos contra dos invasiones extranjeras y dirimíamos el conflicto social fundamental que nos llevó a la guerra de Reforma.

En otro orden de cosas, países como Brasil, Uruguay, Argentina y Chile son espontáneos y orgullosos consumidores de sus propios productos y sólo requieren del extranjero la indispensable maquinaria o combustibles. Al mexicano, tan rodeado y vestido de artículos importados, le admira y aun contagia este entusiasmo suramericano por su propia producción y quisiera verlo vivo en México donde no sólo la vecindad norteamericana sino una educación desviada nos lleva a preferir muy a menudo, para perjuicio de nuestra economía, lo importado. En Río de Janeiro, en Montevideo, en Buenos Aires y en Santiago, toda la ropa que usan hombres y mujeres son nacionales; es nacional también el buen vino que beben con patriótico ímpetu y, en suma, no tienen otro toque extranjero que alguno de los aparatos caseros o el viejo automóvil. Por



Vendedor de cacahuates, en Buenos Aires



Examinando el trigo en la pampa

supuesto que en un hecho como éste intervienen radicalmente las distancias y las restricciones aduaneras y fiscales, pero recordemos que, aun existiendo para nosotros estas últimas, nos obstinamos obcecadamente en vencerlas cuando po-

demos. Pregunté a una señora en Santiago de Chile qué productos importados echaba de menos. —Sólo los pañuelos de papel, cuando me acuerdo de que existen — me contestó.

Junio de 1959

DISCURSO

EN LA CÁMARA de Representantes del Uruguay, el doctor Héctor Payssé Reyes, Presidente de la Comisión de Asuntos Internacionales, pronunció un discurso el Día de las Américas (14 de abril de 1959) para rendir homenaje a la figura de Benito Juárez.

El doctor Payssé Reyes es un destacado político uruguayo. Internacionalista, periodista y legislador, ha ocupado en diversos períodos bancas en la Cámara de Representantes y en la de Senadores. Ha desempeñado importantes misiones en el extranjero. Visitó México en el año de 1955, presidiendo la delegación del Uruguay en los Segundos Juegos Deportivos Panamericanos. Desde entonces se ha vinculado con varios círculos nacionales. Fue recibido en audiencia especial por el Presidente don Adolfo Ruiz Cortines.

En su discurso, Payssé Reyes, comparó al Benemérito de las Américas con los personajes más destacados de la libertad continental: Jefferson, Bolívar, Sarmiento, Martí, etcétera. Y pasa a concretar sus simpatías por el pueblo mexicano en la figura de Benito Juárez. Con emotivas palabras recuerda los rasgos más destacados de la vida y la obra del héroe de la Reforma. En varios párrafos hace referencia a los ataques de un conocido escritor mexicano, refutando sus objeciones, y elogia la actitud de Juárez, que combatió la mala influencia del clero, de los conservadores, y de las potencias extranjeras con ambiciones imperialistas en nuestro continente.

Termina Payssé Reyes proponiendo que la Organización de Estados Americanos se ocupe en una vasta labor editorial que dé a conocer el pensamiento liberal latinoamericano en todos los países del mundo.



Monasterio español en Quito

Canciones de El Pozo sin Agua

I

Cuando estés triste ponte a cantar.
 Cuando estés alegre, a llorar.
 Cuando estés vacío, de verdad vacío,
 ponte a mirar.

¿Qué muralla que pueda resistir al canto?
 Nada te puede separar
 del terrón de tierra o de la nube
 si te pones a cantar.

Para cantar hay que saber pocas palabras
 y ponerse una en la boca y con ella jugar
 como con una piedra o un caramelo
 entre el diente y la lengua y el paladar.
 Cuando vienes a ver se te derrite
 el espanto y el malestar.

Ponte, amor mío, a cantar
 (párala, párala, párala):
 yo te voy a mirar.

II

Aguamarina, la ingrata
 A piedra que no mata,
 aguaceleste, aguajazmín,
 ha llegado muy tarde
 pero ha llegado al fin.
 Aguaceleste viene del Este
 y del otro: es un polvorín.

Agua de la ribera,
 agua del ojo sombrío,
 aguafuerte de la muerte:
 corazón mío.
 Aguazul verde amarilla,
 agua de estrella estrellada,
 he aquí junto a tu orilla
 mi mirada.

(¡Qué sabroso usar palabras
 para no decirte nada!)

III

Esta noche vamos a gozar.
 E La música que quieres,
 el trago que te gusta
 y la mujer que has de tomar.
 Esta noche vamos a bailar.

El bendito deseo se estremece
 igual que un gato en un morral,
 y está en tu sangre esperando la hora
 como el cazador en el matorral.
 Esta noche nos vamos a emborrachar.

El dulce *alcol* enciende tu cuerpo
 con una llamita de inmortalidad,
 y el higo y la uva y la miel de abeja
 se mezclan a un tiempo con su metal.
 Esta noche nos vamos a enamorar.

Dios la puso en el mundo
 a la mujer mortal
 —a la víbora-víbora de la tierra y del mar—
 y es lo mejor que ha hecho el viejo paternal.
 Esta noche vamos a gozar!

Jaime Sabines

Palabras reunidas para Antonio Machado

*Un corazón solitario
no es un corazón.*

A. M.

SI ME atreviera
a hablarte, a responderte,
pero no soy,
solo,
nadie.

Entonces,
cierro las manos, llamo a tus raíces,
estoy
oyendo el lento ayer:
el romancero
y el cancionero popular; el recio
són de Gómez Manrique;
la palabra cabal
de fray Luis; el chasquido
de Quevedo;
de pronto,
toco la tierra que borró tus brazos,
el mar
donde amarró la nave que pronto ha de volver.

Ahora,
removidos los surcos (el primero
es llamado Gonzalo de Berceo),
pronuncio
unas pocas palabras verdaderas.

Aquellas
con que pedí la paz y la palabra:

*Árboles abolidos,
volveréis a brillar
al sol. Olmos sonoros, altos
álamos, lentas encinas,
olivo
en paz,
árboles de una patria árida y triste,
entrad
a pie desnudo en el arroyo claro,
fuente serena de la libertad.*

Silencio.

Sevilla está yorando. Soria
se puso seria. Baeza
alza al cielo las hoces (los olivos
recuerdan una brisa granadamente triste).
El mar
se derrama hacia Francia, te reclama,
quiere, queremos
tenerte, convivirte,
compartirte
como el pan.

(Leído por el autor en la Sorbona. París, 1959.)

B l a s d e O t e r o

AVENTURAS Y POSICIONES DE MANUEL FELGUERREZ

Por Elena PONIATOWSKA

MANUEL FELGUERREZ tiene mucho de boy scout; todos los días, si no un buen cuadro, por lo menos perpetra una buena acción. Cada vez que le hago una pregunta levanta los ojos y me mira con una expresión tan cándida, un rostro tan lavado, que exclamo en voz baja: "¡No es posible que este Manuel Felguérrez vaya a fiestas de bohemios esteticistas —en donde cuantos asisten, por querer ser muy naturales y estar por encima de todo convencionalismo, son los seres más convencionales y monótonos que puede haber—!" No es posible que participe en esas larguísimas y ociosas discusiones en las que la única luz que se logra es la que proporciona el ron del dueño de la casa.

La historia empieza hace algunos años (aunque Felguérrez aparenta tener veintitrés años, tiene treinta y pico), cuando el artista emigró a París, a fin de tomar lecciones con Zadkine. Como no tenía dinero para pagar las clases, buscó a una viejita muy idealista, hada madrina de los cultivadores del arte. Se llamaba Alexandre Guillaín y había sido amiga de Gide y de Malraux, pero se puso furiosa con el segundo cuando éste se pasó al lado de De Gaulle.

—Ella me recomendó con Zadkine y era tal su influencia que logró que yo ingresara en el taller del escultor. En las mañanas me iba yo con Zadkine, y en las tardes, una larga temporada fui *Sujet d'expérience*.

—¿Qué?

—Me usaban como conejillo de indias para experimentos. Leía cada día durante seis horas con diferentes tipos de luz. Al finalizar cada hora me hacían una prueba de cansancio visual.

—¿Para qué?

—Era para saber qué luz convenía mejor a las oficinas del Gobierno francés.

—Así que gracias a las pruebas que te hiciste, los oficinistas franceses no están ciegos...

—Sí. (*Sonríe humildemente.*) Frente a mis ojos ponían un puntito chiquitito, pero no sabes qué chiquitito, y el tiempo en que tardaba yo en verlo determinaba el cansancio de mi vista. ¡Me pagaban muy bien, pero la chamba no duró mucho! Después vendí un periódico comunista: *La Voix du XIVe*; iba yo de puerta en puerta y decía con mi acento autóctono: "Voulez vous *La Voix du Quatorzième*?" ¡Raros eran los que me compraban!

—¿Y Zadkine?

—Es un viejito extraordinario que te deja embozado cada vez que habla. Fue discípulo de Rodin y alcanzó a conocer a muchos inmortales. ¡Ojalá y que se pudiera crear una escuela de escultura igual a la suya!

—¿Y qué fue luego de tu vida en París?

—También lo del periódico murió. Nadie lo compraba, y cuando ya estaba yo a punto de correr la misma suerte que el periódico conocí a una pareja. A cambio de cuidar a sus niñas para que ellos pudieran salir, me invitaban a cenar.

Una de las niñas tenía seis años, la otra cuatro. Las entretenía, jugaba con ellas, les ponía su pijama y las dormía...

—Fueron precursoras de tus propias hijas.

(*Hay que ver a Manuel hacer saltar a un niño sobre sus rodillas y levantarlo en brazos en el aire...*) Tiene tanto trato con ellos que durante mucho tiempo fue chofer de una camioneta escolar. Transportaba a unos treinta niños todos los días —de su casa a la escuela— de la escuela a su casa. "¡Nomás que eran muy latosos! ¡Cómo gritaban, Dios mío! ¡Me nos mal que los cuidaba una señorita!" Felguérrez tuvo que dejar su puesto de chofer infantil, porque además de las cotidianas "madrugadas" —como él dice— le quedaba muy poco tiempo para pintar.)

—En París, las gentes de la Embajada me empezaron a ayudar. El "muégano" Serrano me pidió un retrato de su hija, pero la niña se movía para todos lados y yo pasaba unos apuros horribles. Hice también un retrato de la señora de González Durán, pero sabía yo muy poquito y me sentía retamal. Luego me consiguieron que le diera yo clases de escultura a doña Josefina Torres Bodet. Me puse más asustado aún, pero gracias a Dios, vinieron las vacaciones, y me dijeron que las clases empezarían después...

—¿Y tú?

—Aproveché las vacaciones.

—¿Sin dinero?

—Fui a pie, de Innsbruck a Roma.

—¡No! ¿De Austria a Roma, a pie?

—Sí. No pongas esa cara. En Europa todo el mundo lo hace. Había muchos otros exploradores que, como yo, viajaban con su mochila sobre la espalda. Durante todo el Año Santo hubo estancia gratis en Roma para los peregrinos.

—¿Pasaste los Alpes?

—Estuve cuatro días en los Alpes solo con mi alma. No vi a nadie, la pura nieve.

—¿Nada de gente?

—Nadita.

—¿Y dónde dormías, qué comías?

—De vez en cuando pedía yo posada en los conventos. Fui a uno de franciscanos y me dieron mi celda para mí solito...

—¿Se come bien en los conventos? Me imagino que sí. Los monjes son casi siempre muy barrigones...

—¡Se come horrible! Un poquito de spaguetti, lechuga simple, así sin nada, ni siquiera con aceite y vinagre; composta de manzana, un pedazo de pan y un vaso de vino. ¡Eso sí, en todas partes te dan vino! Con el pretexto de que era yo peregrino, prefería yo los conventos a mi tienda de campaña.

—Sin embargo, hay campamentos a lo largo de la carretera, ¿o no?

—Pero allí te sucedían toda clase de aventuras. Muchas veces desdichadas. Un día me hice amigo de otros exploradores que me invitaron a compartir su vino ¡Nos pusimos un cuete! Estaba yo tan borrachísimo que a la hora de acostarme fui a gatas a levantar mi tienda de campaña y la puse en un hoyo en el mero cruce de una carretera y una vía — a un metro de la vía y a un metro de la carretera. Allí me quedé tirado hasta que el ruido del tren, que pasaba cada media hora, y los moscos, me despertaron.

—¡Ah, qué peregrino éste! ¡Víctima de sus andanzas!

—¡Ya mero me lleva el tren de corbata! Para finalizar mi viaje me compré una bicicleta. En Roma también me puse mis buenos cuetes. Todos los peregrinos se los ponían, y los monjes, para no dejar. Recuerdo uno que hablaba español, y que me invitó a beber un vinito dulce (*Felguérrez saca la lengua, paladea un trago imaginario y hace quién sabe cuántas muecas*). ¡Pero mis mejores recuerdos son los de Dinamarca! Pedía yo aventuras en la carretera, y un día un alemán que iba en su Mercedes Benz me llevó y además me invitó a cenar. Probamos todos los vinos del Rhin y dormí en el mejor hotel. ¡Era millonario! Al día si-



Manuel Felguérrez.—"que la gente sea vaga, pero que sea dueña de sí misma"

guiente llovía mucho al llegar a Colonia y dormí en un refugio espantoso. Todos los pobres, los vagos, los borrachos, llegaban allí a guarecerse. ¡Qué Nazarin ni que nada! En la puerta te entregaban un plato, una cuchara de peltre y una cobija comida por piojos y pulgas, negra de grasa y apolillada. Era un dormitorio larguísimo, untuoso y además húmedo. Nos dieron una sopa de restos, tibia, y antes de echarme en una de las literas me amarré mi mochila al pie (para que no me la robaran); y no quise sacar mi "sleeping bag" porque yo hubiera sido el único privilegiado. ¡Claro, no pude cerrar el ojo! Al otro día —todavía gris y lluvioso— devolví cuchara, plato de peltre y cobija y entré a la Catedral de Colonia. Además de su belleza, el recinto estaba caliente con mil velas y veladoras, y el órgano roncaba también cálido como una estufa. ¡Las voces de los cantantes, los vitrales...! Es una de las cosas más impresionantes que he visto... Bueno, Elena, ¿y qué? ¿No vamos a hablar de pintura?

—Por mí estoy entretenidísima. Esto es más divertido que tu pintura. En fin, ni modo. (*Accedo a regañadientes*) A ver...

—Pregúntame tú.

(*Hace dos meses, Felguérez expuso en la Galería de Antonio Souza. Los críticos de arte se pusieron de acuerdo para decir que Felguérez (miembro de la joven escuela moderna mexicana: Soriano, Gerzo, Lilia Carrillo, etc.), era un gran pintor, un gran escultor; con depurada sensibilidad metafísica; que su espíritu iba por camino ascendente; que tenía un hondo sentido plástico y de dolor y demás hilachas que les encanta proferir a los críticos de arte.*)

—Hablemos, pues, Manuel, del arte moderno. ¿Cómo explicas que tan poca gente entienda el arte moderno? Me refiero, naturalmente, a las mayorías. Porque hay una minoría compuesta, a mi juicio, de gente a la que verdaderamente gusta, y un tercer grupo que sigue el movimiento abstracto por snobismo.

—Fíjate, Elena, un niño recoge una forma en el mar...

—Una de tus esculturas, por ejemplo.

—Bueno. Si yo tiro una de mis esculturas en la playa, una de esas formas que a ti te parecen tan raras; estoy seguro de que no faltará alguien que la recoja para llevársela a su casa, simplemente porque le gusta la forma. ¡Acuérdate, por ejemplo, de esos altares pueblerinos en que los inditos amontonan toda clase de objetos: caracoles, conchas, botes, macetas, sin orden aparente y sin la menor deliberación estética... "Cosas encontradas por allí", que ellos guardan porque "la forma" los atrae sin saber explicar por qué...

—Volvamos al arte moderno...

—Hace un momento te hablaba yo del caracol que un hombre recoge en la playa atraído por su forma. Como forma, la admite y la disfruta; pero que no se le diga: esto es arte: entonces se muere de risa...

—Todavía hay muchos prejuicios.

—Eso es. El arte moderno comenzó a desarrollarse realmente cuando se descubrió la fotografía. Ésta nos liberó de la necesidad de representar la realidad. Ya el retrato pictórico carecía de función. El retratista que, en un tiempo, fue una necesidad social, se encontró de pronto sin trabajo. No digo que el arte moderno haya nacido a raíz de la fotografía, pero

hubo una coincidencia que ayudó mucho a los pintores modernos. Muchos retratistas, al quedarse sin chamba, comenzaron a preguntarse: "¿Y ahora qué hacemos?"

(*Manuel Felguérez rie.*)

—Entonces se pusieron a pintar...

—Y naturalmente, desembocaron en el arte abstracto.

—Mira, Elena, si consideras el movimiento natural de la pintura, verás que su proceso lento desemboca inevitablemente en el arte abstracto. Está dentro del orden de las cosas. ¿Entiendes a los impresionistas, verdad?

—Sí.

—¿Y a los puntillistas?

—También me gustan...

—Los puntillistas dejaron la línea, porque pensaron que ya no era importante. La eliminaron porque no la necesitaban. Creían que la ciencia (hubo un auge de la ciencia en esa época) resolvía todos los problemas, y naturalmente también los de la pintura. Quisieron así resolver la pintura de una manera científica, y sus primeros cuadros les valieron la desaprobación general. Si se entienden y se gustan esos dos movimientos pictóricos, se llega naturalmente, siguiendo ese camino, el arte actual...

—Si continuamos por allí, acabaremos haciendo la historia de la pintura moderna, y creo que no viene al caso...

—Es para demostrarte que por pequeños pasos tiene que llegarse hasta el arte abstracto contemporáneo.

—¿Y ese arte te parece auténtico, te parece verdadero?

—Tan verdadero como lo fueron el cubismo, el expresionismo, el impresionismo, etcétera. Todas estas frases son eslabones de una cadena. Y si se quita un eslabón, ya no se entiende lo que sigue.

—¿Pero no es el arte abstracto una escuela entre tantas? Yo he visto, además, que los peores dibujantes, los peores pintores realistas se refugian con buen éxito en el arte abstracto...

—En sí, el arte abstracto no es una escuela. En el arte abstracto, en cambio, hay muchas escuelas. Manchista, constructivista; el arte abstracto de Mondrian, el extremo contrario — toda la escuela manchista. Hay escuelas que le dan importancia a la caligrafía partiendo de la caligrafía oriental...

—¿Por qué la gente no entiende esas cosas?

—Porque necesita una educación, un proceso educativo. No hay una educación plástica en México. Si no se tiene una educación pictórica no puede entenderse la pintura moderna. ¡Fíjate, aquí ni siquiera tenemos un Museo de Arte Moderno! La gente tiene sus casas repletas de cuadros antiguos, de arte colonial; eso es lo que les gusta, porque eso están acostumbrados a ver: retratos de flores que no dicen nada, y de antepasados tan imponentes como improbables. México permanece anclado en el porfirismo, y de allí no sale ni a patadas... En Europa, llevan a los niños a los museos, y les explican cada cuadro, hasta que un día les llegan a gustar. Aquí, los llevan al Museo de Historia Natural del Chopo, a ver vidrios rotos, animalotes desbaratados, pulgas vestidas y toneladas de polvo.

—Dicen que ahora se va a hacer un Museo de Arte Moderno...

—Dizque, pero ¡fíjate a qué horas! ¡Apenas ahora se piensa en ello! ¡Qué laguna! Aquí no hay ni dónde ver buena pintura. El Museo de San Carlos

siempre está cerrado al público. El Estado no posee una sola buena pintura. Hace poco se hizo en Bellas Artes una exposición gracias a cuatro señores de apellidos extranjeros que hicieron el favor de prestar sus chivas. ¡Pero nada propio! ¡Con razón estamos tras de una muralla china, enclaustrados. Sin poder creer que exista otra pintura fuera de México!

—Pero ¿de veras crees que tiene sentido el arte moderno? ¿No te parece un escapismo?

—¡Ay, Elena, me has preguntado eso dieciocho veces! ¿Es fobia, o qué? Ya te dije que sería muy raro que la pintura de esta época no estuviera de acuerdo con la época.

—¿No piensas tú mismo a veces que la pintura abstracta es una cosa falsa?

—Ya te dije que no. Sería absurdo que la pintura presente no respondiera a la época en que se produce. Esto nunca ha sucedido en la historia de la pintura. Además, el arte moderno tiene ya sesenta años de vigencia. Es un hecho. Su existencia no se puede poner a discusión. Aun la estadística comprueba la auténtica realidad del arte moderno.

—¿Quisieras aclararme qué relación existe entre el abstraccionismo y nuestros tiempos?

—La pintura de cada época refleja el espíritu, el alma —si así lo quieres— de la época. Por ejemplo, la gran preocupación de la Edad Media era la religión, pero especialmente el infierno. Después vino todo el movimiento protestante: los flamencos se dulcifican. Pintan paraísos. Durante la Revolución francesa, la "Patria" se enaltece y se glorifica. ¡Recuerdas a Delacroix con su *La libertad sobre las trincheras*. Más tarde la ciencia revolucionadora se extiende a todos los campos. De ella derivan el impresionismo y el puntillismo, o sea el color aplicado científicamente...

—Hasta que llegamos a la época moderna. ¿Y qué trata de reflejar la época moderna?

—El mundo interior de cada uno de los hombres, lo único que puede unirnos los unos a los otros y demostrarnos que tenemos algo de común.

—¿Crees realmente que el mundo interior es lo único que nos liga?

—En la época actual, sí. El amor, por ejemplo, es común a todos los hombres; pero ya no es posible ilustrarlo como se ha hecho hasta ahora con escenas costumbristas. "Así se dan besos los esquimales, etcétera, etcétera." Ahora se trabaja a base de sensaciones, algo totalmente subjetivo.

—¿Y todo lo que es subjetivo te parece auténtico?

—¡Dale y dale con lo de auténtico! Sí. Porque las grandes verdades establecidas se nos desmoronan de entre las manos. ¡Mira! En la física escolar nos decían que el átomo era lo más pequeño. Dos años más tarde descubren que se puede dividir. Y la "verdad" anterior, ¡cataplum!, al cesto de los papeles viejos.

—Lo que cuenta para ti es el mundo interior. ¿Y no crees que se deban hacer cosas para los demás?

—Al hacer cosas para uno mismo se hacen para los demás.

—¿No crees en la pintura que se propone divulgar un "mensaje" claro?

—Me parece un prejuicio, o una limitación.

—¿Y la función social de la pintura?

—Eso es comunismo, y el fervor por el comunismo hace que los artistas —pin-

tores, grabadores, escultores, etcétera— se sientan obligados a hacer arte para el pueblo. Cualquier pintor comunista siente la obligación de pintar “con mensaje”. *Mejor dicho, lo obligan.* Dentro del comunismo no hay libertad posible para el artista.

—¿Por qué?

—¿Como por qué? La vida y el arte del pintor, del artista en general, están comprometidos. ¡Mira lo que le pasó a Pasternak! Debe escribir tal como lo dispone el partido, *ser* tal como lo manda el partido. El hombre ya no se pertenece. Debe *servir* al partido.

—Pero al enfocar su atención al pueblo sin recursos, el Estado le da posibilidades de desarrollo que no tendría de otra manera...

—Prefiero que el hombre sea un vagabundo, pero que sea dueño de sí mismo. ¡Que si se le pega la gana ser flojo, que sea flojo e inútil a la humanidad! Pero libre...

—Bueno, esta discusión no nos va a llevar a ninguna parte... Te escucharé. ¿Qué piensas de los pintores socialistas, del realismo socialista?

—Creo en la fotografía, creo en la ilustración; pero no creo en la pintura ni como fotografía ni como ilustración...

—Bueno, ¿y si las mayorías se rebelan contra el arte abstracto?

—Es porque no lo entienden.

—¡Ya ves!

—Sencillamente no tienen conocimientos pictóricos. Es como la música. ¿A poco a ti te gustaba la música clásica cuando eras chiquita?

—No sé. No me acuerdo.

—Estoy seguro de que no le encontrabas ni pies ni cabeza. A mí no me gustaba. Prefería yo las emociones más rápidas y fáciles que produce cualquier canción accesible. La música clásica me aburría enormemente. Sólo después de escucharla, una y otra vez, o sea de educarme musicalmente, comenzó a gustarme. Pero fue cosa de seguir un proceso, de ir poco a poquito. Creo que la mayoría de la gente prefiere escuchar “Radio Exitos” a las dos o tres estaciones que difunden buena música, y eso no quiere decir que en “Radio Exitos” sea más valiosa. La emoción directa no puede probar el valor de la obra artística.

—Volvamos a la pintura.

—Creo que en México son muy contados quienes verdaderamente gustan de la pintura. El espectador ve el cuadro: “¡Mira qué bonito caballito”, “Mira estos dos, parece que se están peleando!”. Ven el hecho representado, buscan una anécdota, pero no contemplan la forma, la textura, la pincelada. Quieren que todos los cuadros sean una representación de las cosas y si no hay tal, la buscan *a como haya lugar*... Todo esto proviene de una falta de educación.

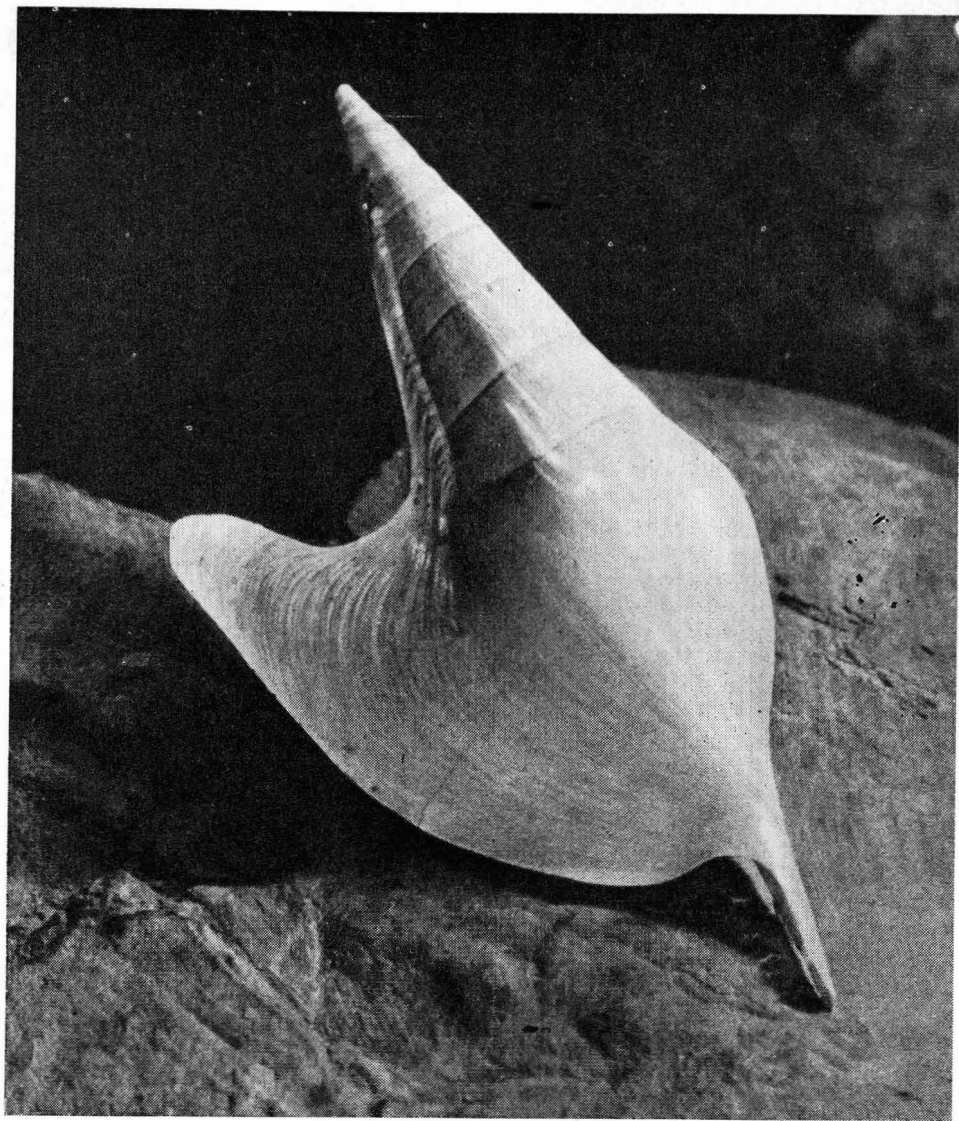
—Por eso tiene éxito la pintura social. Es una representación directa de las cosas. No necesita explicación...

—Realmente, Elena, ¿estás convencida del éxito de la pintura “con mensaje”?

—Sí.

—Lo que tiene éxito es el mensaje mismo. NO LA PINTURA. Como ilustración, pasa; pero a quienes ven el mural en cuestión no les importa el artista que lo hizo. Les da igual que sea Helguera, el de los calendarios, o Diego Rivera.

—¿Cómo explicas entonces que verdaderas multitudes vayan a ver el monu-



Molusco.—“la forma los atrae sin saber explicar por qué”

mento a Diego, en Dolores, y que tantos hayan asistido a su entierro, a sus homenajes...?

—Por los escándalos personales que desencadenaba Diego, no por otra cosa. Todo lo que hacía era llamativo. Su monumento mismo —esa horrible pirámide— no puede pasar inadvertida.

—Entonces, la pintura como ilustración...

—Mira, Elena, seguramente conoces las novelas ilustradas que hacen las delicias de todas las sirvientas: ¡esas tienen más éxito que nada! Las sirvientas entienden lo que ni modo que no entiendan porque está hecho para el nivel cultural más primitivo. ¿Tú crees que haya alguien que no entienda los monitos de los periódicos dominicales? Así pasa con los murales de Diego Rivera, los espectadores entienden que en aquella esquina están los indios con sus eternas plumas, y que los conquistadores de brillantes armaduras chicotean sin cesar a sufridas mujeres. Claro, se quedan absortos al ver esto que tan bien comprenden. Pero lo que entienden es otra cosa muy distinta del arte. No es el aspecto estético. Claro que entienden, pero entre eso que les gusta y el arte, hay un abismo.

—¿Tú crees entonces que Diego Rivera era un simple ilustrador?

—No es que yo niegue a Diego Rivera como pintor. Tuvo una época muy buena; pero después, se acabó. Todo se volvió ilustración.

—¿Y Orozco?

—Personalmente aprecio en Orozco mucho más calidad plástica, una emoción estética mucho mayor. Pero él no fue nunca un ilustrador. La última cosa

que hizo en el Teatro al Aire Libre de la Normal, en su último mural, es casi abstracto; eso es: si te fijas, verás que es abstracto de acuerdo con su tiempo.

—¿Cómo?

—En los primeros años hizo caricaturas políticas, sátira de la revolución (en fin, no vamos a exponer aquí la historia de la evolución de Orozco). Pero esta evolución de su plástica es notoria. Ese mural que acabo de mencionar lo confirma. Murió en medio de una plena evolución. A Orozco le interesaba mucho la máquina...

—Y eso ¿es moderno?

—¡Bastante! — (Luego ríe.) ¡Ve tú a saber...!

—Pero yo creo, Manuel, que la ilustración es útil, necesaria...

—Por supuesto... En un libro, la ilustración es muy útil. Por ejemplo, para enseñar a leer; sobre todo, es útil para los niños. Creo que siempre existirá. Tiene una función *pero es otro género de arte*...

—Es arte, al fin y al cabo.

—Con muchas limitaciones. Tiene que encerrarse a fuerza dentro del libro. En todo caso, es indispensable en todo lo relativo a la enseñanza; es decir, en los libros de historia, de ciencia, qué sé yo... También es un valioso auxiliar de la literatura...

Y a propósito de literatura, si quieren ustedes ver cómo se las gasta este moderno Miguel Angel criollo, a continuación lean el trozo de Science Fiction que ha engendrado en sus ratos de ocio, entre pincelada y pincelada, entre golpe de cincel y golpe de cincel. Ante la evidencia, no hacen falta comentarios.

VIAJE SIN REGRESO

Por Manuel FELGUERAZ

Dibujos del autor

FUE EN EL AÑO 2166 cuando periódicos, radios, televisiones, tetratomoscopios y olfadvites anunciaron al mundo el descubrimiento de un planeta similar al nuestro.

La noticia causó gran sensación, ya que después de las exploraciones realizadas hasta aquel entonces, se había llegado a la triste conclusión de que la existencia del hombre era imposible en otros planetas, los que, a lo más, como en el caso de Marte, cuentan con una rudimentaria vida vegetal. Se consideró que en el sistema recién descubierto existía un planeta con todas las características climatológicas de la tierra y que sería esta gemela nuestra la que vendría a resolver, en un futuro no lejano, la grave crisis de sobrepoblación que se padecía en aquella fecha. Por todo ello, el nuevo planeta fue bautizado con el cariñoso nombre de "LA TIERRA II".

Y se unieron los esfuerzos de todas las naciones para crear un instituto de investigación en los que se reunieron los más prominentes sabios, quienes, después de dirigir la construcción de los más modernos e ingeniosos aparatos, se dedicaron a la observación sistemática y constante de la Tierra II. Tras cinco años de arduos estudios dieron a conocer las siguientes conclusiones:

- I. La Tierra II efectivamente existe.
- II. Su dimensión es muy aproximada a la de la Tierra.
- III. Por lo que se ha podido observar, cuenta con dos grandes océanos.
- IV. Estos océanos circundan masas de tierra en las que existe vegetación.
- V. La vegetación corresponde, cuando menos, a dos estaciones del año.
- VI. Se cree que su atmósfera permite la vida del hombre.

A continuación se construyó una gran nave. El viaje ofrecía serios problemas, pues la distancia era mucho mayor a las anteriormente recorridas. El plan inicial, que consistía en seguir la línea recta, fue desechado, toda vez que ofrecía el grave peligro de que la nave fuera atraída por la fuerza centrípeta de la enorme estrella Sirio de la Constelación de Vega. Por esta razón se decidió trazar una elipse, que si bien alargaba en unos años el recorrido, por otra parte garantizaba mayor seguridad. El itinerario quedó establecido; el viaje tendría 10 años de duración. A los cinco años la estrella polar, que siempre nos marcara el norte, sería paulatinamente el sur.

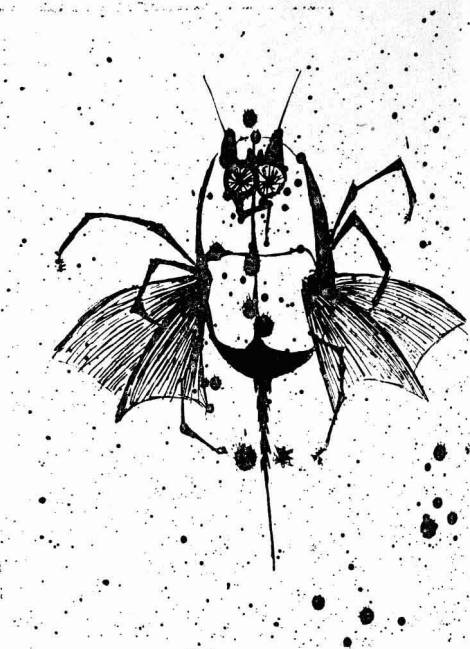
Asimismo se decidió mandar cinco naves que saldrían con un intervalo de dos años cada una y tripulada por un solo hombre. En ella se transportaría la maquinaria necesaria para que una vez llegadas las cinco, construyeran otra nave en la que emprenderían el regreso, trayendo la mayor información posible a fin de aprovechar su experiencia para iniciar una inmigración y colonización posterior.

Yo fui escogido para ese primer experimento. Mi preparación era amplia,

pues desde muy niño fui educado y alimentado para este bello oficio. Mi gran capacidad profesional logró convencerlos de que era yo el hombre más adecuado.

Debo confesar que sentí miedo cuando el nombramiento estuvo en mis manos. Mis anteriores viajes habían durado a lo sumo dos años y ahora serían necesarios treinta para regresar, en caso de que todo saliera como se esperaba y de que la vida me los concediera.

Acepté mi destino. Me despedí de mis amigos. En mi interior comprendía que sería muy difícil volver a ver a mi madre, que por entonces casi tenía sesenta años. Por esta razón no le dije la ver-



Dibujo encontrado entre los papeles de Paul Niendermicht. Se desconoce su significado

dadera duración de aquella aventura y nos despedimos como otras tantas veces.

El 2 de noviembre del año 2171, a las 3.30 de la madrugada, llegué al lugar en que despegaría la inmensa nave. El cielo estaba lleno de estrellas; al contemplarlo sentí como si por un instante el universo entero se me revelara. Inconscientemente me incliné y tomé un puño de tierra. Subí la escalinata, pasé por la estrecha puerta y una vez acomodado frente al tablero de instrumentos, todas las partes de mi cuerpo fueron sujetadas fuertemente al asiento. Se me aplicó una anestesia temporal para, por un lado, evitar un posible shock psicológico y, por otro, para poder resistir con mayor facilidad la terrible sacudida inicial, mientras la nave deja la atmósfera.

Cuando volví en mí todo estaba bien: el aparato funcionaba perfectamente y el silencio en el interior de la cabina era total.

Pasar largos años dentro de un tubo de cuatro metros de largo por dos centímetros y cinco de diámetro, al que no había sido posible adaptarle ventanas por no existir un material transparente

lo suficientemente resistente, conduciría, sin duda alguna, a la locura. Por lo tanto, el terreno psicológico fue previsto con especial cuidado. Lo más eficaz en este sentido era un gas que producía un profundo sueño, el cual podía durar a voluntad, desde una hora hasta una semana como máximo, dependiendo del tiempo de inhalación según la siguiente fórmula:

60 segundos de inhalación — 240 minutos de sueño. Tenía la consigna de seguir este procedimiento al menor signo de aburrimiento, angustia o disgusto.

Cuando despertaba siempre tenía mucho que hacer; anotaba en mi libro de bitácora todo aquello que los instrumentos habían registrado, lo estudiaba y trazaba esquemas y estadísticas para fijar mi posición en el espacio.

Mis gustos personales también habían sido tomados en cuenta. Jugaba largas partidas de ajedrez contra un cerebro electrónico que tenía la posibilidad de prever hasta 20 jugadas y el cual generalmente me ganaba, aunque una vez tuve la enorme satisfacción de darle un jaque mate en el octavo movimiento. Llevaba también una gran biblioteca condensada en una cinta microfotográfica que proyectaba sobre una pantalla; bastaba apretar un botón para cambiar de página. Con el mismo sistema llevaba mil películas selectas, de tal manera que cuando llegaba a la última, la primera se me había olvidado ya y me era posible recomenzar. En cuanto a música era tan completa la cinta, que siempre pude oír lo que correspondía a mi deseo momentáneo. También llevaba mi instrumento musical preferido, una flauta, en la que logré hacer grandes adelantos y aun algunas composiciones.

Cuando mi nostalgia era grande recurría a mi olfadvite que siempre fue mi mayor entretenimiento, pues me recordaba con toda claridad los instantes más queridos de mi niñez. Al tomar mi ración diaria de píldoras alimenticias, él me proporcionaba la sensación real de succulentos banquetes. Tendido sobre mi pequeña litera sentía la brisa, el color y el aroma de los mares del sur. Sin embargo, se me recomendó hacer poco uso de él, pues de lo contrario corría el peligro de sumergirme en un mundo imaginario durante el cumplimiento de una empresa que exigía un completo sentido de realidad.

Al principio me desesperaba esa ceguera impuesta por necesidades de orden técnico; sólo tenía yo el recurso de usar la imaginación, ayudado por los registros diarios fielmente transcritos desde el exterior por infinidad de números y agujas. Aquello debería ser tan extraordinario que aun habiéndolo visto hubiera sido muy difícil narrarlo. Pero a medida que la bitácora aumentaba eran tantos los astros anotados, que llegué a pensar que tal vez pasaría lo mismo que cuando en automóvil atravesamos a gran velocidad un bosque: a pesar de la belleza que encierra cada árbol, el paisaje acaba por resultar monótono, produciéndonos la indiferencia de lo que nos es ya demasiado familiar.

De esta manera transcurrió mi vida en ese pequeño mundo al que ciertamente llegué a habituarme, hasta que comprendí que el tiempo había pasado y que faltaba muy poco para alcanzar mi objetivo. Desde ese momento me fue muy

difícil pensar en otra cosa. El ansia de llegar se volvió obsesiva, ya no quise dormir, quería estar seguro de que efectivamente todo era una realidad, quería adivinar no sólo el día sino aun la hora, el minuto exacto en que ocurriría. Por esta razón revisé mi diario con la mayor minuciosidad; al hacerlo recordé claramente algunos de los momentos más importantes: aquel día, hacía ya casi cinco años, en que dejé atrás la estrella polar y de pronto me encontré en la otra mitad del universo. La emoción que experimenté es la misma que deben haber sentido los antiguos navegantes cuando por primera vez cruzaron el ecuador. Recordé también aquel terrible instante en que atraído misteriosamente por una extraña fuerza, creí que todo había acabado. Pero en fin, todo esto ya no tenía importancia. Tracé el más complicado de los planos, chequé todas las periódicas anotaciones y comprobé que... ¡el viaje estaba hecho!

Sentí el impacto de una atmósfera; el calor subió terriblemente en el interior de la nave. La velocidad descendió. Apenas tuve tiempo de ponerme mi traje protector y colocar nerviosamente sobre mis hombros el capelo y a mi espalda el tanque productor de oxígeno. Poco a poco dejé escapar la artificial atmósfera interior. Entonces pude abrir la puerta. ¡Me encontraba ya en la Tierra II!

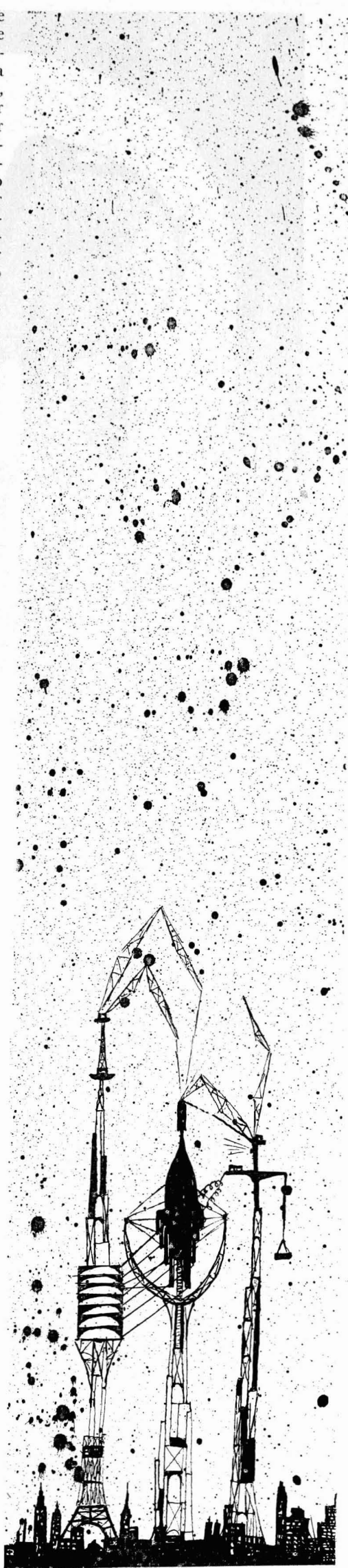
Todo era blanco, nieve. Medí las condiciones del exterior y con gran alegría comprobé que podía respirar. Dejé mi cara libre al contacto de aquel maravilloso aire fresco; había neblina. Caminé unos pasos alrededor de mi estropeada nave. Me sentí muy cansado. Entré de nuevo en ella y dormí, esta vez de una manera natural, como hacía mucho tiempo no lo hacía.

La primera actividad que desarrollé consistió en montar una antena que permitiría comunicarme con la nave número 2, que venía dos años atrás de mí; ésta a su vez lo retransmitiría a la número 3 y así sucesivamente. Sería en esta forma como se lograría que mi primer mensaje llegara a la tierra. Cuando acabé la instalación me encontraba sumamente nervioso; la simple idea de que después de tanto tiempo en que sólo había podido hablarme a mí mismo, un pensamiento salido de mi mente sería captado por otros seres vivos que, además, quedarían conmocionados por la noticia, me hizo feliz. Y así, lleno de júbilo, lancé a la estratósfera el siguiente mensaje:

"YO, PAUL NIENDERMICHT, COMUNICO CON PROFUNDA EMOCIÓN A MIS HERMANOS DE LA TIERRA QUE EL VIAJE FUE TODO UN ÉXITO. ME ENCUENTRO PERFECTAMENTE EN LA TIERRA II, LA CUAL COMO SE SUPONÍA, ES HABITABLE. SEGUIRÉ INFORMANDO. MARZO 14 DEL AÑO 2181."

Dediqué los siguientes días a revisar los paquetes que contenían parte de las piezas necesarias para organizar el regreso. Las engrasé, las acomodé ordenadamente y marqué en un mapa su posición en relación a las montañas que me rodeaban. Después preparé meticulosamente mi mochila, con todo lo necesario para emprender una larga exploración.

Salí muy de mañana. Durante varios días caminé con gran esfuerzo entre rocas y nieve. Esto me hizo llegar a creer



que la Tierra II era helada en su totalidad pero que, aun así, era habitable y podía llegar a ser muy útil a los hombres del mañana. Me entretenía pensando en las peripecias que tendrían que pasar las primeras familias que la colonizaran.

Un día el cielo despejó. Lo primero que vi fue un rayo de sol que al darme en los ojos me despertó. Me quedé extrañadísimo pues aquel sol era tan igual al nuestro, que por un momento creí estar en la tierra. Después pude ver allá, a lo lejos, una mancha verde. Se encontraba en un valle. ¡Eso sí que era importante! Caminé, caminé, casi corrí; mi curiosidad era tremenda. ¡De modo que, efectivamente, este nuevo mundo también tenía vegetación! ¿Cómo serían aquellas plantas? Llegué cansadísimo. Al aproximarme vi que eran pinos. Me parecía imposible tanta similitud. Pero las sorpresas fueron aumentando a cada momento. Encontré una vereda que, indudablemente, había sido hecha por un ser inteligente. Más adelante un cultivo de trigo y un camino mayor. ¡Era ya evidente la existencia del hombre! No sabía qué pensar. ¿También ellos serían iguales a nosotros? Tal vez pacíficos... tal vez feroces... ¿Cómo reaccionarían ante mi presencia? ¿Cómo podrían creer que yo venía de un lugar tan lejano en el espacio? Decidí esconderme, no precipitarme, observar lentamente. Así, caminando de noche, distinguí de pronto una construcción. Subí a lo alto de un árbol y desde allí esperé la luz. Al amanecer pude observar que aquella construcción estaba hecha de piedra y que sus techos eran de paja. Pertenecía sin duda a una cultura atrasada. Más tarde vi aparecer en sus patios... ¡hombres! No tenían pelo pero ¡eran hombres! Vestían unas largas túnicas amarillas y caminaban lentamente, con las manos juntas, como en meditación. Ese ambiente sereno me infundió confianza. Decidí acercarme más para intentar escuchar su voz. Así lo hice. Sigilosamente fui deslizándome entre los árboles. Llegué hasta el viejo muro. Me preparaba a escalarlo cuando fui descubierto por un grupo que llegaba del exterior. Fui rodeado por varios hombres que estaban realmente sorprendidos, sin duda por mi indumentaria. Hablaban entre ellos en un melodioso idioma que yo no comprendía. Cortésmente me hicieron señas de pasar al interior. Ahí se reunió un grupo como de cincuenta. Yo estaba tan nervioso que ni aun ese lenguaje de señas podía entender. Al ver que sus esfuerzos eran inútiles, me subieron a una carreta jalada por bueyes, que me condujo pausadamente a un poblado. Este era pequeño y muy semejante a aquellos que aparecen en las estampas que nos muestran en la escuela cuando somos niños, para ilustrarnos acerca de cómo había sido la vida siglos atrás. Todo ello me confirmó la idea de que los habitantes de este planeta estaban culturalmente atrasados en relación con nosotros. Los hombres que me acompañaban en la carreta habían permanecido silenciosos la mayor parte del tiempo. Algunas veces, después de mirarme, sonreían dulcemente. La bondad que emanaban me inspiraba tranquilidad. Pensé que los años que pasaría entre ellos serían deliciosos y que aquí encontraría la paz que siempre desee. Nos datuvimos ante un carcomido portón... ¡y entonces ocu-

rrió lo inusitado! El hombre que abrió era indudablemente de tipo europeo y vestía a la moda actual. Se dirigió a nosotros, cambió algunas palabras con el más viejo del grupo y después... ¡me habló en mi propia lengua!

Le interrogué atropelladamente:

—Dígame, ¿dónde estoy? ¿Por qué está usted aquí? ¿Quiénes son estos hombres?

Al ver mi excitación trató de calmarme, al mismo tiempo que me explicaba:

—Está usted en Imaloau, poblado occidental del Tibet. Yo soy un europeo, como usted, y estos hombres son unos monjes budistas que lo han sorprendido tratando de introducirse clandestinamente a su monasterio.

No podía creer lo que oía.

—Entonces... ¿estoy en la Tierra?

—Claro que está usted en la Tierra! ¿Qué creía... que estaba en Marte?

Su tono era burlón. Seguramente me creyó loco. ¡Y muy cerca estaba de estarlo! Ya no podía comprender nada. Entonces... ¿todo había sido en vano? ¿Todo había fracasado? ¿Inexplicablemente había vuelto a la tierra? ¿Es que todo lo anterior había sido un sueño... o es que lo que actualmente pasaba lo era?

No dije, por miedo al ridículo, de donde venía. Conté que era yo un alpinista extraviado y quise regresar inmediatamente a mi ciudad natal.

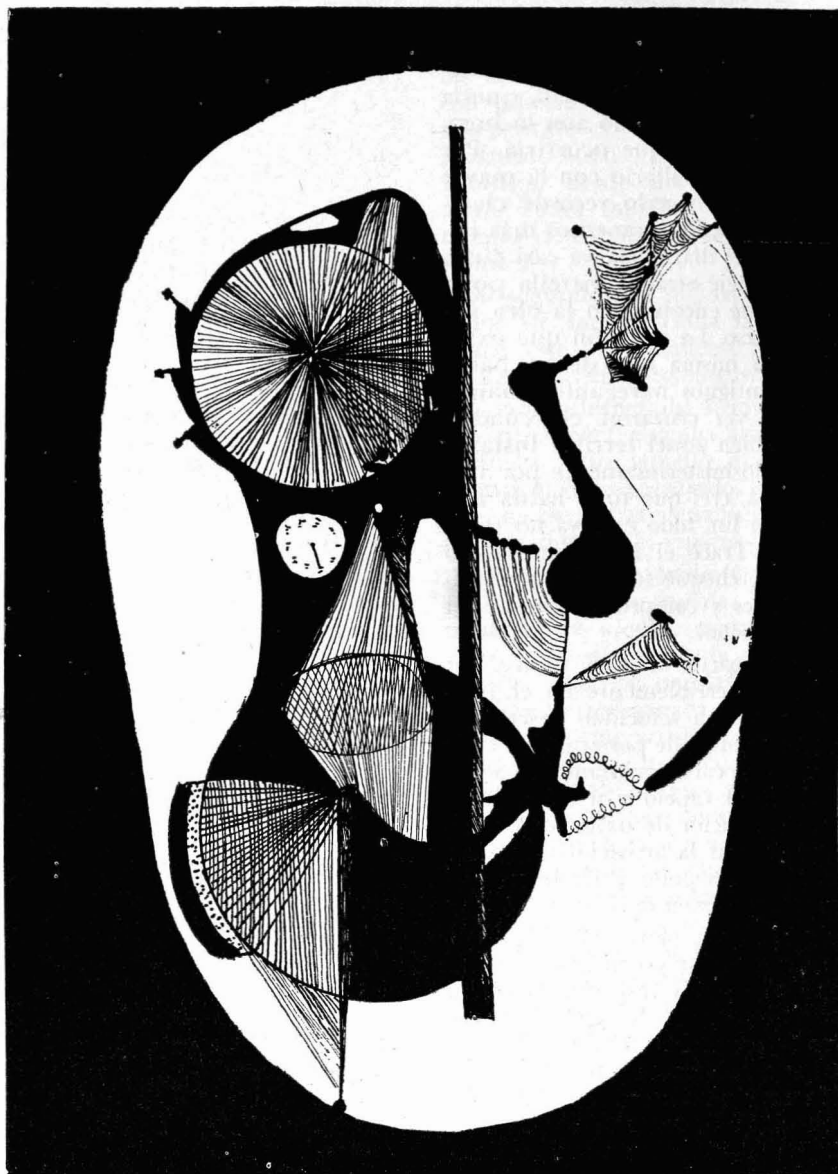
Partí a la capital, la cual se encontraba a pocos kilómetros. Tuve una entrevista con el cónsul de mi país al que conté, ya más elaborada, "la fantasía del alpinista". Después de pasar por interminables trámites burocráticos, logré que me extendieran pasaporte y me facilitaran el dinero necesario para comprar un boleto de avión el cual, en pocas horas, me condujo al lugar en que todo había principiado.

Una vez allí me dirigí a pie a mi casa. Caminaba por aquellas calles tan familiares y, sin embargo, me sentía un extraño. Como un hombre resucitado. ¡Qué rara mezcla de sensaciones! La vergüenza del fracaso, la alegría del regreso, pero, sobre todo, el no poder comprender. ¡Diez años muertos!

Toqué el timbre. Me abrió mi madre. La observé ávidamente: sí, en su rostro se notaban las huellas de diez años más. Lloró de alegría al volverme a ver. Ni a ella quise decirle nada aún. Más tarde me encerré en mi cuarto; saqué del fondo de la mochila mi bitácora, la revisé en sus puntos clave. Todo estaba en orden. En ese momento yo debería encontrarme, indudablemente, en la Tierra II. Y sin embargo había vuelto. ¿En qué momento, sin darme cuenta, había emprendido el regreso?

Aquella noche no pude dormir; en mi mente revoloteaban números, ecuaciones, planetas, satélites, estrellas, constelaciones y galaxias, como en un caleidoscopio. Varias veces, instintivamente, en la oscuridad, mi mano se dirigía a los controles de la nave. Entonces me daba cuenta de que estaba otra vez en mi cuarto, en la misma cama en la que de adolescente soñaba con llegar a ser un piloto del espacio.

Ya amanecía cuando logré conciliar el sueño. Desperté tarde. Mi madre me llevó el desayuno a la cama, como era



Control unificador, llamado comunmente el corazón del olfadovite

su costumbre, y después, a petición mía, me entregó un grueso paquete de la *Revista internacional de astrología aeronáutica*. Tomé el número más reciente. El artículo principal estaba escrito por el maestro Dimitri Miltsevitch, famoso desde su decisiva intervención en los estudios preparatorios a la conquista de la Tierra II. El artículo, resumiendo, decía lo siguiente:

"Las más recientes observaciones realizadas con el telescopio "Épsilon, 18", el cual tiene una potencia mil veces mayor que sus antecesores inmediatos, nos ha permitido observar con todo detalle la Tierra II, dándonos datos que han dejado asombrados a los científicos. Se ha llegado a confirmar la existencia del hombre, de un hombre que habita continentes similares a los nuestros y que ha alcanzado un grado de adelanto científico exacto al nuestro. Aunque parezca increíble, su planeta tiene exactamente el mismo número de satélites artificiales que la tierra. Esto viene a confirmar mi anterior teoría en la que afirmé que la existencia de la Tierra II sólo era explicable por la ley de "a iguales causas, iguales efectos". Por consiguiente, la absoluta identidad de circunstancias iniciales que se dieron en dos puntos tan lejanos del universo, fue lo que creó un sistema planetario similar, una tierra y un clima exactos, una flora y una fauna... ¡y aun el hombre! De tal manera que no sería temerario afirmar QUE CADA UNO DE NOSOTROS PODRÍA ENCONTRAR ALLÁ SU DOBLE".

Lo que acababa de leer me dejó anonadado. Dejé a un lado la revista y mi mirada vagó por el cuarto como si buscara en los objetos inanimados una explicación. De pronto unos grandes titulares rojos en el periódico de la mañana, llamaron mi atención:

"POR FIN SE ESTABLECE COMUNICACION CON LA TIERRA II" y a continuación, con letras negras, un poco más pequeñas:

"Extra. Extra. Hoy fue captado en la tierra un mensaje de Paul Niendermicht, nuestro primer explorador mandado a la Tierra II, el cual transcribimos íntegro para la congratulación de toda la humanidad:

"YO, PAUL NIENDERMICHT, COMUNICO CON PROFUNDA EMOCIÓN A MIS HERMANOS DE LA TIERRA QUE EL VIAJE FUE TODO UN ÉXITO. ME ENCUENTRO PERFECTAMENTE BIEN EN LA TIERRA II, LA CUAL COMO SE SUPONÍA, ES HABITABLE. SEGUIRÉ INFORMANDO MARZO 14 DEL AÑO 2181".

Dejé el periódico. Los ojos se me humedecieron. Tocaron a la puerta.

—Soy yo, hijo, ábreme...

En ese preciso momento, en la tierra, en mi casa, tras la puerta de mi cuarto, mi verdadera madre estaría diciendo exactamente lo mismo a su falso hijo quien, como yo, habría dejado caer el periódico y tendría los ojos húmedos de lágrimas.

EL REALISMO SUBJETIVO DE ALEJO CARPENTIER

Por Julieta CAMPOS

Cuadros de Wilfredo Lam

ALEJO CARPENTIER es un novelista interesado en descubrir un sentido a lo americano, fuera de los caminos trillados del regionalismo, el folclore y la fácil explotación de lo pintoresco. Más que creador de personajes, Carpentier es sugeridor de atmósfera. Quizá por eso no ha dado, hasta ahora, el gran personaje americano que pueda ocupar un sitio en el mundo de símbolos representativos donde tienen carta de naturaleza don Segundo Sombra, Cantaclo y doña Bárbara, acechados por la fantasmal aparición de Pedro Páramo. Para Carpentier, América es un ámbito de posibilidades infinitas, donde todo puede ocurrir: es la encrucijada de lo mágico con lo racional, de lo indígena y lo negro con el elemento europeo. Aquí, hasta el sentido del tiempo está determinado estrechamente por el espacio; es un tiempo marcado por las selvas y los mares y los ríos y las montañas de nuestro Continente: un tiempo espeso y medular, cargado de nacimientos y de muertes, de sufrimientos, de injusticias, de terquedad y de esperanza. Carpentier ha ensayado diversos caminos para la novela y el cuento, pero siempre en un estilo que sugiere sin dejar demasiado lejos la realidad que "compone", en una manera de revelar lo recóndito sin sustituir o reemplazar lo que está a la vista. Juega audazmente con el tiempo, hasta llegar a la casi intemporalidad: el paso del tiempo parece no afectar la existencia misma, que pervive en las cosas y en los hombres.

El reino de este mundo es un experimento con "la imaginación" sobre la realidad de América, cuya historia es, para este escritor, "una crónica de lo real-maravilloso". ¿Por qué buscar lo sorprendente, lo inusitado, en simples trucos que sólo alcanzan a emparentar cosas muertas, objetos desprovistos de todo significado y contenido —como hacen los surrealistas— cuando la vida ofrece tan ricas posibilidades de poesía? En

esta novela, la fantasía surge de la realidad misma — la sublevación de esclavos en Haití, el reino de Henri Christophe. Pero es una realidad vista con los ojos de un negro esclavo, cuya visión del



Carpentier.—"sugeridor de atmósfera"

mundo está profundamente marcada por ancestrales cosmogonías africanas y mágicas leyendas surgidas en suelo haitiano. La figura de Mackandal, que es la conciencia de todos los esclavos, el recuerdo de grandes hazañas en la tierra de origen y, por lo mismo, la simiente de rebeldía, tiene proporciones míticas —

a él se atribuyen transformaciones extraordinarias en formas animales y prodigios tales como una extraña peste que asolara el campo, destruyendo todas las manifestaciones de la vida vegetal, animal y humana, como tétrico preludio de la rebelión de los oprimidos. Es la historia, pero una historia contemplada desde dentro, desde el barracón de esclavos en una hacienda francesa primero y luego en las empinadas laderas de la Ciudadela La Ferrière, donde miles de hombres negros volvían a ser esclavos, ahora de otro de su raza, que había constituido en torno al Dios de los blancos, a una "causa" nebulosa y a una espada ridícula, de no ser tan temida, un nuevo reinado de la injusticia y la opresión. Pero el esclavo Ti Noel a la hora de morir, tras haber aprendido en larga vida las penas de la tierra para los desposeídos, ha elaborado una humilde y sabia filosofía humanista, que no busca consuelos en el más allá, porque: "agobiado de penas y tareas, hermoso dentro de su miseria, capaz de amar en medio de las plagas, el hombre sólo puede hallar su grandeza, su máxima medida en el Reino de este Mundo". Los temas de la injusticia y la tiranía, inseparables de la novela hispanoamericana, no pierden eficacia, a pesar del tratamiento muy elaborado de este libro.

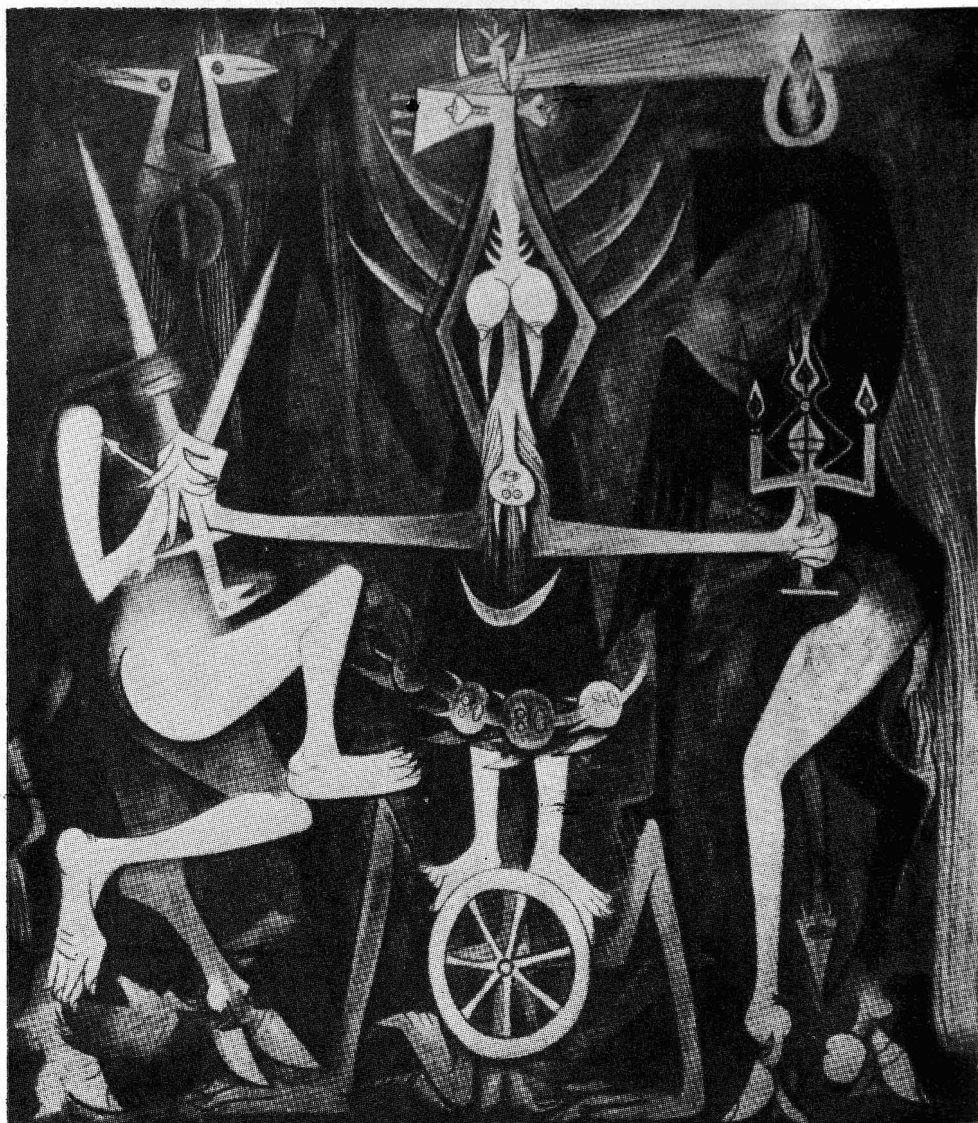
El trópico es, quizás, lo más característico de América o, al menos la localización geográfica donde el mundo nuestro se aleja más de Europa y se vuelve más sobre sí mismo. ¿Cómo olvidar que las Antillas fueron consideradas tradicionalmente por los conquistadores como "llave del Nuevo Mundo"? Y es en torno a las Antillas y a la cuenca del Caribe que el autor cubano se introduce al corazón americano. La densidad del trópico, su proliferación barroca actúan sobre el hombre de esas latitudes, para dotarlo de algunas de sus características psicológicas más distintivas; el otro factor geográfico es el mar, que singulariza una peculiar idiosincrasia abierta durante cinco siglos a la confluencia de viajeros, naves y corrientes culturales. En esa perspectiva se sitúa el novelista. Alejo Carpentier "fundamenta", además, sus obras en un acervo de datos, fechas y documentos; va a los archivos en busca de sugestivos personajes y se mueve familiarmente en los hechos y leyendas de la vida histórica americana. Lo real histórico es sustrato fértil de su obra, nutrida de los caracteres transculturales, tan esenciales a la composición de nuestros países, y poblada por una fantasía que gira siempre en torno a la realidad.

Carpentier se formula un tema recurrente desde hace un siglo en la literatura y el arte de los países dotados de un avanzado desarrollo industrial: la preocupación por recuperar el "paraíso perdido" de la naturaleza, que se expresa como evasión, aventura, postizo retorno o como encuentro más o menos auténtico del hombre consigo mismo. No se trata esta vez de un europeo o de un norteamericano, sino de un escritor hispanoamericano, para quien esa problemática tiene que presentar forzosamente otras soluciones y otros atisbos; de ahí la importancia de *Los pasos perdidos*, la más importante de sus novelas. El protagonista de *Los pasos perdidos* va desprendiéndose, al internarse en la selva sudamericana, de todas las enajenaciones de una vida desarrollada en la ciu-



"ancestrales cosmogonías africanas"

dad civilizada por antonomasia — Nueva York. En la selva se está “en el mundo del Génesis, al fin del Cuarto Día de la Creación”, donde el hombre civilizado puede experimentar los miedos elementales — a la noche, a la tormenta, a la fiera— y puede también, en ocasión memorable, descubrir el nacimiento de la música en el treno del hechicero, que pretende devolver la vida a un muerto. Pero antes, la entrada a la selva se va haciendo en un retroceso sorprendente a espaldas del tiempo o, más exactamente, al encuentro de los siglos, en ciudades que son estampas de la época de los conquistadores, en aldeas de la era paleolítica, en sitios donde los hombres apenas amanecen a la Historia. El hombre que el novelista introduce a la selva es un intelectual, un artista, un músico. Ha conocido, por supuesto, toda la “alta acrobacia de la cultura” que juega en Occidente a las maromas existenciales o al “baratillo surrealista”; también ha estado en la Alemania de 1939 y ha visto como “de noche, en las plazas públicas, los alumnos de insignes Facultades quemaban libros en grandes hogueras” y como la Oda a la Alegría era entonada por quienes habían olvidado el sentido más hondo del humanismo europeo; y, más tarde, ha vuelto como vencedor, en los ejércitos que invadieron Europa desde el otro lado del océano, para ser luego “un hombre sin esperanza quien regresó a la gran ciudad y entró en el primer bar para acorazarse de antemano contra todo propósito idealista”. El contacto con el mundo virgen de la selva americana despierta en él un nuevo amor por lo puro, lo auténtico, lo “naturalmente” humano. El artista ha vivido hasta entonces en un mundo que le parece vacío de motivos, donde ni siquiera es posible la comunión del amor — la relación con su mujer es mecánica y con la amante sofisticada y superficial. Esa inercia de la vida sin grandes porqués lo hace encontrarse ante las expresiones más simples de la convivencia humana con el asombro de un convalesciente que sale de un largo enclaustramiento a la luz exterior y se siente renacer a la vida con la inocencia del primer día. Dentro de la sociedad burguesa su vida ha estado privada de trascendencia y aun de inspiración para esa “gran obra” que jamás ha podido realizar. Pero ¿es acaso posible la vuelta a la naturaleza, ese instalarse fuera de la historia? Carpentier advierte —reconociendo la fluidez y la historicidad de los valores— que si alguien no puede escapar a su época es el artista, que lleva sobre sí todo el peso del tiempo, “de lo hecho hasta hoy”. Mas la decisión final de su personaje procede de una circunstancia que, en definitiva, es externa a él mismo: debe renunciar a su evasión porque la mujer a la que ama y que es el símbolo de lo más puro de la naturaleza lo ha abandonado. Es el rechazo de la mujer —y de lo que ella significa, en consecuencia— lo que lo empuja a reintegrarse a una sociedad que no ha dejado de ser mendaz y a la que no pretende modificar. La toma de conciencia la hace el artista, no tanto dentro de la historia en general, sino dentro de la historia de la cultura y el arte. Porque si el desprendimiento de la enajenación de su mundo había sido



“experimento con ‘la imaginación’ sobre la realidad de América”

un tránsito ideal y no real, la vuelta no se hace tampoco por una toma de conciencia objetiva y total, sino limitada a su condición de artista. Ahí está la debilidad de la obra: el novelista parece entregar a su personaje, como artista, una condición singular y lo rescata como tal, sin que su renuncia al “mundo de los orígenes” signifique un reconocimiento de los grandes conflictos contemporáneos que comprometen su condición humana. Lo positivo: ni siquiera subjetivamente puede tener éxito la aventura en busca de un nuevo “Eldorado” espiritual. Quien está dispuesto a recorrer hacia atrás el tiempo hasta eludirlo es derrotado en la forma más drástica, por el rechazo de ese mismo mundo que persigue. La dramática experiencia subjetiva es abatida en su propio terreno.

La preocupación por “el tiempo” es una constante en la novela subjetivista. Para Carpentier, el hombre sostiene una “guerra” con el transcurrir de la cual sale vencedor, ya que lejos de perderse o desintegrarse en el tiempo, afirma en él sus constantes. El estilo sutil de Carpentier se aguja en tres relatos, *Viaje a la semilla*, *Camino de Santiago* y *Semejante a la noche*, pequeñas piezas de virtuoso. Se establece en estos relatos una circulación peculiar del tiempo, que avanza o retrocede al ritmo de los recuerdos —*Viaje a la semilla*— o se vuelve sobre sí mismo en cerrada órbita —*Camino de Santiago*— para enlazarse en una carrera de siglos en torno a las esencias de la condición humana, en *Semejante a la noche*. Aquel Juan de

Amberes, que cambia el camino de Santiago por las rutas de América, es el prototipo del “criollo” en su nacimiento, del español americanizado en tierras del Nuevo Mundo, donde se gesta un tipo humano ya distinto y característico. Un sugerente paralelismo histórico entre la Grecia de Agamenón y la España de la Conquista, se desenvuelve en *Semejante a la noche*, donde la expresión se pliega con maestría al estilo de dos épocas y dos espíritus tan distintos, en los que el autor encuentra, sin embargo, poéticas coincidencias. En *Viaje a la semilla*, la vida de un hombre, de su casa y de sus posesiones, se confunde con poco menos de un siglo de vida “interior” de La Habana colonial del siglo pasado: aquí el tiempo retrocede de la muerte al nacimiento, para volver de nuevo a la muerte. El tiempo, péndulo objetivo-subjetivo, importa en tanto que constituye la vida misma del hombre. El hombre no transcurre en el tiempo, sino que es el tiempo: él lo hace a su propio ritmo. Sus experiencias marcan la densidad, el peso, la ligereza o la angustia del tiempo. En *Camino de Santiago* la existencia de los hombres recorre una y otra vez, siempre semejante a sí misma. Dos vidas, entre las cuales media un lapso histórico de veinte siglos, reproducen en *Semejante a la noche* situaciones idénticas: la condición humana, sugiere el autor, es inmovible y única; le es permitido al artista “jugar” con el tiempo, porque el único suceder es el de la subjetividad del hombre, para quien pasado y futuro son siempre presente.

La disgregación temporal se hace extremada en *El acoso*: lo que en los relatos anteriores es un poderoso y sutil ejercicio de imaginación se vuelve ahora dramáticamente vivo. La novela está claramente situada en un momento bastante reciente de la historia cubana: la época que siguió a la revolución de 1930-33, que derrocó a la dictadura de Machado. A la corrupción política de aquel período correspondió la degeneración de ciertos grupos revolucionarios en pandillas, desprovistas de todo ideal y dadas al desenfreno gratuito del "gatillo alegre" — como dio en llamarse a tan violenta situación. *El acoso* no es, estrictamente, una novela de la revolución. Es el punto de vista subjetivo de un revolucionario perseguido por su conciencia, por el tiempo y por la desazón y la angustia de una situación cuyos hilos se han escapado hace mucho de sus manos. No vive ya su propia vida, sino el absurdo de una existencia urdida por personas y hechos que le son extraños: hasta la delación, cuyo castigo espera, le parece inevitable y ajena a su voluntad. No es, en verdad, el revolucionario, sino el impaciente, el exasperado, el terrorista. Solo, sin la solidaridad de la lucha, se encuentra dentro de un ámbito que puebla su miedo. (Las descripciones de la ciudad de La Habana son las visiones de una pupila hipertrofiada, que refleja la aguda sensación corporal de la angustia.) El acosado vive fuera de la sociedad y, al mismo tiempo, perseguido por ella. No alcanza a explicarse por qué una sucesión irracional de actos lo ha llevado al encuentro de la muerte — un poco como *El extranjero*, de Camus, aunque con una diferencia esencial: el terrorista de Carpentier se encuentra en el polo opuesto a la insensibilidad vital de Mersault y no cesa de debatirse en busca de una razón, de un motivo, de una verdad que justifique su deseo de seguir viviendo. Tiene un acceso de revelación religiosa: si nada parece tener sentido, debe haber un sentido, último y primario, que justifique la vida. Vive sus últimas horas entre Dios y el miedo, como si esa verdad que ha creído apropiarse no le sirviera para vivir ni, en definitiva, para morir.

Carpentier se ha ido acercando a sus temas en círculos cada vez más cerrados y más estrechos, siempre con mayor seguridad y madurez. *El acoso* es un valioso buceo en los recursos del subjetivismo y del monólogo interior, para el tratamiento de temas que hasta ahora la novela hispanoamericana ha preferido enfocar desde afuera. El camino no está, sin duda, en el subjetivismo extremado; pero ¿no podrán entroncarse una mesurada subjetividad y toda la indispensable autenticidad objetiva para que la novela hispanoamericana gane en conocimiento del hombre, sin perder su intención tradicional de novela social? La experiencia de Carpentier pesa más, hasta ahora, sobre uno de los extremos, pero abre un camino propicio para esa síntesis de madurez técnica, interioridad y realidad social que debe ser la gran novela hispanoamericana. Carpentier es un gran escritor de nuestra época porque ha sabido encontrar al hombre dentro del ámbito de nuestro continente, que ya va dejando de ser esa "novela sin novelistas" de que hablaba hace años Luis Alberto Sánchez.

LOS HUESOS DE SAN FRANCISCO XAVIER

Por Evelyn WAUGH

En la antigua Goa se venera al viajero que más lejos ha llegado...

DIU, DAMAN, Goa, Mahé, Karikal, Pondichéry, Yanam — qué extraños, ensartados a lo largo de la costa hindú, parecían estos lugares en el mapa de la escuela; como si extraños dientecillos hubieran mordiscado las orillas del vasto y encendido territorio de la India británica.

—Maestro ¿podríamos hablar de ellos?

—Naturalmente. Cuando ustedes quieran.

—¿Por qué no ahora mismo, maestro?

Y nos enterábamos de que estas raras reliquias eran parte de la historia, de los lejanos días en que Francia y Portugal nos disputaban el imperio; y de que su inculta naturaleza proporcionaba a cualquier nativo cretino que dudase de la benevolencia del *British Raj*, una magnífica lección.

—¿Y hay nativos así, maestro?

—Algunos babúes de Bengala.

Así era la clase de geografía hace cerca de cuarenta años.

*El tumulto y el clamor se apagan
Reyes y capitanes se separan...*

Hoy, después de toda la pompa de la rendición británica, estos lugares han pasado a ser las únicas avanzadas de la autoridad europea.

Hacía mucho tiempo que yo quería visitarlos; a Goa, especialmente, pues en muchas partes del mundo había tratado a muchas gentes de ese lugar; había leído narraciones de viajeros que habían visitado la Ciudad de Oro, la que una vez fue la capital y el emporio de todo el vasto imperio portugués en el Oriente, y que ahora se ha quedado abandonada; había visto reproducciones y fotografías de los grandiosos edificios barrocos enclavados en la selva, y recientemente había leído la biografía que el padre James Brodrick escribió sobre San Francisco Xavier, cuyo cuerpo es el má-

ximo tesoro de Goa. Diciembre de 1951 era el mes dedicado al santo, el centésimo cuarto aniversario de su muerte, cuando iban a rendir culto público a sus reliquias por última vez en su extensa y extraña historia. Entonces o nunca era el momento de unirse a la peregrinación.

Puede llegarse a Goa por mar, desde Bombay, o por tierra desde Belgaum, un intrincado campamento colocado en la ruta aérea hacia el sur. El ómnibus de Belgaum estaba repleto de peregrinos. Un atento joven repartía avisos de la brutalidad del régimen "fascista" con que íbamos a encontrarnos. Era uno de los disidentes de Goa, de los cuales hay un grupo organizado en Bombay. Así conocí la amenaza que pende sobre los territorios europeos. Ojos codiciosos caen sobre éstos en Delhi, donde los políticos del Congreso son más ambiciosos que sus predecesores en el poder, los imperialistas británicos. Hasta en la Goa feliz, cuando la retirada inglesa, muchos hindúes y algunos cristianos se alteraban por el júbilo que había más allá de sus fronteras. Deportaron a una docena de agitadores y ahora viven en Portugal, completamente libres, condenados a la execración si regresan al hogar y a sus trabajos. Sólo una pequeña parte de la población se interesa en los asuntos pú-



Evelyn Waugh.— "yo quería visitarlos"



Representación simbólica de las instrucciones de San Ignacio a sus discípulos.

blicos. Entre éstos, los más sabios han comparado tranquilamente a la nueva República de la India con la suya propia, subrayando el orden, la incorruptibilidad de la administración financiera, el bienestar de las clases más pobres, el sistema penal y el respeto que muestran hacia pequeñas comunidades tales como los eurásicos. En ninguno de estos puntos han encontrado motivo de envidia. Hay muy pocos oficiales europeos en el territorio. A los habitantes de Goa les apasiona intensamente su tierra pero son, en realidad, portugueses. No son súbditos, ni miembros de un protectorado. Gozan de tan íntegra e idéntica ciudadanía como los descendientes de los conquistadores, y pueden alcanzar cualquier sitio dentro de la República. No hay ninguna asociación discriminatoria. Sólo una cosa les falta, en comparación con los ciudadanos de la India. La política es la cocaína del pueblo y este dañino estimulante se usa muy poco en Goa. Los estudiantes mendigos acosan al turista occidental por todas partes. Al principio, recordando quizá a Ignacio de Loyola en la Universidad de París, el turista se conmueve con el tradicional espectáculo de la pobreza en aras del saber. Después pregunta: ¿qué es lo que estudian? ¿Qué profesión pretenden ejercer? Y a menudo la respuesta escalofriante es: la política, quieren ser políticos. Las ambiciones de la juventud en la India no se limitan a un empleo y una jubilación. En Delhi y en las embajadas hay premios mayores, muy lejanos pero muy brillantes.

A muy pocos jóvenes de Goa puede parecer triste el crecer sin los pleitos, las manifestaciones, los autobuses volcados, los gases lacrimógenos, y los macanazos que enriquecen la vida miserable del estudiante en la India. Si van a educarse a Bombay, se enlistan en el Partido del Congreso. Los más expertos valorizan su ciudadanía portuguesa por los privilegios que les confiere. La devoción a Lisboa raramente es exagerada. El dominio portugués fue intenso al principio, y descuidado después; sólo en la generación actual ha empezado a redimir su pasado. Los habitantes de Goa con ascendencia brahmánica no dejan nunca de pregonarlo, mientras que los mestizos se lo callan. En casa, y entre los Diaspora —los millares de goanos en África, Bombay y a lo largo de las rutas comerciales británicas— el patriotismo es por Goa. Pero allí paradójicamente, la única garantía de integridad es la nacionalidad portuguesa.

Estas impresiones son la consecuencia de semanas enteras de preguntas y discusiones. En aquella mañana primera, apenas quedaba tiempo para echarle una ojeada a la propaganda del Congreso antes que saliera el ómnibus, y toda la atención la dedicamos a la ardua tarea de viajar. Decían que el vehículo era "de lujo", y al conocer el servicio normal se confirmaba que aquél tenía derecho a correr por rutas mejores. El cupo se limitaba al número de asientos y aquella mañana todos los pasajeros eran gentes de Goa que iban a visitar sus hogares con motivo de la celebración, todos vestidos a la manera occidental, todos muy corteses y del mejor humor, exceptuando a los que estaban enfermos, que eran más bien muchos. Aferrados a los duros y angostos asientos, brincamos y rebotamos

hasta llegar a la frontera, en medio de un tormenta de lodo provocada por nosotros mismos.

En dos horas llegamos al tope de la carretera india.

Dicen que el contrabando está muy bien organizado y que es muy buen negocio. Casi todo es más barato en Goa, pero el artículo prohibido por excelencia es el whisky, pues el Estado de Bombay se ha valido de su reciente independencia para decretar la Ley Seca —inútil, extraña y desorbitada medida, pues ni en la religión hindú ni en la tradición hay nada que combata a los licores fermentados. Los contrabandistas no transitan por la carretera ni utilizan transportes públicos; el tráfico sigue un sentido solamente, pero hasta en nuestro éxodo los oficiales se portaron tediosamente suspicaces. La celebración de San Francisco Xavier no era oficialmente popular en la India. A decir verdad, los indios estaban preparando entonces lo que más bien se antojaba una deliberada competencia: un festival en Ernakulam para conmemorar el centésimonoveno aniversario de Santo Tomás Apóstol. Santo Tomás es el patrón de los escépticos. El no reprobará, supongo, que se dude de su llegada a la India; menos aún de que esto haya sucedido en diciembre del año 52 d. C. Pero los indios adoran las celebraciones y en los dos acontecimientos se volcaba la multitud.

Nos pasamos a un transporte más cómodo y media hora después llegábamos a la caseta de la frontera de Goa, donde predominaba la cordialidad. En un mostrador vendían cerveza y vino, y casi todos los pasajeros masculinos celebraron su retorno a las costumbres de la civilización. Después empezamos nuestro prolongado descenso por un paisaje que no se parecía nada al que habíamos visto hasta ahora. Es un distrito rural de fascinante belleza natural; nuestra nube de polvo se convirtió en chocolate pulverizado de la cobriza tierra y de la roca en la que está cortado el camino. Arriba por un lado, abajo por el otro, se alzaban y caían espesos palmares y platanos, y los tiesos y pequeños *cajous* que los portugueses trajeron del Brasil.

El arroz recién brotado resplandecía en el seno inundado del valle. Todo el paisaje se asomaba frente a nosotros hacia la desembocadura de los dos espléndidos ríos, donde antes de alcanzar el mar irrumpen en un sin fin de islas y corrientes y ensenadas.

Goa, especialmente en las "Antiguas Colonias", tiene más habitantes que lo que parece desde la carretera. Escondidas entre los árboles, hay construcciones por todas partes. Tiene medio millón de habitantes, de los cuales casi todos rehuyen la ciudad. En nuestro descenso, íbamos pasando por las "Colonias Nuevas". La diferencia entre las dos áreas es considerable. Las antiguas eran territorio de Albuquerque. Él se las arrebató a los invasores mahometanos. Para los portugueses de aquella época, todos los mahometanos eran los odiados moros. Albuquerque exterminó a los hombres y entregó las mujeres a su ejército. A los hindúes los trató con mayor clemencia, pero en verdad los obligó a escoger entre el bautismo y la emigración. Antes de una generación, casi todos sus súbditos llevaban nombres portugueses, profesaban la fe cristiana y pasaron a ser los antepasados de las gentes más devotas y ejemplares de la India. Destruyó todos los templos, muchos de los cuales tenían fama de ser maravillosas obras de arte. Para terminar con este ultraje a la estética puede decirse que el arte hindú quizá le haya parecido a él y a sus contemporáneos no sólo representativo de una equivocada teología, sino también espantosamente obscuro. Las "Antiguas Colonias" conservan el antiguo sistema que iguala la propiedad de tierras; cada hombre, por lejos que vaya, está atado a su pueblo natal por la participación que le corresponde en las tierras de la comunidad; cada comité del pueblo conserva la lista de su comunidad y ve por los pobres.

Las "Colonias Nuevas" surgieron en 1795, la época de "iluminación". Hay muchos templos, no muy antiguos pero agradables y espaciosos, que aún son atendidos por bailarinas cuyo desempeño ha sido abolido en casi toda la India. Pasamos por uno de ellos cerca de Ponda, y



"para que no vuelvan a verlos ni a tocarlos hasta el Día del Juicio"



San Francisco Xavier.—“Una exagerada señora le mordió un dedo del pie y se lo llevó a escondidas a Lisboa”

al vislumbrarlo al final de una hermosa avenida, nuestra nube de polvo nos impidió ver lo que queríamos. Frente al templo de Sunda vive un niño rajá sin ostentación alguna, y más hacia el sur, un señor feudal, un carabinero del ejército de la India. Los pueblos y las haciendas de las “Colonias Nuevas” son más sucios que los de las Antiguas, pues los hindúes más ricos se congregan en las ciudades, donde se han adueñado de casi todas las tiendas. Hay muchos hindúes entre los cristianos y algunos cristianos entre los hindúes, que viven independientes unos de otros, pero en amigable compañía. Sin embargo, en general, la frontera antigua sostiene y divide dos culturas diferentes.

La cruzamos por el puente que está sobre el Combarjua y casi enseguida empezamos a recorrer la Antigua Goa: otra vez quisimos mirar a través del polvo—cúpulas blancas, un arco, muros de mampostería, que por la yedra seca se veían tan cubiertos de pelusa como los cocos—después un paso sobre el río Mandovi, una larga corriente cubierta por pequeñas velas, al pie de montañas cubiertas por bosques; y llegamos a la Nueva Goa, o Pangim, la capital moderna.

No hay nada extraordinariamente moderno en Pangim, salvando al hotel, que es tan nuevo que todavía lo estaban construyendo durante el mes de celebraciones (motivo al cual estaba destinado). Basta él para romper el hechizo de la costa, cuyas singulares prominencias son la magnífica y apacible Casa del Gobierno, y una nueva estatua del Abbé Farias esculpida con desenfrenado realismo. (Farias fue un mesmeriano nacido en Goa, contemporáneo de Napoleón, del que hablaba Dumas, y al que en este lugar reprodujeron en bronce ilustrando el momento en que al llegar al clímax de un experimento, está a punto de caer con sus garras sobre una mujer en trance.)

Pangim no hace nada por verse alegre. Los militares portugueses que permanecen allí temporalmente no gastan mucho; los residentes de Goa son hogareños. Los turistas de fin de semana que vienen de Bombay, han seguido aumentando desde la Ley Seca. Esto basta, en épocas de paz, para perturbar la quietud de la ciudad. En honor de la celebración se habían instalado altoparlantes en las calles principales. En una de éstas había una Feria Industrial y un “café” provisional. Había, también, una exposición de arte moderno que merecía más atención que la que consiguió. El resto de las actividades se llevaban a cabo en el muelle y en la estación del ómnibus, pues Pangim, en ese mes, era auténticamente una escala en el camino hacia la Antigua Goa, ocho millas río arriba.

Hay muchos datos interesantes sobre la Antigua Goa, tanto en relación con su esplendor como con su decadencia. Su esplendor duró apenas ciento cincuenta años. Su decadencia fue rápida, provocada por la rivalidad danesa y la simple falta de un ejército portugués suficiente, y fue precipitada por las plagas y la peste. Casi todos los viajeros se detenían en Goa después de un viaje de constante privación y peligro. Quizá se inclinaban a exagerar los lujos que encontraban. Claro que había oro y almacenes repletos de costosas mercancías orientales; pero de lo que podía llamarse “civilización” asiática o europea, había muy poco. Los albañiles hacían construcciones sólidas, aunque copiaban, sin usar la imaginación, un patrón limitado. Casi todos los retratos de virreyes y patriarcas tienen solamente interés histórico. La población de Goa igualaba al Londres isabelino, pero el mayor número de sus habitantes eran serviles, y la vida social, hasta la de los ricos e importantes, carecía de atractivo. Aquellos lánguidos y estirados *fidalgos*, y sus enferizas mujeres con sus palanquines y sus dulces y sus perfumes y su comitiva de sirvientas, no eran damas y caballeros de verdad, sino los desechos de Portugal, exageradamente vestidos para disfrutar de excesivos privilegios. Sólo la Iglesia sostenía lo que de cultura había; y sólo la Iglesia despliega hoy algo de su pasado esplendor.

La ciudad fue abandonada en 1759. Sus palacios y colegios se usaban como canteras. La selva se adentró, incrustando raíces entre los muros de mampostería.

Un siglo después, Richard Burton, entonces un subalterno que venía de Bombay a disfrutar de una licencia por enfermedad, encontró habitado únicamente el inmenso convento de Santa Mónica. No lo sabía pero estaba demasiado ocupado en enterarse de historias escandalosas para preguntar—pero había apenas una docena de monjas que vivían allí cuando la impertinente visita de aquel hombre. La última de ellas murió sola, hacia 1779, cuando la ilustre fundación llegó a su fin. Los amplios y afianzados muros seguían firmes, pero las pinturas de los claustros fueron desapareciendo y el jardín, oloroso y encerrado, se cubrió de hierbas. Conservando su severa y secreta devoción, entre casas bullangueras y burdeles, recibiendo considerables donativos, mandando a la venta dulces y finos artículos tejidos a mano, pasándolos por el pequeño zagán giratorio que constituía su comunicación con el mundo del comercio, había disfrutado de una historia notable. En alguna ocasión había albergado a una monja alemana es-

tigmatizada y un crucifijo que, según dicen, manifestó su reprobación a una violación al voto, con emanaciones de sangre fresca.

Fue el último convento que sobrevivió a la legislación de la facción anticlerical de Portugal. Cuando Santa Mónica se quedó vacío, pareció que el espíritu de la antigua Goa se había ido para siempre. Lo rondaban recuerdos de la fiebre y de la plaga. Ninguno se quería quedar allí después del crepúsculo. Los canónigos de la Catedral llegaban puntuales a sus sitios y cantaban sus diarios oficios, pero regresaban a Pangim para dormir.

En los dos últimos años, ha habido un cambio en el letargo de la ciudad. Los oficiales han exterminado los moscos. Vegetación y escombros han sido retirados para que las cuatro grandes iglesias que quedan se vean de todas partes. Varias de las capillas que hay alrededor están siendo reparadas. Existe el proyecto de convertir a Santa Mónica en el seminario de la arquidiócesis. Pero durante el mes de celebraciones, el área se transformó en sede de una feria y en un refugio. Los peregrinos, que eran cincuenta mil hombres, mujeres y niños, se apoderaron de él.

La Delegación Papal y los oficiales de elevado rango habían estado allí para las ceremonias de apertura, y se habían ido antes de mi llegada. Día tras día yo observaba con inagotable fascinación, el desfile de la India cristiana. A veces una familia acaudalada o un oficial del gobierno de la India llegaba en coche particular, entraba por una puerta privada, rendía su homenaje y volvía a casa. Un día, la mitad de la población aborigen era conducida por el sacerdote que había logrado convertirla. Nunca habían salido de los bosques en que vivieron sus antepasados y no tenían idea de que en el mundo hubiera tantos cristianos como ellos.

En la procesión iban ciudadanos prominentes, hombres y mujeres por separado, con varas y estandartes, cantando letanías y cargando la insignia de las cofradías piadosas. Un bazar completo había sido construido ex-profeso para ellos, y allí se vendían recuerdos y rosarios y cerveza. Pero los comerciantes no estaban ganando tanto como habían imaginado. Por fin, al cabo de doscientos años, los jesuitas habían vuelto a la carga y todo había sido organizado con más eficacia que en otras ocasiones. Y la aplastante mayoría de los peregrinos estaba constituida por gente muy pobre que se había apurado, y ahorrado, y que había pedido prestado para completar sus pasajes. Llevaban bultos de comida y cuando no rezaban, se ponían a cocinar y a comer. Sus oraciones eran muy

largas y casi siempre estaban impregnadas de profunda devoción. Entusiasmados, visitaban todos los altares y besaban todas las piedras, y comían mucho y muy seguido, reunidos en grupos alrededor de la hoguera y del humo oloroso, mientras hablaban en seis lenguas distintas.

Cuando llegaba un obispo —y en aquellos había allí muchos prelados— se levantaban y se lanzaban a besarle el anillo. Venían de todos los rincones de India y de Ceylán, pero sobre todo de la costa sur que está entre Bombay y Madras, y donde San Francisco Xavier había predicado. Eran los descendientes de los que él había convertido. Siempre, desde el amanecer hasta el anochecer, se formaban poco a poco las colas, que lentamente se iban acercando hacia la puerta lateral de la Catedral. Hasta entonces, las reliquias se habían exhibido en la iglesia jesuita de Bom Jesús. Ahora, por primera y última vez estaban instaladas en el crucero de la Catedral. Eran la meta de la peregrinación. Tres cuartos de millón de indios venían a dar gracias a un español, muerto hacía mucho tiempo, cuatrocientos años nada menos, por donarles la fe.

Francisco Xavier no es un mito. Generaciones de pacientes estudiantes que culminan con el padre George Shurhammer, S. J., no han dejado de reunir las pruebas. En 1952, el fruto de su trabajo fue palpado por los lectores ingleses en el vivo relato del padre James Broderick, S. J. "Vivo" es la palabra precisa, no sólo por el agudo humorismo de su estilo, sino por toda la imagen que ha creado, un estudio "desde la vida", completo, palpable. Francisco Xavier vivió en una época de aventuras grandiosas. En Inglaterra nos inclinamos a considerar a nuestras fieras del mar isabelinas, como héroes nacionales exclusivos. Los portugueses llegaron primero y más lejos, y entre estos fieros e intrépidos hombres, Francisco Xavier fue el más osado y paciente. El entusiasmo renacentista cohabitaba en él con la fe medieval — una fe rígida, compacta, impenetrable, incorruptible. Pero en él había otro factor que pertenece a todas las épocas — un amor insaciable por los hombres. El amor lo llevó al altar, y hoy el amor lo mantiene vivo en el espíritu de sus devotos. Estaba convencido de que los que morían en la ceguera del paganismo estaban expuestos a la maldición eterna. El don más preciado que puede otorgar el Amor es la Verdad Cristiana. Esa fue la fuerza irresistible y única que lo condujo por los mares de la piratería, por fortalezas en las que bullía el pecado y la fiebre, por desiertos sin cobijo, por doquiera que pudiese encontrar un sitio para predicar.

Diez años duró esta admirable misión. Llegó al Oriente por órdenes superiores. Era un jesuita, uno de los primeros compañeros de San Ignacio de Loyola. El rey de Portugal necesitaba a los jesuitas en su imperio oriental. Había pocos, entonces. El mismo San Francisco Xavier fue escogido por necesidad. Si no hubiese enfermado un compañero suyo, quizá hubiese continuado su vida en una universidad europea.

Goa era su cuartel. Allí empezó su trabajo y allí, tres veces, regresó a re-

aprovisionarse para proseguir sus viajes y ocuparse de los problemas eclesiásticos del lugar. Allí donde había almas que salvar, allí estaba su sitio. Los colonos, sus esclavos y sus prisioneros, los nativos recién convertidos, los paganos — todos estaban a su cargo, y sus métodos eran tan diversos como la gente. Caminaba por las calles de Goa con una campana en la mano, llamando a todo el mundo a rezar. Cenaba con los ricos y se reía de sus exageraciones. Velaba a los muertos en los inmensos hospitales apestosos, confesando a los enfermos y susurrándoles palabras de consuelo.

Vivió entre los pescadores y por medio de un intérprete enseñó las oraciones que hoy se escuchan allí. Su idioma nativo era el vasco, al que recurrió nuevamente a la hora de morir. Sus cartas demuestran que no dominaba el portugués. Tenía una vaga noción de las innumerables lenguas asiáticas, pero sólo en Japón tuvo dificultades para darse a entender. Poseía el don del habla que brota del amor y arde en la mente sin mediación de las palabras. La Palabra lo había poseído. En diez años recorrió todo el territorio conocido en Asia, se internó en la Japón desconocido y cayó muerto en China, a los cuarenta y seis años, envejecido pero dispuesto a futuras conquistas.

Mientras vivió, lo consideraron un santo. Cuando llegó a Malaca la noticia de su muerte, mandaron por sus huesos a la isla de Sancian, donde había sido enterrado en cal. Así se descubrió el fenómeno que asombró por igual a Oriente y a Occidente. Después de diez semanas lo encontraron tan fresco, blando y colorado, como el día en que murió. Llevaron el cuerpo a Malaca y lo volvieron a enterrar, doblado el cuerpo y metido a fuerza bajo el piso de la iglesia. Allí se quedó hasta que Goa recibió la noticia de su muerte. La capital de las Indias Orientales lo mandó traer, y cinco meses después lo volvían a desenterrar y a encontrar otra vez incorrupto e inmutable, a no ser por algunas heridas a causa de su torpe entierro.



"Sus amados goanos lo siguen vigilando"

El cuerpo, ya aclamado como milagroso, fue transportado a Goa y recibido en forma delirante. También lo examinaron cuidadosamente los médicos y dictaminaron que nadie lo había embalsamado. En posteriores ocasiones fue revisado por extranjeros escépticos que lo encontraron en estado de extraordinaria conservación. Le fabricaron una capa de plata labrada y después lo colocaron en una tumba de mármol. Allí, en la antigua iglesia de Bom Jesús, se encuentra ahora.

Durante ciento cincuenta años desafió a la corrupción a pesar del mal trato que recibía de los curiosos y de los devotos. Una exagerada señora le mordió un dedo del pie y se lo llevó a escondidas a Lisboa. El Papa mandó pedir un brazo. En ambas ocasiones brotó sangre fresca.

Pero han empezado a aparecer señales de deshidratación. A principios del siglo XVIII los jesuitas declararon que el espectáculo había dejado de ser edificante, y que por decencia debía ser suspendido. El rey de Portugal ordenó que la caja sólo podría abrirse por mandato del Virrey. Y en 1757, Pombal, el ministro anticlerical del rey de Portugal, mandó expulsar a los jesuitas de los dominios del rey. Pombal sucumbió en 1777, y en 1782 volvieron a dejar la caja expuesta a los labios de la gente. Para entonces el cuerpo estaba ya seco y tieso. Desde entonces es exhibido una vez cada diez años.

Oficialmente se refieren al cuerpo como "las reliquias" del santo. En su última exhibición, el rostro, un brazo y un pie era todo lo que sobresalía de sus ropas suntuosas. Se quitaron las secciones laterales de la caja; empujaron un poco el ataúd abierto para que los peregrinos pudieran besar el pie marchito. A esto habían venido; no a ver un milagro, sino a dar gracias y a buscar protección. Durante horas enteras desfilaron ante el lugar, cumpliendo con su heredada deuda de amor. El 6 de enero regresaron la caja a Bom Jesús con las puertas cerradas, y por fin, los inquietos huesos del santo encontraron paz, para que no vuelvan a verlos ni a tocarlos hasta el Día del Juicio.

Sus amados goanos lo siguen vigilando como él a ellos. Constituye el único tesoro famoso que poseen. En la India abundan monumentos milagrosos: el constructor budista, jaino, hindú, mahometano y anglo-sajón, ha respondido a la vasta riqueza del lugar, se ha prodigado y lanzado a perpetuar su memoria.

Goa tiene a San Francisco Xavier, y su espíritu se reconoce en cada rostro; no su entusiasmo, quizá, aunque los goanos sean grandes viajeros, sino su fe y su amor. Los goanos poseen una singular, contagiosa y espontánea dulzura que no se encuentra más que en lugares profundamente cristianos. En la historia del santo tuvieron un papel importante. Le construyeron su casa. Fueron el principio, no el inalcanzable fin de sus luchas. A ellos volvía para reaprovisionarse y recuperar sus fuerzas. Finalmente, a ellos fue triunfalmente transportado. Y aún le están haciendo un hogar que le corresponda.

HUMOR

MOCTEZUMA

Por Will CUPPY

A los diez años de su muerte, el célebre humorista neoyorquino Will Cuppy sigue conservando la misma aptitud que tuvo en vida para reconfortar un poco al prójimo agobiado por la solemnidad contemporánea. Era su tarea favorita la sátira historiográfica; y cuentan quienes lo conocieron que, antes de realizar los más menudos ejercicios de aquélla, solía documentarse leyendo muchísimos libros, sin exceptuar los raros y voluminosos, sobre el tema en cuestión. Los mejores trozos de Cuppy se hallan agrupados en un breve tomo titulado Decadencia y ocaso de prácticamente todo el mundo, entre las páginas del cual hemos seleccionado y traducido éstas memorables en torno a nuestro Moctezuma II. Y citamos, por todo comentario, el de cierto estudiante de una gran universidad norteamericana: "Si los maestros de hoy fueran como Will Cuppy, jamás llegaríamos a aburrirnos durante las horas de clase."

MOCTEZUMA II fue Emperador de los aztecas, y los aztecas eran indios que vivían en Tenochtitlan, o México. (No, no eran lo mismo que los incas. Tenían sus defectos, pero no eran incas.)¹

Y los mayas eran también otra cosa. Vivían en Yucatán y Tabasco y Guatemala y hacían esculturas para los museos.

Se supone que los toltecas, que vinieron precisamente antes de los aztecas, alcanzaron un alto grado de civilización. Esta creencia se basa en la teoría de que si se remonta la historia lo suficiente, se encuentran algunas gentes de veras civilizadas. Pero cuando se intenta tal cosa, halla uno que las cosas son como de costumbre.²

Los toltecas inventaron el calendario azteca, por el cual todo mundo perdió muchísimo tiempo. Sólo había cinco días en cada semana y veinte días en cada mes; ya se puede uno imaginar los resultados. Los aztecas iban añadiendo más y más días al calendario con la esperanza de salir a mano, y al fin de cada ciclo de cincuenta y dos años estaban prácticamente arruinados.

Los días se llamaban Eécatl y Cóatl y Mázatl y Atl, y así sucesivamente, y los meses se llamaban Atlacualco y Etzqualiztli y Hueitacuchilhuil, lo que de ninguna manera hacía más tolerable la situación. Afortunadamente, los aztecas fueron conquistados antes de que la cosa pasara a mayores.³

Esto nos trae a Quetzalcóatl, o Eécatl.⁴ Quetzalcóatl era un mito solar de piel blanca y barbas al viento que había abandonado al país hacia mucho por algún lío con Tezcatlipoca, o Yoalliehécatl,⁵ otro mito solar. Pero había prometido volver en el año 1 Ácatl y continuar con lo que había dejado pendiente.⁶

Pues bien, un día en el año 1 Ácatl, estaba Moctezuma sentado en su trono

en el Palacio de Chapultepec, con un tocado en la cabeza hecho de largas plumas verdes del pájaro quetzal, o trogón del paraíso, salpicado aquí y allá con algunas plumas rojas brillantes del tlaquechol, o platalea rosado, mirando melancólicamente a treinta o cuarenta de sus hijos que estaban en un rincón jugando con frijoles brincadores, y preguntándose si valía la pena ser Emperador de los Aztecas si cuando todo lo que se obtenía eran frijoles brincadores... ¿Dónde íbamos?⁷

Bueno, de cualquier manera, alguien entró corriendo y le dijo que un extranjero de piel clara y barbas se acercaba a México. Naturalmente Moctezuma pensó que podría ser Quetzalcóatl. Y luego que siempre no. Moctezuma tenía una naturaleza débil y vacilante. Nunca sabía qué hacer.⁸

Así pues le envió al extranjero unos bordados de plumas y le dijo que se fue-



ra. Luego le envió más bordados de plumas y le dijo que viniera.

Y, por supuesto, no era Quetzalcóatl. Era Hernán Cortés con un ejército de españoles y tlaxcaltecas y caballos y una dama mexicana de nombre Marina que fungía como secretaria confidencial.

Cortés había oído decir que Moctezuma tenía una cámara secreta colmada de oro y joyas por valor de millones y millones de pesos, y había venido desde Cuba para hacerle una visita amistosa a Moctezuma, felicitarlo por ser tan rico y recordarle que "nobleza obliga". No tenía la menor intención de robarse el oro y las joyas y salir corriendo a La Habana con ellos. (Ahora cuéntenme una más gorda.)

Cortés llegó a México el 8 de noviembre de 1519, o 1 Ácatl. Moctezuma le regaló algunas plumas y le dijo que le daba mucho gusto verlo en virtud de las relaciones tan cordiales que habían existido siempre entre las dos naciones. En vista de que Cortés parecía andar curioseando por el palacio en busca de algo, Moctezuma le dio cinco esmeraldas de imitación y un collar hecho de las conchas del percebe mexicano.⁹ Entonces Cortés arrestó a Moctezuma y lo tuvo prisionero hasta que soltó algo del tesoro.

Moctezuma ha sido descrito como "un compañero terriblemente agradable".¹⁰ Una vez al día, generalmente por la tarde, se ponía una prenda sencilla de sacerdote azteca y ofrecía un sacrificio a Méxítl —dios de la guerra— que consistía generalmente en diez esclavos. Este se volvió su pasatiempo predilecto.¹¹

Moctezuma era hombre de gustos sencillos. Le gustaba beber chocolate y comer perro estofado y elotes.¹² Moctezuma siempre cenaba solo, tras de un biombo. Los nobles se quedaban del otro lado y escuchaban.

Los aztecas estaban muy ofendidos porque Moctezuma no tenía derecho a andar entregando el tesoro nacional a cualquier hijo de vecino que lo quisiera. Así pues, Moctezuma apareció en la terraza del palacio y les dijo que México había salido definitivamente de cuitas y que las cosas marcharían bien de ahí en adelante si dejaban todo en sus manos.

Uno de los aztecas cogió una gran roca y le dio con ella a Moctezuma en la cabeza, y ese fue el fin de Moctezuma II.

Poco queda por decir. Cortés y sus hombres perdieron la mayor parte del oro en la retirada, y aquellos que sobrevivieron cayeron con fiebre biliosa.¹³ Luego regresaron y derrotaron a los aztecas, pero en realidad ya lo único que encontraron fueron más plumas.

Antes de atacar a los indios, Cortés les leía una larga proclama en español, explicando las excelencias de la ley. Cuando ya habían estado ahí como una hora, los indios le tiraban palos y piedras y lodo a Cortés y soplaban en conchas marinas. Los indios no entendían muy bien el español. Por su parte, Cortés gritaba: "¡Arriba, Santiago, a ellos!"

Al regresar Cortés a España, llevó consigo trabajos de pluma, vainilla, pericos, garzas, jaguares, enanos y albinos. También se llevó a cuatro indios para Carlos V, que no sabía qué hacer con ellos. En cambio, Cortés fue nombrado Marqués y se le otorgó la duodécima parte de sus descubrimientos futuros.¹⁴

En el México azteca, las cosas que no se podían expresar, de plano no se expresaban. Aun así, era difícil determinar lo que pretendían. Por ejemplo, un hombre sentado en el suelo denotaba un terremoto. Bueno, para ellos resultaba claro.

Algunas cosas en azteca se llamaban simplemente cóatl, y otros sólo atl. Había un joven llamado Tlalpaltecatlopuchtzin. Esto ya fue demasiado.

NOTAS

1 Los aztecas tenían casas para sudar, llamadas Temascal. Entraban arrastrándose y sudaban.

2 Debe haber truco por algún lado.

3 Parece que los aztecas no sabían lo que vale un dólar. Usaban la semilla del cacao como moneda. Así no se va a ninguna parte.

4 O Kukulcan.

5 O Zamná.

6 Todos creían esto porque todos los demás lo creían.

7 Había cincuenta variedades de frijoles. Unos saltaban y otros no. Igual sucede hoy.

8 Tenía el valor de sus convicciones, lo que pasa es que no tenía convicciones.

9 Cuando más tarde Cortés regresó a España, su nueva esposa, doña Juana de Zúñiga, y la reina, se pelearon por las esmeraldas falsas.

10 A menos de que de pronto se le ocurriera sacarle a uno el corazón.

11 Algunos días sacrificaría quince esclavos, nada más por lo divertido que era.

12 A los aztecas también les gustaban los huevos de rana, las hormigas estofadas y la carne humana sazónada con chile. El "Fricasé de niños tiernos" era un platillo muy apreciado.

13 Los mexicanos les dieron a los españoles la malaria, y los españoles les dieron a los mexicanos la viruela, la tosferina, la difteria y la sífilis. Los españoles creían que es mejor dar que recibir.

14 Un jefe en Cuba preguntó que si habría españoles en el cielo. Cuando le dijeron que sí, rehusó convertirse al cristianismo.

(Traducción de Celia Chávez)

NARCISO EN SU DÍA: LA DOCTRINA SOCIAL DEL BENEFACTOR

Presentamos a continuación los fragmentos más considerables del discurso del Generalísimo doctor Rafael Leonidas Trujillo Molina, Benefactor de la Patria (Dominicana) y Padre de la Patria Nueva, pronunciado el 24 de octubre del año vigésimonono de la Era de Trujillo, en Ciudad Trujillo, con motivo del homenaje que le rindieron los representantes (sic) de la industria, el comercio, la agricultura, la banca y los hombres de negocios del país. Este discurso fue publicado íntegro en la Revista del Trabajo, año III, Números 11-12, Ciudad Trujillo, año 29º de la Era de Trujillo. Hacemos constar que la ortografía y la sintaxis son del distinguido orador; las intercalaciones son nuestras. (NOTA: En los ejemplares de la edición aludida se advierte que "de las ideas emitidas en los artículos que se publican en esta revista, son exclusivamente responsables sus autores".)

PRINCIPIA EL DOCTOR R. L. T. M.:

RECIBO GRATAMENTE impresionado este significativo homenaje que en ocasión de mi natalicio y onomástico se han dignado ofrecirme, inspirado como está (*¿El homenaje? ¿El natalicio y onomástico?*) en las garantías de todo género que les proporciona mi política de paz y de trabajo asegurándoles prosperidad y bienestar. Y han puesto ustedes en él, sus sentimientos de gratitud a mi persona, solidarizándose con mi obra de engrandecimiento nacional por todo el bien recibido y reflejado en el pueblo dominicano como expresión de su seguridad y de sus intereses vitales (*¿Seguridad e intereses del pueblo? ¿O de los homenajeados?*).

Lo he recibido gratamente impresionado, como he dicho, porque aquilato su sinceridad ya que han podido leer en el lenguaje de los hechos, más que en el de las palabras, la razón de aquella frase mía dirigida a todos los que fían al poder de la acción sus nobles esperanzas: "Los hombres de trabajo son mis mejores amigos." (*Humm, nno... es mejor que esto quede sin comentarios.*)

En la feliz oportunidad de que industriales, comerciantes, agricultores, banqueros y hombres de negocios en general decidieron reunirse para festejarme en circunstancia tan propicia a nuestro acercamiento material, como es la de este día conmemorativo de mi natalicio, deseo aprovechar la ocasión para hacer importantes consideraciones de orden social.

No van ellas dirigidas, naturalmente, a los que actúan con clara conciencia de sus deberes de hombres y de ciudadanos, así como de sus responsabilidades de orden cívico y moral como trabajadores y agentes de lucha interesados en el fomento de la riqueza privada como raíz de la riqueza pública. Van dirigidas, en momento tan propicio para ello, contra los que no armonizan el interés privado con el público (*éste es, sin duda, un velado reproche contra aquellos representantes que olvidaron llevar una "cuelga" al Generalísimo*), ni se esfuerzan por salir de ese linaje de esclavitud propio de los que no aman el trabajo y son fuentes de vicios enemigos de la sociedad.

VEAMOS CUÁLES SON LAS IMPORTANTES CONSIDERACIONES DE ORDEN SOCIAL:

El dinero no debe permanecer ocioso, inactivo, sino disponible para construir multitud de obras de provecho social; para mitigar la miseria conjurable con la liberalidad de mano generosa, y para tanto dolor que cede al simple acto de su aparición.

El dinero tiene esa sensación de realidad en las colectividades humanas si las funciones para que fue creado las cumple cabalmente. Como subsiste y persiste como instrumento capaz de grandes realizaciones, debe usarse con prudencia, pero sin egoísmo y avaricia que impidan contribuir a la noble tarea de asegurar el orden, la paz y la justicia en los hombres como medio de acercamiento espiritual entre los pueblos.

LOS DESASTRES DE LA POBREZA:

La pobreza conduce al hombre muchas veces a la comisión de actos indignos. También suele la pobreza conducir frecuentemente a mujeres buenas y honestas a incurrir, en pugna con sus sentimientos, en debilidades que las han sumido en el descrédito.

¿POR QUÉ DEBEN SER JUSTOS LOS SALARIOS?

Para estímulo del trabajador, que así rendirá labor más eficiente, satisfecho de poder subvenir a sus necesidades, y por tanto, animado del deseo de constituirse en un miembro útil a la colectividad como órgano de un cuerpo social sin el necesario equilibrio (*sic*) para servir lo mejor posible el fin de su existencia ligado estrechamente al alto fin humano de la vida.

COROLARIO:

Sin egoísmo y con mejor disposición de ánimo puede evitarse que haya en nuestro país ese problema de inquietud que tantos países confrontan en grado alarmante, y que aquí por fortuna no reviste ese carácter, sino que se presenta en grado mínimo...

Y ¿POR QUÉ SE PRESENTA EN GRADO MÍNIMO?

... Gracias a mi obra políticocial proseguida por mi eficiente continuador el Generalísimo Héctor Trujillo Molina, Presidente de la República.

HAY QUE COMBATIR LA MISERIA:

Eso vengo haciendo desde hace muchos años, y alcanza cifras de millones lo ofrecido de mi peculio personal.

¿CUÁL ES, ENTONCES, LA RAZÓN DE QUE LA FORTUNA DEL GENERALÍSIMO PRIMOGÉNITO SE HAYA ACRECENTADO EN LUGAR DE DISMINUIR?

La acción viril combativa contra el desempleo y la miseria dan beneficio material y moral superior al que se ofrece con esa misma acción. No hay ejercicio de virtud sin recompensa.

APLAUDE EN SEGUIDA EL BENEFACTOR EL PLAN DE CONSTRUCCIÓN DE CASAS, EN FAVOR DE LOS NECESITADOS DE HOGAR; REALIZADO POR LA TABACALERA, ES CIERTO, PERO:

... de acuerdo con sugerencias mías.

Y ELOGIA TAMBIÉN LA CONSTRUCCIÓN DE CASAS PARA EMPLEADOS, QUE LA INDUSTRIA BERMÚDEZ HA COMENZADO CON BUEN ÉXITO, Y QUE INCLUYE LA EDIFICACIÓN DE ESCUELAS DESTINADAS A COOPERAR EFICAZMENTE CON EL PLAN DE ALFABETIZACIÓN TOTAL...

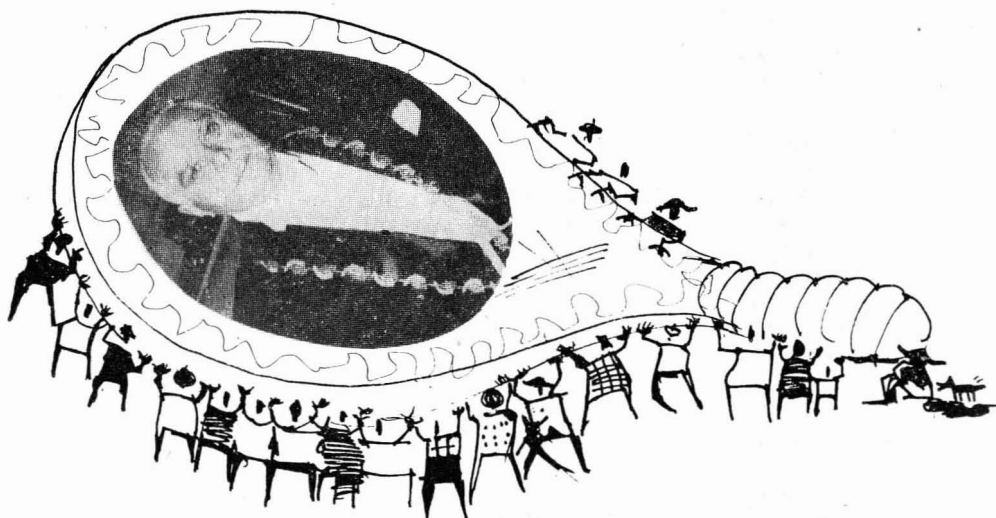
... que es una de mis cruzadas en favor de nuestro pueblo.

NO DEJA DE COMPROBAR QUE EN LA REPÚBLICA DOMINICANA NO EXISTE EL PREJUICIO RACIAL:

Ahí están los hogares dominicanos, llenos en su mayor parte de familiares de diversos tintes, a pruebas de amor y de felicidad, pese a los medios exóticos donde el color crea graves problemas sociales.

POR LO QUE SE REFIERE A LA IGLESIA:

La Iglesia es una singular manifestación de democracia en doctrina, ritos, cultos y prácticas en que se patentiza su gran sentido humano de procedencia divina. No sólo expresa ella, con la diversidad de colores en mantos sagrados, modos simbólicos de su estructura mística y de su organización, sino que da ejemplo de la igualdad de todos los hombres ante Dios en la fraternidad de hábitos de



variados matices con que se entremezclan en las ceremonias clérigos de diferentes jerarquías, que llevan en su físico las distintas razas a que efectivamente pertenecen.

DESPUES DE TAL EXPOSICIÓN DE TEOLOGÍA CROMÁTICA, EL PADRE DE LA PATRIA NUEVA DEFINE SUS IDEALES DEMOCRÁTICOS:

Las ideas que expongo en mi discurso... son hijas de la democracia dominicana, no de la democracia decantada por demagogos de ciertos países.

Y SU ASPIRACIÓN A LA INDEPENDENCIA ECONÓMICA:

Los contribuyentes deben pagar con... legítima satisfacción los impuestos para incremento de nuevas carreteras, más hoteles y otras muchas edificaciones en reclamo de necesidades públicas sin tener que recurrir a préstamos exóticos siempre mediatizadores de la soberanía nacional.

HONOR A QUIEN HONOR MERECE:

En esta era actual hay realizadas grandes obras de todo género reveladoras del gran camino andado con pie firme, de marcha progresiva, coronada por el éxito...

OBRA FUNDAMENTAL, LA EDUCACIÓN:

Se han multiplicado las escuelas tanto urbanas como rurales... hasta la Universidad con su Alma Máter preparada para la formación de toda clase de profesionales y técnicos... y provista de Ciudad Universitaria de primera categoría (*Por lo demás, la única Universidad en el mundo entero, dotada de madre, alma o no*).

Y OTRA OBRA, NO MENOS NOBLE:

Contamos con ciudades limítrofes como puntales de seguridad nacional a la vez que de confraternidad entre las dos naciones vecinas, acordes todas ellas con la obra de dominación fronteriza en que he puesto mi mayor empeño de estadista al servicio de la paz interna y de la paz mundial.

PERO LAS COSAS NO DEBERÁN DETENERSE ALLÍ:

Todo esto tenemos adquirido en sólo (*sic*) veintiocho años que llevamos de esta era sin precedente en nuestra historia; pero continuaremos construyendo y es necesario contar con agricultores, ganaderos, industriales y banqueros anhelosos de intensificar su riqueza, y con ella su contribución al Estado...

EN ESTA VIDA, SIN EMBARGO, TODO TIENE SU FIN, INCLUSIVE LOS DISCURSOS DEL BENEFactor:

Concluyo, señores, expresándoles mi sincero reconocimiento por tan fino testimonio de renovada simpatía a mi persona, a mi causa y a mi obra en día tan señalado como éste... por el hecho de conmemorarse hoy mi cuna como primera página del libro de mi existencia...

EL BROCHE DE ORO, UNA ALUSIÓN A LA BANDERA DOMINICANA:

... imagen de esta Patria tan sufrida y combatida como gloriosa, por la cual me he dado y seguiré dándome en ofrenda de servicio constante hasta el último aliento de mi vida.

ARTES PLASTICAS

PALABRAS DE MATISSE

• Con el título de Últimas obras de Matisse, 1950-1954, aparece en las ediciones de Verve dirigidas por Tériade una colección de papeles y dibujos inéditos del autor de *La Joie de Vivre*. La obra, presentada con muy buen gusto, honra a la tipografía francesa. Los comentarios críticos se deben a Pierre Reverdy y Duthuit. De las notas del primero hemos extraído algunos pensamientos de Matisse.



*

*

QUISIERA VIVIR como un monje en una celda, siempre que pudiera pintar sin preocupaciones ni molestias.

No hago una mujer. Hago, antes que nada, un cuadro.

*

A propósito de perspectiva, mis dibujos definitivos a línea tienen siempre un espacio luminoso, y los objetos que los constituyen están en sus diferentes planos, por lo tanto en perspectiva, pero en *perspectiva de sentimiento*, en perspectiva sugerida. Siempre he tenido al dibujo, no como un ejercicio de adiestramiento, sino como un medio de expresión de sentimientos íntimos y de descripción de estados de ánimo, pero medio simplificados para dar sencillez y espontaneidad a la expresión que debe dirigirse sin pesadez al espíritu del espectador.

(Traducción de Carmen Meda.)

*

Mis dibujos a línea van siempre precedidos de dibujos al disfumino, lo que permite considerar simultáneamente el carácter del modelo, su expresión humana, la calidad de la luz que la envuelve, su ambiente, y todo aquello que no puede ser expresado más que por el dibujo. Tengo entonces el sentimiento evidente de que mi emoción se expresa por medio de la escritura plástica. En cuanto mi trazo emocionado ha modelado la luz de mi hoja blanca, sin suprimirle su calidad de blancura enterecedora, ya no puedo añadir ni quitar nada. La página está escrita. No es posible ninguna corrección. No hay más que volver a empezar, si es insuficiente, como si se tratara de una acrobacia.

*

Es para liberar la gracia, la naturalidad, por lo que estudio tanto antes de hacer un dibujo a pluma. Jamás me impongo violencia: al contrario, soy el bailarín, el equilibrista que empieza su jornada con varias horas de numerosos ejercicios de flexión, de manera que todas las partes del cuerpo le obedezcan cuando, ante su público, quiera traducir sus emociones por una sucesión de movimientos de danza, lentos o rápidos, o por una pirueta elegante.

*

Mi dibujo a línea es la traducción más pura de mi emoción. La simplificación del método lo permite. Sin embargo, estos dibujos son más completos de lo que puedan parecerles a quienes intenten asimilarlos como una especie de croquis. Son generadores de luz. Vistos con luz reducida o bien con iluminación indirecta, contienen además del sabor y sensibilidad de la línea, la luz y los diferentes valores correspondientes al color de una manera evidente. Estas cualidades son también visibles para muchos a plena luz.



M U S I C A

H A Y D N

Por Jesús BAL Y GAY

“**S**É QUE DIOS me concedió talento, y le doy gracias por ello. Creo que cumplí con mi deber y fui útil en mi época con mis obras; que los demás hagan otro tanto.” Así habló un día Haydn y esas palabras revelan mucho y lo más importante, seguramente, de su carácter. En primer lugar, la conciencia de su propio talento — nada de falsa modestia. Y junto a aquella seguridad, la de que su talento era un don de Dios. Luego, la creencia — “creo que”... ya no el “sé” con que comenzó — de haber sido útil con sus trabajos. Y finalmente, la exhortación a los demás a que hagan otro tanto, en la que se transparenta la serenidad de su conciencia al mismo tiempo que la convicción de que otros habrá que puedan realizar a su hora tanto como él ha logrado realizar.

Siendo, como fue, un artista y nada más que un artista, capaz de hacer avanzar a la música un buen trecho de historia y perteneciendo, como perteneció, a la segunda mitad del siglo XVIII, resulta extraño — y admirable — su espíritu, ajeno a delirios estéticos, políticos o religiosos. Dotado de un gran sentido común, supo siempre qué era lo que le correspondía a Dios y qué lo que le correspondía al César, así como también qué le correspondía a él. Así se explica que encabezara todas sus partituras con la inscripción *In nomine Domini*, pusiera siempre al final de ellas *Laus Deo*, y a veces *et Beatae Virgini Mariae et omnibus Sanctis*, sin que haya sido su obra eminentemente sacra; así se explica que su religiosidad se haya asentado en la fe cristiana y no en el mero reconocimiento de una nebulosa Divinidad o Ser Supremo; así se explica, en fin, que haya estado siempre en buena armonía con sus patrones, pero al mismo tiempo haya sabido hacer respetar sus derechos de músico — “Alteza, eso es asunto mío”, le dijo un día al príncipe Nicolaus que trataba de señalar defectos en un ensayo. Y también así se explica que al padre de su joven colega Mozart, del Mozart que le dedicó seis cuartetos y afirmó que de Haydn había aprendido a escribir en ese género — le manifeste solemnemente: “Le declaro ante Dios y bajo palabra de honor que su hijo es el compositor más grande que conozco; tiene buen gusto y sobre todo el más consumado dominio del arte de la composición.” Uno siente interés, curiosidad por ciertas figuras de la historia de la música. Son compositores de carácter extraño, casos que a uno le gustaría ver con claridad. Pero Haydn es de otro linaje: es de los músicos — y hombres — de los que uno quisiera haber sido amigo.

Mereció por aquellas sus cualidades personales, tanto como por su genio musical, no sólo la gloria póstuma, que hoy nadie le niega y ya podemos considerar imperecedera, sino también la que gozó en vida y que desmiente la creencia de

que nadie es profeta en su tierra ni en su época, una creencia muy consoladora para vanidosos y mediocres. Sus obras eran solicitadas en las principales capitales europeas y — “dichosa edad y siglos dichosos aquéllos” — hasta los señores canónigos de la lejana Cádiz pensaron en él a la hora de encargar una música digna de las ceremonias del Viernes Santo. Muchas de las instituciones culturales más



Haydn.—“Sé que Dios me concedió talento”



Nicolás Esterházy.—“una partecita de la gloria de Haydn”

prestigiosas de Europa le confirieron honores. Y en sus funerales hubo en torno al catafalco una guardia de honor compuesta por oficiales de las fuerzas francesas que por entonces ocupaban Viena y de la Guardia Cívica de aquella ciudad.

De su tenaz dedicación a la música es testimonio evidente su copiosa producción: más de 100 sinfonías, más de 50 conciertos para diversos instrumentos, más de 70 cuartetos, y luego una gran cantidad de sonatas, tríos, música sacra, oratorios, cantatas y canciones. Nada, ni aun el carácter de su esposa — a la que tantas veces ha comparado con Jantipa —, logró interrumpir el fluir constante, sin prisa y sin tregua, de su inspiración. Pero no porque viviese en la luna, enajenado, antes al contrario, atendiendo solícito a las necesidades de cada momento.

Mas aquella abundante producción suya no fue, según propia confesión, fruto de impremeditado trabajo, sino de un continuo y reflexivo esfuerzo. Nos cuesta trabajo creerlo hasta que nos acercamos a ella y descubrimos su singular significación en la evolución de la música. Porque esto, lo que en ella hay de novedad, de experimentación, de perfeccionamiento y, en una palabra, de futuro, no podría haberse dado en una música escrita a vue-lapluma, inconscientemente. Dotado de un fino instinto de la forma y de los timbres instrumentales, su genio de compositor se vio ayudado, ciertamente, por las circunstancias. Me refiero a los puestos que desempeñó en Weinzierl — residencia de Von Fürnberg —, Lucavec — residencia del conde de Morzin —, Eisenstadt y Esterházy — residencias de los príncipes Esterházy. En ellos encontró manera de experimentar nuevos modos de expresión, gracias a tener bajo su dirección orquestas relativamente numerosas y capaces y a que sus patrones eran hombres de buen gusto, criterio amplio y respeto por su *Musikdirector* y *Kammercompositor*. En estricta justicia hay que decir que en la gloria de Haydn tienen su partecita aquellos inteligentes aristócratas, sobre todo Nicolaus, el segundo de los príncipes Esterházy, que al morir le dejó una sustanciosa pensión, prueba del aprecio en que tenía a su *Kapellmeister* y a la que el nuevo príncipe, Anton, permaneció fiel como lo demuestra su diligencia en aumentar en 400 florines aquella pensión y luego, a los once años de muerto Haydn, la orden que dio de trasladar los restos a la parroquia principal de Eisenstadt, lugar que consideró más digno de ellos que el modesto cementerio de Hundsturm en que habían recibido sepultura.

El punto de partida de la música haydniana fueron las sonatas de Carlos Felipe Manuel Bach. Después de la forma binaria manejada con maestría por Domenico Scarlatti, Juan Sebastián Bach y demás compositores de la misma época, el joven Bach introduce un esquema no menos simétrico, pero más rico en contrastes y en posibilidades que, a falta de mejor adjetivo, diremos *dramáticas*. En la forma binaria, una vez oída la primera parte, podemos prever lo que haya de ser la segunda, aproximadamente: una nueva versión de la primera. En la ternaria, la segunda parte constituye un campo en el que el material temático presentado en la primera corre las más inesperadas aventuras; la imaginación del compositor puede volar casi a su antojo,

descomponiendo aquel material en fragmentos que dan origen a nuevas frases, trasladándose a tonalidades imprevistas, etc. Y la maestría del compositor se probará finalmente en la tercera parte, donde la reproducción más o menos fiel de la primera ha de resultar, después de la segunda, lógica y necesaria, natural y convincente. No es fácil conseguir en esta forma unidad y variedad, fantasía y equilibrio. Haberlo conseguido plenamente, por primera vez y de manera definitiva para el futuro, constituye una de las grandes hazañas de Haydn, verdadero padre de la sonata —y por tanto de la sinfonía y el cuarteto— tal como hoy la entendemos. Paralelamente a ese nuevo esquema formal, Haydn contribuyó al establecimiento del minuetto como parte integrante de la sinfonía, el cuarteto o la sonata instrumental, que después, con Beethoven se convertirá en el scherzo capaz de expresar los más caprichosos y subjetivos estados de ánimo.

Y, en fin, la otra gran aportación de Haydn es de orden orquestal. Si él es el padre de la sinfonía, también lo es de la orquesta moderna. Sin él la orquesta de un Mozart y de un Beethoven —y, por tanto, la de nuestra época— no habrían existido. Es en verdad sorprendente que casi de la noche a la mañana un hombre —y ese hombre fue él— haya descubierto y establecido con claridad las posibilidades latentes en lo que hasta entonces no había sido más que un conglomerado de instrumentos sometidos a una antinatural homogeneidad. Con él las diversas familias instrumentales se definen y reciben misiones específicas. Con él desaparece para siempre de la orquesta el instrumento de tecla —clavicémbalo u órgano— encargado de realizar el fondo armónico en que se apoye la melodía, y sin el cual la orquesta sonaría hueca. Su conocimiento de las posibilidades instrumentales le permite encomendar esa función a otros elementos de la orquesta. Al mismo tiempo, el conjunto instrumental adquiere color, es decir, una gran variedad de colores correlativa, en lo específicamente sonoro, de la variedad temática y tonal que acaba de introducir en la forma-sonata y en el minuetto.

De todo ello el primero en aprovecharse será Mozart, el cual, como corresponde a las peculiaridades de su genio, lo refinará casi milagrosamente. Pero esa acción de Mozart no dejará de ser aprovechada a su vez por Haydn, con lo que entre ambos compositores queda establecido un curioso juego de toma y daca, sumamente beneficioso para la maduración de lo que luego se denominará el clasicismo vienés. Ahora bien, no confundamos —como hacen algunos aficionados poco perspicaces— a Haydn con Mozart. Haydn fue un músico más *compositor*, es decir, más constructor, más preocupado de la forma que Mozart. Éste, en cambio, fue más *poeta*, es decir, más preocupado por dar expresión a lo que dentro de él cantaba. Por eso logró escribir óperas geniales en las que la emoción humana vibra con acentos tan bellos como verdaderos, mientras que Haydn prefirió una música instrumental en la que las emociones no musicales apenas se insinúan. Y si en la música de Mozart no es difícil presentir algo de lo que será capaz el romanticismo, en la de Haydn cuaja, se afirma y —¿será demasiado arriesgado decirlo?— se cierra el clasicismo.

EL CINE

Por Emilio GARCIA RIERA

NAZARÍN. Película mexicana de Luis Buñuel. Argumento: Luis Buñuel y Julio Alejandro, sobre la novela del mismo nombre de Benito Pérez Galdós. Supervisor de diálogos: Emilio Carballido. Fotografía: Gabriel Figueroa. Intérpretes: Marga López, Francisco Rabal, Rita Macedo, Noé Murayama, Ofelia Guilmáin, Ignacio López Tarso, Luis Aceves Castañeda, Jesús Fernández, Rosenda Monteros, Antonio Bravo, Edmundo Barbero, Aurora Molina, Pilar Pellicer y Raúl Dantés. Producida en 1958 por Manuel Barbachano Ponce.

HE VISTO ya dos veces *Nazarín* y me parece que podría verla otra y otra vez, sin terminar nunca de maravillarme ante lo que ha hecho Buñuel. He aquí la película de la que se pueden



Nazarín.—“será, a la larga, un rebelde”

decir mil cosas y de la que resulta, a la vez, difícil tratar de decir algo. Pocas veces ha dado el cine una obra tan profunda y compleja a la vez que tan endemoniadamente sencilla. (Porque en *Nazarín* no hay el menor artificio.)

Constantemente se habla y se discute sobre la relación que debe existir entre la literatura y el cine. Buñuel nos ha dado, con su película, una solución a los problemas que a ese respecto se presentan: el realizador ha tomado los personajes de Pérez Galdós tal como son, respetando su naturaleza literaria, y los ha trasladado a su universo propio. El camino que habrán de recorrer, pues, es distinto al que les correspondía en el universo galdosiano. Simple y sencillamente.

Así, ese cura Nazarín, al que Galdós llevaba al término de su novela, al éxtasis místico, es exactamente el mismo Nazarín de Buñuel. Pero he aquí que el personaje, guiado por el cineasta, se enfrenta a un mundo en el que el éxtasis místico es imposible. Si el Nazarín de Galdós triunfa en cada prueba a que es sometido su espíritu, el de Buñuel no. Así, en la novela, Nazarín logra “servir para algo”

al combatir la peste que ha hecho presa de un pequeño poblado (en el libro son dos los lugares apestados a los que llega el cura con su eficaz auxilio); en la película Buñuel hace fracasar estrepitosamente al cura: su ayuda espiritual de nada vale ante la angustiosa necesidad de seguir viviendo que sienten los enfermos. La Beatriz de Galdós, por otra parte, domina su pasión carnal y alcanza, inspirada por Nazarín, el goce místico; la Beatriz de Buñuel, horrorizada ante la idea de estar enamorada del cura, se deja llevar por su seductor. En su novela, Galdós simboliza claramente en dos de sus personajes al buen ladrón y al mal ladrón de la pasión cristiana. El primero habrá de ser redimido por Nazarín en la misma forma en que lo fuera por Cristo su antecesor. El “buen ladrón” de Buñuel, el ladrón sacrilego es un escéptico que, lejos de redimirse, lo que hace es clavar en Nazarín el aguijón de la duda, la primera duda y, a la vez, la duda definitiva. (Vale decir que ese personaje, que interpreta en la película López Tarso, es quizá el único de Galdós al que Buñuel ha modificado su naturaleza espiritual.)

Ni Galdós, claro está, ni Buñuel han mentido en sus respectivas obras. Ambos han sido fieles a sí mismos y a su modo de entender la realidad. Y la realidad de Buñuel no tiene nada de armónica y no se concibe que, en su marco, ese personaje dotado de singular honradez que es Nazarín pueda llegar a ser otra cosa que un rebelde. Sus descabros espirituales, más que materiales, acabarán derrumbando su fe aunque trate desesperadamente de recobrarla. El episodio final de la película, el de la mujer que ofrece una piña a Nazarín, creo que no deja sobre ello lugar a muchas dudas. El impulso primero de Nazarín, el verdadero, el válido, es el de rechazar la caridad que se le ofrece. Pero la fe lucha por mantenerse. Nazarín acepta la piña al fin, y de la aparente ambigüedad de esa escena se han aprovechado muchos para dar a la película el sentido que más les conviene.

Que me perdonen aquellos que tratan de conciliar a Buñuel con el dogma cristiano: la metamorfosis final del personaje no le ha de llevar a ser ni un Cristo ni un anticristo. Nazarín será, a la larga, hay que repetirlo, un rebelde, un hombre, en suma, en busca de su libertad. Durante toda la película asistimos a una lucha sorda y cruenta entre la visión limitada, dogmática, armónica que Nazarín trata de tener de la vida y la vida misma.

La película puede ser fácilmente dividida en varios episodios. En cada uno de ellos Buñuel trata temas que podrían ser ejes de otras tantas películas. Y en cada uno de estos episodios se manifiesta la oposición entre el dogma y la realidad. Los pasos son contados:

1. Nazarín se queja, sin amargura, por haber sido víctima de un robo. Sólo consigue que se burlen de él. (Aquí, esa oposición de que hablaba antes, es mínima. El dogma puede triunfar fácilmente.)

2. Nazarín protege a Andara y ésta, al tratar de ayudar al cura, le quema la

casa. (El dogma todavía no ha sido puesto en grandes aprietos.)

3. Nazarín inicia su marcha por los caminos. Trata de trabajar con unos obreros y sólo logra causar un conflicto entre ellos. (Aquí ya estamos ante una oposición seria entre lo real y lo ideal. Buñuel, sin sombra de ironía, se refiere en ese caso al problema del trabajo unido al de los intereses de clase.)

4. Escena de la niña enferma. Nazarín trata de prestar su auxilio espiritual y sólo logra desatar entre un grupo de mujeres la histeria supersticiosa. (Por primera vez, Nazarín se horroriza ante su obra.)

5. Nazarín, seguido ya por Beatriz y Andara, reconviene a un rico militar por el trato que da a un pobre campesino. (En esa escena hay una clara alusión a lo ridículo. Nazarín, en realidad, sólo logra desconcertar al militar y se salva de ser tiroteado por la intervención "razonable" de otro cura.)

6. El pueblo apestado. Ya hemos hablado de esa escena. (Nazarín siente aquí la amargura de no servir para nada.)

7. Nazarín es hecho preso y parece disponerse a gozar de los placeres del martirio. El ladrón sacrilego lo vuelve a la terrible realidad. (Aparece en Nazarín la duda.)

8. Nazarín es conducido preso. Ve a Beatriz cómo se aleja con su amante en un coche. (Por primera vez la duda provoca en Nazarín una reacción, un gesto. En el personaje se manifiesta ya el rebeldé.)

Todos esos pasos parecen obedecer a una idea de progresión, no sé si meditada o intuitiva. Y, naturalmente, no he tratado, al enumerarlos, de "contar" la película. Para ello sería necesario hacer referencia a todas las imágenes que Buñuel intercala. Imágenes propias de una visión subjetiva, transfiguradora, muy propia del autor del film. Habría que referirse al amor del enano Ujo por Andara: Ujo, a su vez, "transfigura", convierte a la prostituta en un ideal noble y puro. Es fácil, ante ello, sentir vértigo, porque nos asomamos al infinito abismo de la naturaleza humana.

Se habla muy poco (ya lo indicó García Ascot) de Buñuel como técnico. Ello es una buena señal. En realidad, la densidad, la riqueza de contenido de sus films, (y muy particularmente, de *Nazarín*), es tanta que resulta muy difícil reparar en lo secundario, en lo formal. Buñuel, sin embargo, tiene una perfecta "mirada" cinematográfica. Así, basta con que una taza de chocolate domine la pantalla para que quede retratado un personaje. (En ese caso, uno de los tres curas que, además de Nazarín, aparecen en la película.) Y la forma en que Beatriz muerde el labio de su amante, ensangrentándolo, da una idea total, completa, de la trágica pasión erótica que la consume. Cuando surge la imagen impresionante de una niña que arrastra una sábana he aquí que la intuición, esa maravillosa intuición cinematográfica del realizador, nos da la síntesis visual (escrita no tendría ningún valor) de un momento de la trama. Y también vale la pena mencionar una perfecta imagen sonora: el ruido de espuelas con el que un personaje, el Pinto, queda definido.

Sin necesidad de simpatizar con el surrealismo, hay que agradecer el hecho de que Buñuel haya sido surrealista. Porque, gracias a ello, el realizador es capaz,

como quizá ningún otro lo sea, de "cargar de afectividad", como él mismo dice, la imagen que de la realidad nos presenta. Y, sin embargo, con la madurez ha llegado un momento en que Buñuel es capaz, a la vez, de no tener que desentenderse de la realidad objetiva para retratar la subjetiva. Es decir: con *Nazarín* culmina un largo proceso que se iniciara con *El perro andaluz*. La cólera y la rebeldía siguen siendo las mismas, pero Buñuel ha aprendido a manifestarlas en una forma clara, precisa, clásica, que impide totalmente que su cine pueda ser considerado como un cine para minorías. En los tiempos de *El perro andaluz*, el grito airado de Buñuel sólo podía ser oído por unos cuantos. Hoy, con *Nazarín*, ese mismo grito puede ser oído por todos.

Buñuel nos ha dado la gran obra de su vida, la más poética, y, a la vez, la mejor película que se haya realizado hasta hoy en México. *Nazarín* es, sin lugar a dudas, una verdadera obra maestra surgida increíblemente en el marco y, al mismo tiempo, al margen de un cine nacional paupérrimo. Nunca se le agradecerá bastante a Manuel Barbachano Ponce el haber hecho posible lo que parece un milagro. Y gracias a Barbachano y a Buñuel, he aquí que toda una serie de elementos muy valiosos de nuestro cine, condenados habitualmente a desperdiciarse su talento, han tenido la gran oportunidad de "redimirse" artísticamente. Me refiero a Gabriel Figueroa, que ha colaborado tan perfectamente con el director en el logro de esa atmósfera sombría evocadora del México porfiriano; a Julio Alejandro, guionista de verdadera valía; a actores como Rita Macedo e Ignacio López Tarso (por no citar más que a dos de los más destacados).

EL SONIDO Y LA FURIA (*The sound and the fury*), película norteamericana de Martin Ritt. Argumento: Irving Ravitch y Harriet Frank jr., sobre una novela de William Faulkner. Foto (Cinemascope, De Luxe): Charles G. Clarke. Música: Alex North. Intérpretes: Yul Brynner, Joanne Woodward, Margaret Leighton, Françoise Rosay. Producida en 1958 por Jerry Wald Fox.

Cualquier cineasta tiene evidentemente, el derecho a inspirarse en lo que sea, inclusive en una obra literaria, para hacer con ella lo que le dé la gana. Pero hay algo de indevido en "proteger" a un film con el mismo nombre de una novela o de una pieza prestigiosa.

La gente sale de la exhibición de la película preguntándose a qué demonios se refiere el título de *El sonido y la furia*. Y los admiradores de Faulkner, que no son pocos, salen indignados porque, como es natural y lógico, Ritt ha traicionado conscientemente al novelista. Y, en realidad, lo que pasa es que una película discreta, aceptable en sí misma, paga la culpa de llamarse como no debe.

La película de Ritt no es, en definitiva, sino un modesto drama rural o, mejor dicho, un melodrama que abunda en los eternos tópicos del sur norteamericano. En ese medio es dado resaltar una serie de contrastes muy, digamos, fotogénicos que han sido ya reflejados por algunas películas de Kazan y por la anterior de Martin Ritt, *The long hot summer*, (*El largo y caluroso verano*), también basa-

da en Faulkner y notablemente inferior, para mi gusto, a *El sonido y la furia*. Esta última no deja de ser más honesta y, en cierto modo, más interesante.

Joanne Woodward es, por ahora, una buena actriz. Pero no tardará en estereotiparse. En cuanto a Brynner, sesenta años de dedicación profesional quizá lo conviertan en un actor regular. Quienes se lucen, sin duda, son la Leighton (la madre casquivana) y la incomparable Françoise Rosay.

GIGI. Película norteamericana de Vicente Minnelli. Argumento: Alan Jay Lerner, sobre la obra de Colette. Música: Frederic Loewe. Foto: (Cinemascope, Metrocolor) Joseph Ruttenberg. Intérpretes: Leslie Caron, Louis Jourdan, Maurice Chevalier. Producida en 1958 por Arthur Feed (MGM).

Gigi y su director han acaparado los Oscars de este año. Los norteamericanos con ello han demostrado una vez más su admiración, fundada en complejos ya muy antiguos, ante todo lo que huele a "europeo". *Gigi* pretende recoger la "distinción", el "encanto", el "buen gusto" del viejo mundo. Y para ello, a Minnelli le han parecido suficientes, por lo visto, el logro de unos cuantos bellos efectos fotográficos, la riqueza del vestuario y de los decorados... y nada más. Nada que justifique el alarde formal. Nunca en Minnelli (con excepción de *Kismet*, segunda versión) habíamos visto tal pobreza de invención, tal falta de espíritu creador. El verdadero Minnelli sólo asoma en una escena: la primera que transcurre en "Maxims". Todo lo demás es solemnemente aburrido, y en un film del género de *Gigi*, el aburrimiento es un pecado imperdonable. Vale anotar, finalmente, que los actores están detestables.

Gigi representa, exactamente, la clase de cine que hay que combatir con andanadas de "mal gusto" al estilo de "Homicidio por contrato": De ese "mal gusto" que hace que los espectadores salgan del cine menos satisfechos pero, también, menos aburridos y más pensativos.

EL INCONQUISTABLE SEXO DEBIL. (*Rally round the falgs, boys*, 1958), película norteamericana de Leo Mc. Carey. Si Mc. Carey no estuviera tan satisfecho de la vida, si su admiración por el medio en que vive no fuera tan grande, quizá fuera capaz de hacer sátiras menos complacientes y benévolas que la que pretende hacer en su film. Talento no le falta y, a ratos, consigue divertirnos. Pero no inquietarnos. (Con Paul Newman, Joanne Woodward, Joan Collins.)

EL FERROVIARIO (*Il ferroviere*, 1956), película italiana de Pietro Germi. Adornado con los falsos ropajes del neorealismo, ese melodramón logra pasar a los ojos de muchos como una buena película. ¡Cuánta falsedad, cuánto conformismo hay en Germi! Por un momento, su "neorealismo" lo coloca a un paso de hacer la apología del esquirolaje. Y todo ello, naturalmente, haciendo alarde de "técnica". Pero, realmente, ¡de qué poco vale la técnica cuando el contenido no la justifica! En resumen, otro *Hombre del carrito*, pero peor. (Con Pietro Germi, Sylva Koscina, Luisa Della Noce.)

TEATRO

Por Juan GARCIA PONCE

LOS SIGNOS DEL ZODIACO

PARA EL TEATRO mexicano, no deja de ser alentador el hecho de que varias de las obras nacionales estrenadas hace ocho o nueve años, cuando se iniciaba su renacimiento, puedan ser reestrenadas ahora y no sólo se mantengan dignamente en escena, sin que el paso del tiempo y la probable mayor exigencia del público las hagan parecer fuera de época, pasadas de moda, sino que, además, cuentan con espectadores suficientes para mantenerse durante largas temporadas en la cartelera. Al éxito obtenido por *Rosalba y los Llaveros* de Emilio Carballido (más de cien representaciones) y *Las cosas simples* de Héctor Mendoza (cerca de cuatrocientas, hasta el momento actual), llega a sumarse ahora el de *Los signos del zodiaco* de Sergio Magaña, puesta en escena en el Teatro del Bosque, bajo la dirección de Salvador Novo, que fue también el que se encargó de llevarla a escena en el Palacio de Bellas Artes, hace ocho años.

Pieza característica dentro del teatro de Magaña, en *Los signos del zodiaco* la intención fundamental podría ser ofrecer una visión lo más completa posible de la forma de vida en una vecindad cualquiera del Distrito Federal. Vista así, la pieza sería una obra costumbrista; pero este juicio pecaría de exterior, ligero y por tanto falso. La obra efectivamente presenta en cierta forma estas características, pero la intención última no es de ningún modo recrear retratándola la realidad exterior de una vecindad cualquiera, sino, al contrario, retratar recreando para extraer el sentido oculto de esta realidad mediante un sistema que parte de la creación de una atmósfera particular para después ir profundizando paulatinamente en la interioridad psicológica de algunos de los más significativos integrantes de esta atmósfera, hasta convertirlos en símbolos de la realidad y a través de la exposición de sus vidas y sus conflictos hacer evidente el sentido de aquélla.

Para transmitir esta intención, Magaña se vale del único sistema admisible en una obra que, como ésta, contiene un gran número de distintas anécdotas sin ninguna relación directa entre sí, pero de cuya suma debe extraerse el tema. Obtiene la indispensable unidad dramática desarrollando la acción en un sitio único que permite la presentación de la totalidad de los caracteres sin forzar la lógica, y dirige las anécdotas desde un momento climático en el que encontrarán un desenlace común, solución que unifica también las posibilidades del tema, aclarando el propósito con que el autor lo abordó. Y en *Los signos del zodiaco* no cabe duda de que tanto la elección del lugar de acción como el desarrollo dado a las anécdotas y el sentido que el tema adquiere se corresponden admirablemente. La vecindad es el lugar que más claramente encierra las formas de vida que a Magaña le interesa juzgar en esta ocasión; las anécdotas, sencillas pero no simplistas, presentan la problemática más

representativa de los personajes incluidos; la construcción logra que, sin alterar jamás el orden de la progresión dramática, los acontecimientos lleguen juntos al climax final: el tema, que en términos generales quiere demostrar que sólo alcanzan la libertad los que por su fuerza, su decisión y su amor a la vida son merecedores de ello, sirve exactamente a las intenciones del dramaturgo que, como ya se ha dicho pretende fijar el sentido de la realidad vital de una sociedad determinada.

Para la reposición actual se ha cortado con demasiada libertad el texto, que por esto parece a veces trunco, falto de desarrollo. Pero cabe, también, pedirle a Magaña más rigor en la caracterización de los personajes y la elaboración de los temas. Algunas veces, *Los signos del zodiaco* producen la sensación de que las posibilidades del tema están por encima de su realización. Magaña tiene cosas que decir, sabe ver, sabe juzgar, y concebir personajes y situaciones cuyo interés y originalidad están muy por encima del nivel general en el teatro mexicano; pero no siempre las lleva a término en la forma más efectiva posible; la eficacia de sus medios expresivos debe ser cuidadosamente vigilada y afinada por el autor.

La dirección, es acertada. La diversidad de acciones con distinta intensidad, los movimientos de conjunto y las diversas gamas de actuación que exige el desenvolvimiento del texto, presentan una serie de problemas de difícil solución. Distintos ritmos, diferentes matices, tienen que ser abordados sin transición alguna y corresponderse mutuamente para lograr la indispensable unidad. Salvador Novo ha sabido ver todas estas dificultades, y las ha salvado, logrando una puesta en escena que traduce con fidelidad las cualidades de la obra, aunque, como era de esperarse en una pieza con tan numerosos reparto, la actuación no alcanza siempre el mismo nivel.

Entre los actores destacan Pilar Sousa, excelente como Ana Romana, el personaje mejor logrado de toda la obra; Ma-

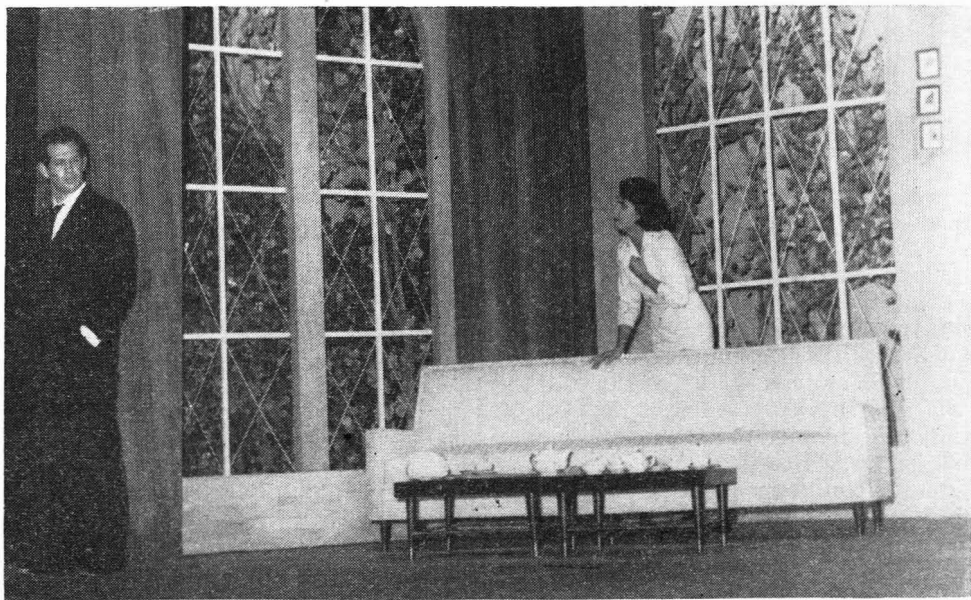
ría Douglas que va de menos a más como Lola Casarín; Carlos Fernández, seguro y emotivo Augusto Soberón; Raúl Dantés y Mario García González. Pero el conjunto en general desarrolla una labor muy pareja, aunque también a todos pueda reprochársele el abandono de los matices en favor del gran gesto, el apego a las actitudes contundentes en demérito de la actuación interior.

La escenografía de Julio Prieto sumamente espectacular, ambientada con precisión y sentido escénico, y bien realizada, no permite sin embargo, que la visibilidad sea absoluta desde todas las butacas.

EL ERROR DE ESTAR VIVO

Es lástima que Wolf Ruvinskis y Luis Aldás, que hasta ahora se habían destacado por su decidido apoyo al buen teatro, manteniendo sus temporadas en la Sala Chopin a base de obras de méritos indiscutibles, y contando, además, con el apoyo fiel del público, hayan abandonado esta línea por una obra tan pobre, indecisa y mal realizada como ésta trágico-comedia en tres actos de Aldo de Benedetti, que no sólo carece de valores artísticos, sino que tampoco contiene los elementos indispensables para convertirse en un éxito de taquilla.

El error de estar vivo aborda un tema que Pirandello ha tratado ya magistralmente en su novela *El difunto Matías Pascal*: el fracaso de un personaje que pretende construirse una nueva vida aprovechando que, por un error, la sociedad lo da por muerto. Pero mientras Pirandello realiza este tema mediante un sistema que le da un valor general, convirtiendo el suceso nada más en el punto de apoyo de una serie de hechos que a través de su desarrollo ejemplar nos harán comprender y compartir las peripecias del héroe que llevan a demostrar la veracidad de una idea: la de que nos es imposible cambiar la trayectoria de nuestra vida borrando el pasado, porque éste es el resultado de nuestra forma de actuar, que a su vez está determinada por nuestra personalidad, y ésta siempre será la misma; Benedetti escoge el sistema contrario y convierte la situación anormal en el eje central de la trama. Al hacerlo viola una de las reglas fundamentales del teatro: la que exige la elección de sucesos no sólo posibles sino probables, porque para llegar a conmover, a interesar al espectador es indispensable que éste



El error de estar vivo.—"una obra total, franca y definitivamente frustrada"

sienta que lo que ocurre en escena podría fácilmente pasarle también a él, movimiento que hace que el conflicto adquiera un carácter de ejemplo.

Violar esta regla, sin embargo, no es una limitación definitiva cuando el autor, consciente de la forma especial de la obra se ocupa, antes de la presentación del suceso, de despertar la solidaridad hacia el héroe por medio de la simpatía, de manera tal que aunque aquél parezca poco probable, el espectador tenga ya un interés particular que supere este hecho; pero Benedetti tampoco hace esto, sino que, al contrario, antes que nada, presenta el suceso y la obra se transforma entonces en el simple relato objetivo de las consecuencias de una acción muy poco probable que afecta a un personaje que nos importa porque no lo conocemos y que, por tanto, puede producirnos curiosidad, pero nunca emocionarnos. Uno de los propósitos fundamentales del arte —la comunicación, la relación emocional que se establece entre el objeto artístico y el espectador— queda excluido de este modo, debido a la técnica defectuosa que el autor ha empleado para construir la obra y la ausencia de un tratamiento profundo, auténtico del tema.

Deslindando este punto, con todas sus limitaciones, *El error de estar vivo* podría, a pesar de todo, despertar el interés mediante un lucido desarrollo que sostuviera la inicial curiosidad que provoca la originalidad de la situación; pero unida a la construcción defectuosa, una larga serie de equivocaciones técnicas anulan también esta posibilidad. La caracterización es indecisa, y está supeditada más a las necesidades de la trama que a las exigencias psicológicas de los personajes, por lo que los sentimientos de estos parecen oscuros cuando no definitivamente contradictorios. El tono bajo el que se presentan los acontecimientos es unas veces festivo y otras dramático, con lo que no logra ser en definitiva ni una cosa ni otra. La anécdota se bifurca en dos direcciones, sin que nunca se llegue a saber qué es en realidad lo que se quiere contar, si las consecuencias de una acción inmoral o la historia de una traición. Y por último, la solución resulta tan poco definitiva que más que cerrar el ciclo de acción, parece abrir el camino a toda una nueva serie de posibles sucesos. Errores capitales todos, que terminan de convertir a *El error de estar vivo*, en una obra total, franca y definitivamente frustrada, cuya traducción y puesta en escena resulta inexplicable.

A la falta de atractivos de la obra, se une una dirección confusa, llena de trucos fáciles y totalmente desprovista de un propósito determinado de Enrique Rambal, que no sólo no intentó hacer menos evidentes las equivocaciones del autor, sino que la subrayó con movimientos y actitudes inexplicables e injustificables en un director consciente.

El magnífico desempeño de Wolf Ruvinskis, Manola Saavedra y Narciso Busquet (al que sin embargo, hay que reprocharle la elección del vestuario, que resulta francamente inapropiado), se hacía acreedora de una dirección más consistente y, sobre todo, de un texto que diera más oportunidad de lucimiento a sus indudables dones.

La escenografía de Julio Prieto está realizada en función de uno solo de los decorados, por lo que los otros dos que exige la obra, resultan pobres y mal resueltos.

LIBROS

AMPARO DÁVILA, *Tiempo destrozado*. Letras Mexicanas. Fondo de Cultura Económica, México, 1959, 126 pp.

Con oficio y un lenguaje ceñido, preciso, Amparo Dávila crea en este libro, a través de los doce relatos que lo forman, un mundo hermético y muy determinado en el que lo inmediato, lo cotidiano, aparece siempre como el principio de un camino que fatalmente concluye en lo inesperado, lo fantástico. En *Tiempo destrozado* la vida parece una mezcla indisoluble de razón y locura, y el encuentro con ésta es el final inevitable. La autora logra sugerir, crear, un clima de angustia, de sobresalto, que se sostiene a través de todo el libro, unificándolo y determinándolo. La intencional ausencia de soluciones objetivas, sumerge al lector en un ambiente irreal, susceptible de ser experimentado, pero no explicado racionalmente; pero también hace sentir con cierta frecuencia que los relatos están truncos, incompletos; terminan después de la exposición del conflicto, cuando el desarrollo de éste parece más indispensable. Pero, por encima de esta tal vez aparente limitación, el libro presenta a una autora de muy apreciables dones.

J. O.

RAFAEL SOLANA, *El sol de octubre*. Letras Mexicanas. Fondo de Cultura Económica, México, 1959, 601 pp.

Seiscientas páginas en las que los galicismos y anglicismos, las oraciones defectuosamente construidas, la puntuación arbitraria, los modismos vacuos y la sintaxis confusa aparecen como requisito indispensable del estilo. Acompañando a la difícil lectura, la inclusión de personajes reales, mezclados libremente con los entes de ficción, termina por convertir a éstos en meras sombras cursis cuando no vacías, carentes de relieve e interés y por completo incapaces de competir con aquellos que con la sola mención del nombre, poseen una reconocible personalidad.

J. O.

MIGUEL LEÓN-PORTILLA, *Visión de los vencidos*. Relaciones indígenas de la Conquista. Versión de textos nahuas: Angel María Garibay K. Ilustraciones de los códices: Alberto Beltrán. Biblioteca del Estudiante Universitario. N° 81, U.N.A.M., 1959, xxvi, 212 pp.

Alfonso Reyes intuyó un fondo epopéyico tras el aspecto bélico de la Conquista. Según el maestro, el sojuzgamiento del Anáhuac contiene aspectos que lo asemejan a los mitos antiguos. Como en la *Iliada* son destruidas una ciudad y una stirpe. Por su parte, la *Eneida* prefigura la dominación del pueblo azteca: Cortés y Eneas, anunciados por presagios y oráculos, huéspedes de un rey extranjero convierten la amistad en cruenta discordia y se alían con los pueblos limítrofes; atacando por tierra y por agua vencen a Lacio y Moctezuma. En las relaciones nahuas sobre la Conquista hay pasajes trágicos comparables por su intensidad a los Cantos homéricos. Reunidas, prologadas, anotadas en este volumen por Miguel León-Portilla, su lectu-

ra sirve a la comprensión del México moderno, vástago del encuentro de dos razas.

El interés de nuestros antepasados por conservar los hechos importantes consta en la memorización, obligada en los centros educativos prehispánicos, y en las estrellas mayas y los códices históricos (*xiuhámatl*), "Libros de años" redactados a base de una escritura ideográfica de naciente fonética. Por eso, más que para verificar las diferencias entre los cronistas de Indias y los testigos nahuas, las relaciones importan como testimonio de quienes contemplaron el desmoronamiento de sus pueblos y la extinción de su cultura.

El doctor Garibay ha redescubierto un mundo asombroso cuyos últimos días constan en estas versiones de textos nahuas que aluden de manera directa a la Conquista. Aparte de su valor humano y literario, el testimonio de la derrota es un documento histórico que presenta "la otra cara del espejo", borrando los enigmas que prevalecían sobre la cultura náhuatl. Si nuestra independencia cuenta con dos historias que se oponen, las de Bustamante y Lucas Alamán, el estudio de la Conquista se efectuaba parcialmente siguiendo tan sólo la opinión de los conquistadores: las *Cartas de relación* de Hernán Cortés, la *Hispania Victrix* de López de Gómara, la *Verdadera Historia* de Bernal Díaz, y los libros humanísticos que redactaron los misioneros Bernardino de Sahagún, Diego Durán y Bartolomé de las Casas.

Miguel León Portilla ha empleado muchas fuentes para la integración de este volumen: las elegías (*icnociuicatl*) compuestas por los *cuicacpíques* líricos nahuas precortesianos, hacia 1524; la Relación Anónima de Tlaltelolco; los testimonios de informantes de Sahagún; los testimonios pictográficos (Códices Florentino, Aubin y Ramírez, Lienzo de Tlaxcala y Manuscrito de 1576 — que inspiraron a Beltrán sus magníficas ilustraciones); la crónica de Fernando Alvarado Tezozómoc; los Anales Tecpanecas de Atzcapotzalco; las historias de los aliados de Cortés, tlaxcaltecas y texcocanos, quienes no dejaron de resentir la derrota.

Estas narraciones revelan la actitud psicológica de los indígenas: temor supersticioso, creencia en la divinidad de los invasores, antes de las batallas; ira, duelo, nostalgia al sobrevenir el triunfo enemigo. Los documentos guardan los augurios que antes del desembarco reblandecieron a Moctezuma; las matanzas cometidas por los españoles en Cholula y el Templo mayor de Tenochtitlan; el contraataque de Cuitláhuac que forzó a los españoles y sus aliados a huir por la calzada de Tlacopan; el asedio desde los bergantines, la heroica defensa y la posterior rendición de los mexicanos y la amargura del pueblo encadenado.

El investigador no aspira a restaurar polémicas entre hispanistas e indigenistas. Guiado por un interés meramente científico, enemigo de los maniqueísmos, compone un libro indispensable para obtener una imagen plena de la historia de México.

J. E. P.

DUERMEN CON LA ROPA PUESTA. El presidente argentino, doctor Arturo Frondizi, atraviesa en estos días por uno de los momentos más críticos de su gobierno. Para dar una idea de la vidriosa situación en la república del sur, basta decir que soldados y oficiales de todas las armas, desde hace varias semanas, han recibido orden de dormir con la ropa de combate puesta. Sin que nadie sepa, a ciencia cierta, de qué lado estarán en el momento decisivo, de estallar la lucha entre las dos facciones en que se divide la alta jerarquía uniformada: gorilas y peronistas.

Todos los días se teme en Buenos Aires un golpe militar o una revolución. Cualquiera de las dos posibilidades podría ensangrentar al país más de lo que lo fue en 1955, cuando cayó el justicialismo peronista.

Ante la inestabilidad política, Frondizi baila en la cuerda floja de las composiciones de emergencia. Atacado por el pacto electoral con Perón, que le valió la presidencia, Frondizi se ha hecho sospechoso a los gorilas (facción antiperonista del ejército), sin haber conseguido mantener la adhesión de las masas sindicales que el ex dictador dirige desde su refugio de Santo Domingo. Los sindicatos peronistas se han aliado con las organizaciones obreras comunistas para formar un violento frente unido —y popular— de oposición.

Pero en los sindicatos no terminan las dificultades políticas del presidente Frondizi. Sus sinsabores también se originan en las organizaciones de extrema derecha, y con el mismo ímpetu en el sector unionista democrático de Zavala Ortiz y Balbín. Mas aún, Frondizi ha perdido el apoyo de su propio partido, la Unión Cívica Radical Intransigente (UCRI). Las reiteradas equivocaciones del gobierno han hecho que esa agrupación comience a liquidar sus obligaciones con el hombre que llevó a la jefatura del Estado el 23 de febrero del año pasado.

El caos económico debe ser considerado como el gran revulsivo social y político de Argentina. El peso ha sufrido un fuerte descenso (107 por dólar), la huelga bancaria ha entrado a su novena semana, y la ayuda económica que Frondizi fue a buscar desesperadamente, hace cinco meses, a Washington, aún no le llega.

¿OTRA OPORTUNIDAD PARA LOS SOMOZA? Milton Carr, corresponsal de la United Press International (UPI), estuvo dos semanas en Nicaragua, y su agencia informativa transmitió al mundo las opiniones de su enviado especial. De ellas entresacamos lo que sigue, que parece dar la clave de su misión: "Mas de un observador imparcial conviene en que si se le diera la oportunidad, el joven Somoza dejaría una verdadera democracia en Nicaragua al expirar su período constitucional en 1963."

A pocas personas puede extrañar que el periodista Milton Carr propugne tal crédito de confianza a favor de Somoza. Simplemente, Carr está en un todo de acuerdo con el embajador de los Estados Unidos en Nicaragua, señor Thomas A. Whelan, granjero de Dakota del Norte y republicano de la guardia vieja, quien se ha constituido en activo defensor del

régimen de los Somoza, lo mismo en Washington que en Managua.

A pesar de lo anterior, es seguro que los nicaragüenses no estén dispuestos a dar a los Somoza otra oportunidad. La dinastía tiene ya mucho tiempo en el poder. Y desde el asesinato de Sandino por el fundador de esta dictadura tropical, hasta nuestros días, el balance es demasiado trágico para que ahora se intente despertar esperanzas en este sistema familiar, en el cual la tiranía y el nepotismo, los negociados y la represión policial, se confunden desde hace seis lustros al servicio de un mismo apellido.

El intento guerrillero nicaragüense pudo haber fracasado en sus propósitos inmediatos. Sin embargo, lo cierto es que el régimen de los Somoza ha quedado herido de muerte, a despecho de los Whelan y los Carr.

“DEMOCRACIA POR ETAPAS” CONTRA EL PUEBLO: Uno de los fenómenos de la política del Hemisferio Occidental en nuestros días, fácilmente apreciable con una visión de conjunto de las insurgencias populares en cada país iberoamericano, y de los tratamientos exteriores e interiores que se les dan, es la forma como la comprensión hacia ellas por parte de la diplomacia estadounidense aparece rezagada de las aspiraciones de las grandes masas que sobreviven al sur del río Bravo.

El crédito de confianza solicitado para Somoza por el embajador estadounidense en Managua, es el equivalente, en Centroamérica, de las tesis sustentadas por su colega del Paraguay, país resuelto a sacudir la dictadura militarista del general Alfredo Stroessner, cuya impopularidad lo ha orillado a tener que estrechar a las fuerzas de policía contra los estudiantes, primero; luego al ejército contra la Cámara de Representantes que, no obstante estar dominada por el partido en el poder, fue disuelta por “úcase” presidencial.

Los esfuerzos por establecer una democracia política y económica que vienen realizando los estudiantes, los obreros, el bajo clero y los intelectuales jóvenes paraguayos, no solamente han chocado con la interesada lealtad de las fuerzas armadas a la dictadura del general Stroessner. También el señor Walter C. Ploesser, embajador de los Estados Unidos en el Paraguay, se ha lanzado a la palestra en defensa del régimen militarista de Asunción, con la tesis de que un país subdesarrollado política y culturalmente no puede llegar, de un día para otro, sino por largas etapas, al goce del sistema democrático.

Los paraguayos no han aceptado, según todos los indicios, los consejos del embajador Ploesser. Todo lo contrario. Los exiliados paraguayos en Montevideo han formulado un llamamiento que exhorta a integrar una gran alianza democrática, sin excluir a ninguna fuerza política antidictatorial.

El programa del frente popular democrático paraguayo no puede ser más preciso y necesario: levantamiento del estado de sitio sin restricciones; amnistía general amplia sin exclusión; plenas libertades e iguales garantías a todos los partidos; libertad de presos y confinados por causas gremiales y políticas; cese de

la intervención del gobierno en la Confederación Paraguaya de Trabajadores, y demás organizaciones obreras y restitución de las legítimas autoridades de las mismas; facilitar los medios para el regreso de los compatriotas obligados a emigrar por persecuciones y falta de garantías; formación de un gobierno provisional de amplia representación nacional que convoque a una asamblea nacional constituyente, libre y soberana.

UN MOMENTO DECISIVO PARA CUBA: Fidel Castro ha encontrado, como era previsible, los primeros obstáculos en el desarrollo de su programa revolucionario de gobierno, cuyo punto medular es la reforma agraria cubana, destinada a cancelar las contradicciones de la economía semicolonial de su país, y a sacarlo del pantano del feudalismo rústico.

El apoyo que Castro recibió de los campesinos en la lucha popular contra la tiranía, acrecentó su decisión de clausurar las injusticias de un sistema que comportaba miseria para millones de compatriotas suyos, y que, asimismo, impedía que la riqueza natural del país se reflejara en un mayor y más general bienestar para los cubanos.

Las fuerzas revolucionarias de Castro fueron engrosadas, en muy alta proporción, por campesinos. Cuando, a principios de este año, los “barbudos” entraron a La Habana en hombros de las multitudes ciudadanas, Fidel Castro se avocó con firmeza, con la misma decisión del combatiente de la Sierra, a la tarea de instaurar un régimen agrario progresista, llamado a ser la columna vertebral de una economía cubana propia, nacionalista y generosa.

En su empeño por establecer la reforma agraria, el gobierno revolucionario cubano ha tropezado con la cerrada y cerrera oposición de dos fuerzas coaligadas para hacer fracasar el programa económico rural de Castro Ruz: la vieja clase feudal latifundista y los grandes consorcios internacionales del dulce.

Las amenazas internacionales y domésticas contra el régimen cubano por causa de la reforma agraria, han llevado al primer ministro Castro Ruz a solicitar el apoyo de las otras fuerzas democráticas que cooperaron con el Movimiento 26 de Julio, durante dos años y medio, en los frentes político y militar de lucha contra la dictadura. El Partido Auténtico y el Segundo Frente del Escambray han entrado al gobierno para reforzar el propósito revolucionario de Castro Ruz en el campo. Parece haber fracasado en Cuba la vieja táctica de dividir internamente el frente de las reivindicaciones populares. En su defecto, se ha presentado un lógico fenómeno de dinámica política: el imperialismo extranjero y los reaccionarios vernáculos se han colocado abierta y completamente en un polo extremo, en tanto que las grandes masas ocupan el otro.

La unidad de los partidos democráticos cubanos en torno de la reforma agraria, no sólo fortalece políticamente al primer ministro Castro Ruz, sino que constituye una advertencia a los audaces rezagos derechistas de la isla. Al propio tiempo, los poderosos intereses extranjeros serán notificados de que, en la Perla de las Antillas, no podrán repetir la “Gloriosa Victoria” que hace un lustro celebraban en Guatemala ante la rencorosa perplejidad de la opinión democrática iberoamericana.

Hugo Latorre Cabal